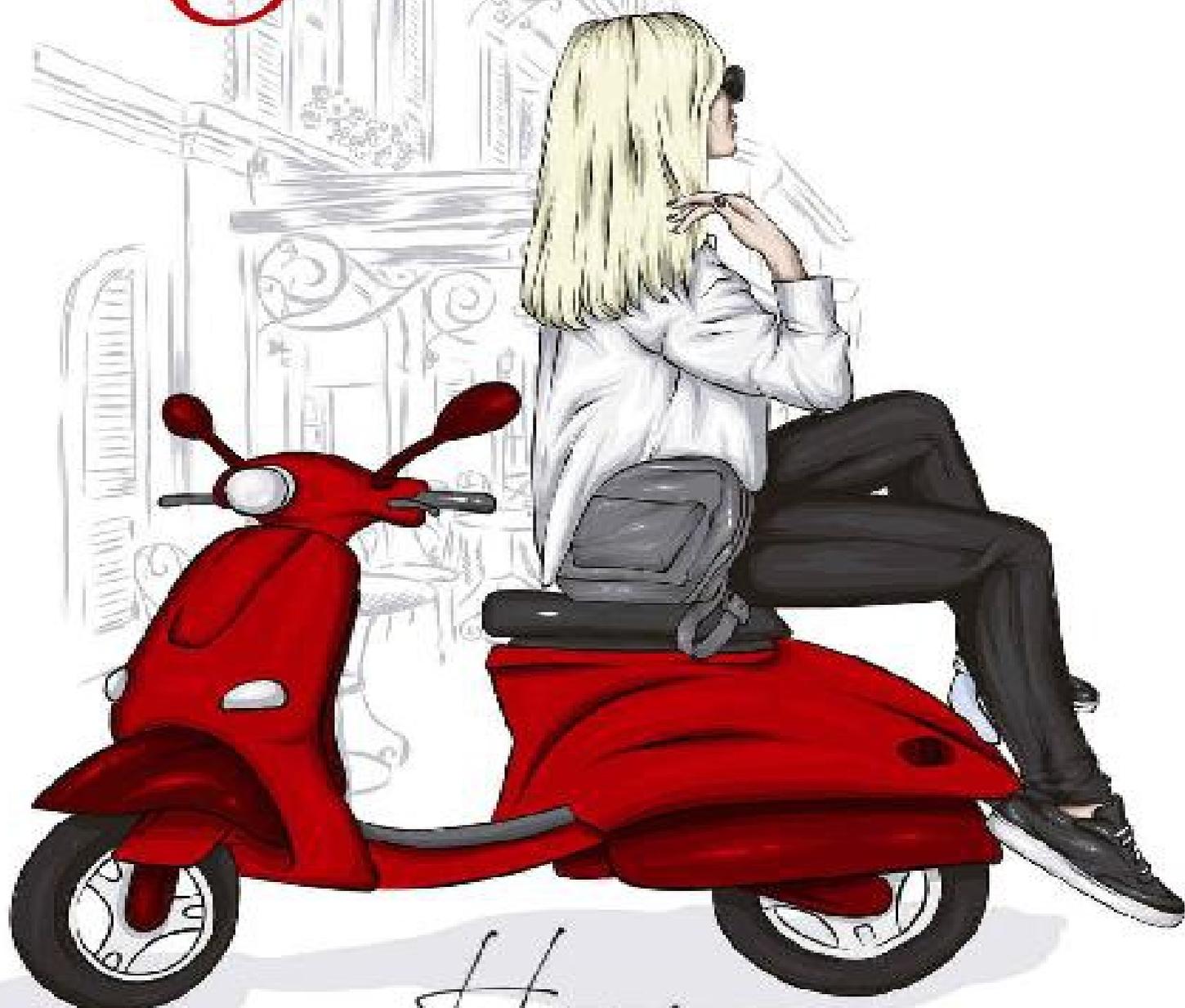


DEL BARRIO  
A LA MANSIÓN...

*En Vespa!*



*Hugo  
Sanz*

DEL BARRIO  
A LA MANSIÓN...  
*En Vespa!*

Primera edición.

DEL BARRIO A LA MANSIÓN... ¡EN VESPA!

Hugo Sanz

©Marzo, 2020.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.



[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Epílogo](#)

## Capítulo 1

Miré a mi compañera de trabajo que se pintaba las uñas en su puesto y atendía a un cliente a través de los auriculares con la mejor de sus falsas sonrisas.

Se llamaba Felicity, pero esa de felicidad tenía lo que yo de millonaria, o sea, nada. Era la persona más borde con la que me había topado hasta la fecha.

Su vida consistía en trabajar e ir a la caza del chollo en las rebajas. El caso era estar comprando de forma compulsiva. Por esa razón jamás repetía un modelito para acudir a su puesto y eso que no recibíamos a clientes en las oficinas.

— ¿Te pasa algo? — preguntó al verme observándola.

— ¿Debería pasarme?

— No sé, como me miras...

— Claro, te tengo enfrente, si no lo hiciera terminaría con un tortícolis impresionante. Te pusieron en el sitio clave — me encogí de hombros.

— De todas formas, imagino que te sirvo de inspiración para estar a la última en lo que a tendencias de moda se refiere.

— Claro que me sirves, eres el claro ejemplo de lo que no debería ponerme jamás.

— Eres un poco envidiosa ¿no?

— Puede ser, pero de ti precisamente no — volteé los ojos mientras soltaba el aire,

ya que estaba acostumbrada a aguantar sus payasadas.

— Kora, no tienes ni idea de lo que es el glamur. Es más, no creo que tengas idea ni de lo que es disponer de un armario de lo más selectivo como el mío.

— Muero por tu armario — reí negando.

— Es cuestión de clase...

— Sí, sobre todo la que tú tienes — solté una carcajada y cogí una de las llamadas que estaban entrando.

No la aguantaba y llevaba seis meses con ella enfrente ¿Se podía ser más desgraciada?

Pedí infinidad de veces que me cambiaran de puesto, pero allí no me hacía caso ni Dios. Yo solo era una más de las ciento cincuenta teleoperadoras en uno de los tres turnos que había repartidos durante el día, con una duración de ocho horas.

Y estaba amargada, pero claro, no tenía otra cosa y mi madre decía que, rascándome las narices en casa, nanai.

En cierto modo tenía razón, todo por no haber seguido estudiando. Ahora, a mis veintisiete años, me lamentaba cada día.

Salí a las tres de la tarde como alma que lleva el diablo. Casi le cuelgo de mala manera al cliente con el que hablaba, pero es que pasaba de regalar a la empresa ni un minuto de mi tiempo.

— ¿Te espera tu novio? — preguntó con sarcasmo Felicity que iba recogiendo sus cosas.

— Tu hermano, que dice que le pongo más que su novia — le hice un guiño y seguí hacia delante sin darle opción a réplica.

Me monté en mi Vespa y salí directa hacia mi casa, en la que me estaría esperando mi divertidísima madre...

— Buenas tardes, hija ¿Te pusiste el casco?

— Claro, no osaría venir sin él — aguanté la risa.

— Ya, por eso volvieron a llegar dos multas — su cara era de mono de zoológico. Daba terror, con esos morros contenidos...

— Mamá, seguro que son repetidas.

— Se dice duplicadas, a ver cuando hablas bien — protestó.

— Duplicado y repetido es lo mismo, otra cosa es que quieras decirlo más fino, pero claro, tan fino puede parecer lo uno como lo otro, según los oídos que lo oigan.

— Sigue rechistándome que te comes la barra de pan.

— Hombre, eso muy fino no te quedó — volteé los ojos cuando vi cómo la barra se estampaba en mi cabeza — ¡Mamá!

— Mientras vivas aquí vas a cobrar por mal comportamiento y por replicarme.

— Pues cualquier día me piro, me busco un apartamento y me voy. Verás lo que me vas a echar de menos.

— Eso llevas diciendo desde antes de cumplir los dieciocho, creo que tú vas a esperar para independizarte a que yo me muera para quedarte con el piso.

— ¡Pero qué dices! Me tiro de una azotea antes — me dio una colleja.

— Por protestona.

— Joder mamá, no veas si tienes las manos largas.

— He tenido que estirla, hacer de madre y padre no fue fácil, así que calladita que deberías estar agradecida.

— Mira no voy a comer, me voy a ir al cuarto a descansar y que corra el aire. Vaya manera de salir de trabajar tan estresada — resoplé.

— Vas a comer y vas a recoger la cocina. ¡Vamos! Que no soy sirvienta de nadie, demasiado he hecho con sacarte adelante y encima no seguiste ni uno de mis consejos.

— Mamá que sí, que yo recojo la cocina, pero tengamos la fiesta en paz... — resoplé.

— En paz si me hubieras hecho caso todos estos años.

Me estaba poniendo de los nervios, como todos los días. La quería con toda mi alma, pues ante todo era la mujer que me dio la vida, pero que aguantarla tenía tela, tela marinera.

Terminé de almorzar y me puse a recoger la cocina para poderme ir a mi cuarto a despejarme un rato. Eso de estar ocho horas al teléfono intentando convencer a los clientes para que contrataran un seguro era agotador.

Me eché en la cama agobiadísima, como siempre el mediodía lo aprovechaba mi madre para soltarme todo lo que podía y más. Era la más gruñona del mundo, rezaba porque se echara un novio y me dejara un poquito en paz.

Una llamada de un número desconocido me despertó de ese sueño que casi acababa de conciliar.

— Buenas tardes ¿La señorita Kora?

— Buenas tardes, la misma que habla — pensé que era para cambiar de compañía telefónica o algo por el estilo.

— La llamo de parte del señor Steven, la entrevistó hace un mes para un puesto de cuidadora de su hija de cinco años — en aquel momento me acordé, era un tipo que estaba para chuparse los dedos, soltero, forrado en dinero y que tenía una hija que adoptó él solo, sin necesidad de pareja. Se trataba de una familia monoparental.

— Lo recuerdo...

— Pues requiere su incorporación inmediata en caso de que esté disponible.

— Depende de las condiciones — contesté sin pensarlo.

— Trabajaría de lunes a viernes de ocho de la mañana a ocho de la tarde...

— Imagino que me darán de comer ¿no? — reí por la locura de doce horas.

— Por supuesto, tendrá su tiempo para almorzar, para desayunar, para tomar café... Tenga en cuenta que la pequeña India — así se llamaba — de nueve a dos está en el colegio y esas horas las tiene a su disposición. Sería levantarla, vestirla, bajarla a la

cocina, donde Freya la cocinera ya les tendrá el desayuno, y luego la llevaría al cole. A la hora de la salida la recoge, la lleva a casa a comer, hace algunos de deberes con ella, que no llevan más de media hora, y le da un poco de juego hasta las siete. A esa hora la ducha, la prepara y la deja cenando con Freya.

— Muy bien ¿Y cuánto cobraría?

— Dos mil euros al mes y el contrato en regla por el total de las horas trabajadas.

— ¡Acepto! ¿Cuándo empiezo?

— Mañana mismo tendría que estar en la dirección que le pongo en un mensaje a las siete de la mañana.

— Imagino que es en la mansión del señor Steven donde me hizo la entrevista.

— Si, en su casa — se escuchó como una risita por lo que yo había dicho de “mansion”, pero para mí sí que lo era.

— Pues mañana estoy allí.

— Gracias, hasta entonces...

Joder, ochocientos euros más de lo que yo cobraba, eso me daba para independizarme en breve.

Llamé a mi trabajo y les dije que no volvía. Ni se inmutaron, tenían gente para dar y regalar, además de mucha más dispuesta a trabajar.

Salí al salón y se lo conté a mi madre.

— ¿Has cambiado tu trabajo por uno de chacha que te llevará doce horas al día?

— Así es, con la pequeña diferencia de que cobraré casi el doble.

— No creo que dueres mucho cuando tengas que aguantar a una mocosa de cinco años.

— Bueno, tampoco me veías desde las siete de la mañana a las tres de la tarde vendiendo seguros, al menos esto es más relajante.

— No sé hija, debiste estudiar una carrera.

— Sí claro y como no la estudié ya soy un despojo humano, paso me voy a la calle a que me dé el aire, nunca estás contenta con nada — salí antes de que me tirara lo primero que le pillara a mano.

— ¡¡¡Sigue así de contestona que ya verás!!! — chillaba mientras yo salía por la puerta.

Cogí mi Vespa y me fui a la tienda de tatuajes de mi amiga Zora, con tan solo veintiséis años estaba triunfando en su profesión.

Esperé a que terminara a las ocho y que saliera. Al verme sonrió negando.

— ¿Ya te has peleado con la Mary? — se refirió a mi madre.

— ¿Y cuándo no lo hago? — Negué echando el seguro a la moto y me fui andando con ella a tomar algo.

— Madre mía, es que os las traéis.

— ¿Yo? ¡Pero si es ella!

— Pero si te callaras te ahorrarías muchas disputas.

— Claro, si me callo me da una colleja también por ignorarla. A ver, te recuerdo que estamos hablando de la Mary, que no es tu madre, que la mía solo está a la defensiva.

— Eso también — rio.

— ¿Sabes? Me han llamado de la mansión a la que fui por el trabajo de cuidar a una niña ¿Lo recuerdas?

— Sí, la del tío bueno que me dijiste.

— Ese mismo.

— Pues mañana empiezo de ocho a ocho.

— ¿En serio?

— Sí, por la mañana la criatura estará en el colegio, así que lo tendré de lo más relajado. Me pagan dos mil pavos, tía.

— ¿Qué dices?

— Así es.

— Pues yo te iba a comentar una cosa.

— A ver, sorpréndeme.

— Alquilan el apartamento de arriba de la tienda de *tatoos*, el que reformaron. Tiene dos habitaciones, un salón, un baño y la cocina. Yo sola no me arriesgo, pero si lo alquilamos entre las dos...

— Joder ¿En serio me lo dices?

— Son cuatrocientos cincuenta euros incluida la luz, el agua y la comunidad, está muy bien.

— Sí que lo está, a medias nos sale rentable. Tía, yo tiro para adelante, no aguanto a mi madre más, te lo juro.

— Y hacemos una compra todas las semanas entre las dos y listo. Además, tú comes en la mansión y yo siempre pico algo en el bar, solo sería para las cenas y lo necesario para los fines de semana.

— Sí, sí, pues por mí de acuerdo.

— ¿Llamo entonces?

— Claro.

Le faltó el tiempo. En tres minutos ya había quedado con el propietario para la mañana siguiente, ya que el apartamento estaba encima de su negocio.

— Listo, mañana hay que darle un mes de fianza y el mes corriente. Firmo el contrato con él y me entrega la llave.

— De lujo, pues ahora cuando salgamos de tomar algo pasamos por el cajero y te doy la mitad. ¡Mi madre va a flipar! — reí pensando en la cara que pondría cuando le dijera que me independizaba.

— La Mary se va a enfadar, te digo yo que tu madre no puede vivir sin ti.

— Pues que aprenda, que me tiene hasta el mismo.

— Calla, al final la echarás de menos.

— ¿Yo? ¡Tú estás flipada!

— Te voy a decir una cosa, las madres son muy puñeteras, pero son nuestras madres y por ellas matamos — dijo con el dedo para arriba.

— Eso sí, pero qué ganas tengo de que se eche un novio.

— Le deberíamos buscar uno...

— Que se lo busque ella. Vamos que aparecemos con uno y capaz es de sacar el cuchillo y hacer filetes con nosotras.

— Es que ella es un poco difícil, pero todo sería prepararle algo, no sé ¿Le publicamos un anuncio?

— Tú estás flipada — puse mi dedo en la cabeza — Nos descubre y somos mujeres muertas — reí.

— Bueno, algo tendremos que pensar.

— Yo lo único que pienso es que mañana salgo de trabajar y me voy al piso, vamos que esta noche meto todas mis cosas en cajas.

— ¿Mañana mismo?

— Anda que no, me voy a esperar a cobrar diez collejas más ¡Tú estás fatal!

Eso sí que no me lo esperaba. Siempre habíamos hablado de la posibilidad de irnos a vivir juntas, pero ella quería algo cerca del trabajo, no cualquier cosa y que encima estuviera a precio decente, no por las nubes. Por fin llegó la hora y yo estaba loca con esa independencia que me permitiría alejarme un poco de mi madre.

Después de tomar un refresco e ir al cajero para darle el dinero, me marché hacia mi casa donde mi madre estaba preparando la cena, momento que aproveché para soltar la bomba.

— Mamá, mañana me independizo...

— Sí claro y yo me caso.

— Pues no te vendría mal, pero lo mío no es broma. Zora encontró un apartamento arriba de su negocio y nos vamos a ir a vivir juntas.

— Pero a ver, alma de cántaro, ¿Te vas a independizar para pagar un piso en el que al final vivirás con otra persona pudiendo estar aquí gratis?

— Mamá, no es lo mismo — resoplé.

— Te veo volviendo en un mes, eso de que te tengas que encargar de la casa, comidas y todo lo que conlleva, no va contigo, así que aquí te estaré esperando.

— Señal de que me volverías a recibir — reí.

— No me queda otra, eres mi hija.

— Vaya ¡Cuánto amor derrochas!

— ¿Más amor que haberte sacado sola para delante?

— Ya, mamá, ya — solté el aire — No empecemos con la misma película de siempre. Es cansina.

— Película no, realidad — hizo una mueca con la boca.

Cenamos entre reproches, pues a ella lo de echar en cara como que le ponía cachonda, pero yo tenía claro algo, me iba así se cayera el mundo. Adiós a la cantinela esa que tanto odiaba que de que “mientras viviera en su casa...”

Me fui a mi dormitorio y me dediqué a guardar mis cosas en cajas que había pedido al chico de la tienda de al lado de mi casa. Mi madre no paraba de voltear los ojos cada vez que pasaba por delante de ella.

Aquella noche me acosté muy ilusionada. Iba a comenzar un nuevo trabajo de niñera y a abandonar por fin el nido materno.

## Capítulo 2

A las siete de la mañana estaba mi madre desayunando para irse a trabajar, ella lo hacía de ocho a dos en un área del ayuntamiento de la ciudad.

— Mamá esta noche vengo a recoger. Me llevaré en un taxi todas mis pertenencias, vamos no es que tenga muchas, ropa, libros y las cosas personales.

— ¿Cenarás aquí?

— No creo, yo llego y me voy rápido para colocarlo todo en mi nueva casa.

— Ay, ni un mes te doy...

Cogí la moto y salí hacia la mansión como yo decía, pero es que aquello era un chalé impresionante construido en medio de unos jardines privados de por lo menos diez mil metros cuadrados.

Llamé al videoportero de la verja y no tardó en abrirse. Imagino que sabían que era yo.

Aparqué la moto en la parte de los garajes exteriores y fui andando hacia la casa donde me recibió Freya, que era la encargada de la cocina y la casa, una mujer de unos cincuenta años con una agradable sonrisa en su cara y que parecía simpática.

— La peque ya está en la cocina desayunando, puedes pasar...

— Gracias — sonreí.

Pasé y una preciosidad de rizos rubios me miraba sonriente.

— Hola, debes ser India — le toqué el pelo con cariño.

— Si, y tú eres Kora — esa voz era la más dulce que había escuchado hasta la fecha.

— Eso parece — sonreí.

— Siéntate, te pongo un café y una tostada — el tono amable de Freya me hacía sentir más relajada.

— Un café sí, pero la tostada no es necesaria, gracias. Ya desayuné antes de venir.

— Pues un café marchando para Kora — dijo en tono juguetón para sacarle una sonrisa a esa princesa.

La pequeña desayunaba mirándome sin perder su sonrisa. Se notaba que era una niña muy feliz y amable. Me encantaba esa nobleza que se reflejaba en su cara.

Tras el desayuno la acompañé a su dormitorio y ella misma me indicó el uniforme que debía ponerse, así que la ayudé con ello, bajamos con la mochila donde Freya introdujo el zumo y el bocata para el recreo. Ya estaba lista y nos fuimos andando hacia el cole que estaba a diez minutos. Por lo que comprobé, a ella le encantaba ese paseo durante el que iba encontrándose con más niños de la urbanización.

El colegio era de lo más exclusivo, además estaba en la misma zona residencial, aunque también venían niños de otras urbanizaciones cercanas. Se veía que debía costar un pastón.

Volví a la casa y Freya me dijo que el señor Steven me esperaba en su despacho.

Subí hacia la última planta, la segunda, que ocupaba todo el ancho y largo de la casa, aquello era un mundo.

Llamé a la puerta y escuché un “adelante”.

— Buenos días, señor Steven — sonreí.

— Buenos días, Kora. Encantando de tenerte en mi casa — me extendió la mano, se la apreté con firmeza y me hizo sentar.

— Tiene una hija adorable.

— Sí, es muy simpática y noble.

— Lo es, me encantó.

— Me alegro mucho, es importante para mí que la veas así. Aquí tienes el contrato para que lo firmes, léelo tranquila, tómate tú tiempo.

— Gracias.

Me puse a revisarlo por encima aparentando leer cada letra. En realidad, fui a lo fundamental, es decir, a la cláusula que indicaba que cobraría dos mil euros mensuales, tendría sábados y domingos libres, dos pagas completas y quince días de vacaciones cada seis meses.

Lo firmé y se lo entregué.

— ¿De acuerdo entonces?

— Totalmente. Una pregunta sí me gustaría hacerle.

— Adelante.

— ¿Qué hago desde que lleve a la niña hasta que salga? — hablábamos de un intervalo de cinco horas.

— Pensé que te lo habían explicado.

— No — dije preocupada por afectar a Freya.

— Bueno, se me pasaría decirle que te lo explicara. Te comento, la cuestión es que suelo salir a muchas reuniones de trabajo, aunque el resto del tiempo vivo encerrado en este despacho — sonrió — Yo necesito a alguien que esté al cien por cien con mi hija, la distraiga, juegue con ella, la vista, la lleve al cole y la recoja. Además, en el caso de que llamen para recogerla o para reunirse con los profesores, tendrías que ir tú. Quiero decir con esto que esas horas de por la mañana puedes ir a hacer gestiones o atender asuntos propios, pero con el teléfono a mano por si te necesitaran, ya di tu número en el cole.

— Perfecto, pero si quiere puedo ayudar por las mañanas a Freya con la casa que no me importa.

— No, tu trabajo es encargarte de todo lo que requiera la niña, así que te planteas todo como deseas, pero sabiendo que por las mañanas con estar localizada es suficiente.

— Vale, entonces me voy y a la hora de recoger a la niña me acerco a por ella. Después, pasamos la tarde juntas hasta dejarla duchada y lista para cenar.

— Eso es — sonrió.

— De acuerdo, si no hay nada más...

— Nada, espero que te vaya bien y estés contenta con mi hija.

— Claro.

No, debía tratarse de una cámara oculta, una broma o algo similar ¿Quién paga dos mil euros hoy en día por cuidar a una niña por las tardes, además de llevarla al cole y recogerla?

Aunque realmente eran doce horas disponibles para ellos, o sea cuatro horas diarias más que en cualquier puesto de trabajo, esperaba que aquel me durara mucho tiempo, pues me permitiría hasta ahorrar por lo menos mil euros al mes.

Me despedí de Freya y me fui para la tienda de mi amiga, dejé la moto y cogí un taxi para mi casa, cargué las cajas y las dejé en la citada tienda. Así, cuando por la tarde acabara su jornada laboral, solo tendríamos que subirlas.

Zora sonreía, ella iba a hacer su mudanza el sábado, es decir, dos días más tarde, pero yo tenía prisa por instalarme y comenzar a saborear la vida desde otro prisma.

Me fui con tiempo para dejar la moto e ir andando a por India, que salió de la escuela corriendo hacia mí y tirándose a mis brazos ¡Ay que me iba a enamorar esa niña!

Me cogió de la mano y comenzamos a andar hacia su casa mientras me contaba que habían hecho un teatro ese día y que ella era una anciana. Me morí de la risa con ella mientras me lo detallaba de lo más divertida.

Freya nos esperaba con la mesa puesta y una deliciosa pasta, además de unos *nuggets* de pollo hechos por ella.

La pequeña la adoraba y se trataban con un cariño digno de admirar.

La tarde la pasamos entre risas. No me había reído en mi vida tanto. También hicimos los deberes, pero fue visto y no visto, ya que la niña se veía que los disfrutaba, entendía y sabía hacer. Luego nos pusimos con Freya a preparar galletas. La que liamos en la cocina fue monumental, la harina nos llegó a todas hasta las cejas.

Sobre las siete comencé a prepararla para el baño. Me senté en la taza del wáter junto a ella para que lo disfrutara un rato, y nos pusimos a charlar sobre los personajes de Disney ¡Ni que yo entendiera sobre ellos! Pero intentaba ponerme en situación y aprender para hacer más dinámico el día a día.

Luego le puse el pijama y la bajé a la cocina donde me despedí de ellas.

Me dirigí a la tienda de mi amiga que ya estaba esperándome para cerrar, había firmado el contrato y tenía los dos juegos de llaves. Me ayudó a subir las cajas y decidimos qué habitación sería para cada una. Las dos eran iguales, pero una contaba con una cama de matrimonio y la otra con una litera de lo más mona, que fue la que yo me quedé.

Zora bajó al supermercado mientras yo colocaba mis cosas e hizo una primera compra.

Cenamos una pizza y después ella se fue para su casa, hasta el sábado no se instalaría.

Un rato después mi madre me llamó y la tuve que aguantar un cuarto de hora de lo más largo e intenso ¿Pues no parecía que me había ido a la guerra?

## Capítulo 3

Y por fin el día de la semana que tanto me gustaba ¡viernes!

Me levanté a las siete de la mañana, me vestí y me preparé un café. A partir de entonces desayunaría en la casa con la peque, ya que me lo había advertido Freya de una manera graciosa, era muy predispuesta.

Llegué allí, aparqué la Vespa como siempre y me dirigí hacia dentro donde ya estaban de lo más sonrientes ¡Eso era empezar bien el día! En aquel momento me acordé de mi excompañera Felicity, esa cara perra que me tenía que encontrar cada día en el puesto de trabajo.

Desayuné con India mientras charlábamos y la llevé al colegio. Estaba muy emocionada porque ese fin de semana iba al cumpleaños de una amiguita suya.

Regresé a la casa y me quedé un rato en la cocina con Freya, después iría a hacer unos recados míos de banco, pero iba bien de tiempo.

Steven apareció por la cocina y me miró sonriendo.

— Al final veo que le vas a coger cariño a la casa — sonrió y señaló a Freya para que le pusiera un café — ¿Quieres uno?

— No, ya llevo tres hoy, al final me pego sola — bromeé.

— Yo llevo tres también con el que me voy a tomar, pero sin caféina no soy persona y no puedo trabajar — se apoyó sobre la encimera.

— Eso me pasa a mí, me hierva el mal humor por las venas.

— Y la peque ¿qué tal?

— Feliz, me hablaba sobre el cumple de una amiguita al que acudiré mañana.

— Sí, madre mía, me toca ir a aburrirme — se puso la mano en la frente y se la apretó negando.

— Bueno, puede ser divertido verla feliz, es cuestión de que pienses que es un rato y ya.

— No tengo paciencia, aunque la saco, por ella lo que sea.

— Claro, por los hijos hay que hacerlo todo.

— Ahora tendré que salir a comprarle el regalo a la otra niña, no tengo ni idea de qué elegir, iré a la tienda de juguetes del centro — rio.

— Yo voy para el centro a hacer unas gestiones de banco ¿Quieres que me encargue? Además, India ya me ha puesto al día de lo que les gusta a esa edad — reí.

— No sabes el peso que me quitarías de encima. En ese caso podría seguir trabajando.

— Pues listo, yo me encargo.

— Espera que te bajo el dinero.

— No, dime cuánto me gasto, más o menos, y luego ya me lo das.

— ¿Segura?

— Segurísima.

— Pues lo que sea, cincuenta o cien euros, sin problema.

— Buen regalo se llevará entonces — sonreí.

Se despidió y subió de nuevo a trabajar. Yo salí a hacer las gestiones del banco y luego entré en la tienda donde me comencé a comer el coco.

Al final, después de preguntar mucho y pedir consejo, me decanté por un maletín de maquillaje de una princesa conocida de Disney, era una pasada ¡Ya lo quisiera yo para mí! Costó setenta euros, pero es que no le faltaba detalle y para colmo me lo prepararon de lo más bonito.

Volví a la casa, le di el regalo a Freya, el *ticket* y me fui a por la pequeña que como siempre corrió a mis brazos. Le conté lo que le había comprado a su amiguita y se puso muy feliz diciendo que le iba a encantar.

Almorzamos juntas y a renglón seguido nos pusimos con los deberes para que se los quitara de encima lo antes posible y comenzar a disfrutar del fin de semana.

Nos echamos en su sofá. Su dormitorio consistía en una especie de apartamento con todas las comodidades que cualquier niño podía soñar y una gran pantalla donde nos pusimos a ver una película animada.

Luego bajamos a merendar, ducha y lista. Jugué un poco con ella hasta las ocho, hora en la que me despedí y no dejaba de repetirme que me iba a echar de menos hasta el lunes ¡Me la comía!

Me despedí también de Freya hasta entonces, así que para mí comenzaba un fin de semana que no tenía desperdicio, quería aprovechar para adaptarme a la casa.

Fui a ver a mi madre y cenar con ella. Ya le advertí que no la vería durante el fin de semana, bueno, parecía que le había dicho un mes, la que me cayó encima, le tuve que recordar que ya la frase de que “mientras viviera en su casa” no valía...

Llegué a la mía a las once de la noche, ducha y sofá. Me tiré ahí de lo más relajada a fumarme un cigarrillo mientras veía un programa de cotilleo del corazón. Estaban hablando sobre el *reality* del momento y los que se estaban liando entre ellos. Me faltaban las palomitas, aquello se estaba poniendo de lo más interesante, se estaban forjando muchas parejas y algunas de ellas tenían una relación fuera, así que la emoción estaba servida.

Sentí la puerta de la casa a las nueve de la mañana. Me levanté y saludé a mi amiga que estaba metiendo un montón de cajas que tenía apiladas en el rellano. La ayudé a hacerlo.

Ella tenía coche, así que había venido con todo de golpe y sola. Una vez que las pusimos en su habitación, me dispuse a preparar el desayuno para las dos.

— Yo coloqué mis cosas en uno de los dos muebles que hay bajo los senos del baño, el otro te lo dejé para ti. Los champús y similares los puse en la repisa de la bañera para las dos.

— Yo traigo también un montón de cosas de ese estilo, luego las coloco. ¿Qué tal tus dos primeras noches aquí?

— Genial. Yo me adapto rápido. Además, eso de no escuchar a mi madre mientras estoy en el sofá...

— Pobrecita, te va a echar mucho de menos.

— Yo también — reí — pero déjame disfrutar de mi independencia que tanta falta me hace.

— Bueno, pero ahora me tendrás que aguantar a mí.

— Ya ves tú, contigo hago encajes de bolillos, si te me pones tonta te arreo dos collejas como hacía mi madre y te mando para tu cuarto.

— Que te lo has creído tú. Por cierto, ¿Cuándo me vas a dejar tatuarte algo?

— Te he dicho que nunca, yo admiro tu trabajo y respeto a todos los que les gusta tatuarse el cuerpo, pero a mí no — le saqué la lengua. Ella tenía varios tatuajes chulísimos, pero discretos, no se le fue la cabeza.

— Ya te convenceré, aunque sea algo pequeño que nos hagamos las dos en plan simbólico.

— Déjate de simbolismos ¡Me niego!

— Ya lo veremos — me sacó la lengua mientras sujetaba la taza de café en su mano — Por cierto ¿Salimos esta noche?

— Pues no lo veo mala idea, la verdad es que tengo ganas de coger un poco de aire y tomar alguna copa.

— Yo tengo que bajar a trabajar, pero cuando suba a comer ya me acuesto un rato para estar nueva a la hora de salir.

— Vas a tener que dejar de trabajar los sábados — reí.

— No puedo, además solo lo hago por la mañana, pero tengo clientes que durante la

semana no pueden, así que debo estar esas cuatro horitas.

— Bueno ¿Qué te apetece que haga para comer?

— Lo que quieras, sabes que no soy quisquillosa.

— Pues prepararé unos filetes a la plancha con patatas y huevos fritos.

— ¡Qué rico! ¡A la mierda la dieta!

— ¿Qué dieta? Eso no existe para nosotras — reí. En eso tuvimos suerte, no solíamos engordar, aunque tampoco es que nos pasáramos la vida comiendo porquerías.

Bajó a trabajar y yo aproveché para limpiar el suelo de la casa, luego fui a comprar los filetes y el pan para ponerme a hacer la comida.

Cuando Zora llegó yo ya tenía la mesa preparada.

— Joder, qué buena pinta tiene esto.

— Preparado con todo mi cariño — le saqué la lengua cerrando los ojos.

— Pues así da gloria tenerte como compañera de piso.

— Pero ¿qué pensabas? Chavala soy un chollo, el caso es que nadie lo ve.

— Yo sí y lo sabes...

— Es verdad ¡Te como!

Terminamos de almorzar y recogimos la cocina en un periquete. A continuación, nos tumbamos en un sofá cada una a ver la tele y nos quedamos dormidas. Por la noche tocaba fiesta.

## Capítulo 4

— Joder, Zora, ¡qué mala cara tienes! Pareces un choco en su tinta, pero tinta corrida...

— A ti sí que te voy a correr yo a hostias, palurda, es el rímel que se me ha corrido.

— Guapita de cara, que yo tengo ahí agua micelar, haberte desmaquillado antes...

— Y yo también tengo, a ver si te crees que estoy en la indigencia, lo que no tenía eran ganas de lavarme la cara.

— Pues tú sigue así, que la piel hay que cuidársela, yo para otras cosas no, pero para eso soy la primera.

— Sí, sí, menos mal que has especificado, porque para lo demás tienes menos sentido que un mosquito.

— A mí no me taladres, ¿eh? Que a ver si ahora que no tengo a mi madre para que me dé collejas me vas a coger tú de saco de boxeo, ¡la próxima no te digo nada!

— Pues mejor, que calladita estás más mona.

— Por mí, a partir de ahora, te puedes arrugar como una pasa o hacer lo que te salga del moño, que mis labios están sellados.

— Serán los de arriba, ¿no?

Me tuve que reír. La jodida era un elemento de cuidado y hasta cuando discutíamos tenía que terminar tirando la toalla. Bueno en realidad estábamos como dos cabras montesas, pero éramos de lo más felices.

— Sí, sí, el día que selle los de abajo llévame al loquero.

— Sí, sí, que eso no lo podemos permitir, que yo creo que, si no se le da al matarile, el chimichurri se atrofia.

— Calla, calla.

— Bueno tú tranquila, que nosotras estamos a salvo. A ver si nos caen dos buenos maromos del cielo y le damos alegrías a estos cuerpos.

— Sí, sí, pero sin correr demasiado, ¿eh? Que luego o se ponen anchos, o nos toman por frescas o las dos cosas...

— Si es que ya te lo he dicho muchas veces, el mejor de los tíos tenía que estar colgado por las tripas del peor...

— Sí, pero el problema es que luego nos gusta mucho que nos empotren y se nos olvida todo, así que primero nos hacemos las chulas y luego se nos caen las bragas.

— Bueno, tanto como que se nos caen, más bien nos las quitan. ¡Qué morbo!

Así éramos nosotras y esas eran nuestras conversaciones. A ver, si fuéramos dos pijas, lo mismo estaríamos opositando para notarías y saliendo con dos arquitectos que fueran socios de un estudio, proyectando una boda doble. Pero Zora y yo éramos dos chicas de barrio, divertidas y sin pelos en la lengua, ¡y al que no le gustara que le dieran morcillas!

Nos turnamos para ducharnos y ya se veía que lo de arreglarnos juntas iba a ser de lo más divertido. Desde luego más que haciéndolo con mi bendita madre detrás, esa Mary todo el día advirtiéndome de que las planchas quemaban el pelo. Claro, ¿no veía ella que yo llevaba una peluca por culpa de esos artilugios ardientes del demonio? ¡Qué mujer!

Y hablando del demonio, casi me tiro al suelo con mi amiga, mientras nos estábamos arreglando el pelo.

— Kora, por la gloria de mi abuelo, te tienes que enganchar a una serie del Netflix de un gachó que dice que se llama Lucifer y que es el demonio. ¡Y no veas si está bueno!

— ¿Sí? Vamos que da igual que lo sea, ¿no? Que está para bajar con él al infierno.

— No veas, el tío está cañón y yo los cuernos no se los he visto, pero tiene pinta de tener un rabo para hacerle una faena...

— Joder, pero ¿de qué estamos hablando del demonio o de un toro?, ¡yo ya me he perdido!

— Del demonio, del demonio, que yo por ese me dejaba meter de todo, menos miedo...

— Y encima estará forrado, que no creo yo que el demonio venga aquí a pasar fatigas.

— ¡Los cojones! No veas el tío el cochazo que tiene.

— Tía, pues a ver si ese va a ser el del dicho de mi madre que siempre suelta esa de

que “si me va a llevar el demonio, que sea en un cochazo”.

— Yo creo que sí, que ahí la Mary lo ha clavado.

— Clavado, clavado, en qué estarás pensando tú...

— Pues mira, si te digo la verdad, ahora ya estoy dejando mi mente calenturienta a un lado y estoy pensando en un pedazo de sándwich de pollo que me metería entre pecho y espalda.

— Sí, sí, tú el caso es meterte algo, sea por donde sea.

Zora y yo parecíamos el perro y el gato, pero en realidad nos llevábamos de puta madre. Yo la conocía desde hacía un puñado de años y nunca habíamos tenido una palabra más alta que otra. Todas nuestras discusiones eran de broma, que ahí sí que nos podíamos decir de todo menos bonitas, pero a mi amiga que no la tocaran que yo ma-ta-ba por ella, como la Esteban por Andreita. Y a ella le pasaba igual.

— Zora, venga, yo los preparo.

— No, no, déjate, que ya has hecho tú la comida antes.

— Mujer, tampoco me he baldado, que no era pato a la naranja.

— Venga, pues pon musiquita y meneamos las dos el culo mientras preparamos algo.

Nos pusimos manos a la obra en la cocina y nos preparamos dos pedazos de sándwiches de pollo de unos cuantos pisos que no se los saltaba un galgo.

— Te voy a poner al Lucifer mientras comemos, te vas a cagar.

— Hombre, no es muy buena combinación, pero dale.

Mi amiga llevaba el Netflix con ella, como una tortuga el caparazón. Ella era muy de series y películas, yo menos, pero algo me decía que, con ella, o me aficionaba o me aficionaba.

— ¡Los muertos! ¿Ese es el tío? Está para cantarle una saeta.

— Sí, vaya ejemplo que has puesto tú, una saeta de Semana Santa al demonio, pero vamos...

— Déjate de tonterías y al lío, cállate que quiero escucharle la voz.

— ¿Qué? —ella me miraba como si hubiera hecho el descubrimiento del año.

— Que a mí me susurra el tío ese al oído y me cae el caldillo hasta la rodilla.

— ¡Qué guarra!

— Claro, joder, llevas toda la tarde buscándome el pico y ahora la guarra es la Kora, ¡te quieres ir a freír monas!

Terminamos de cenar y ya tocaba vestirnos. Saldríamos a los pubs, porque la primavera, que la sangre altera, a nosotras nos tenía revolucionadas, vamos que nos pedía marcha de la buena y estábamos deseando coger la calle.

— Kora mira, te he cogido tus shorts negros—se asomó por la puerta del baño.

— Muy bonito, así me gusta, pidiendo permiso.

— Mira la tía, cállate que te he lo he dicho, que todavía me lo podía haber callado.

— Claro que sí y la Kora que se ha quedado ciega de repente, no se hubiera dado cuenta. Anda que tienes una colleja...

— ¡No digas que no los luzco bien! ¡Me hacen un culito respingón que voy a arrasar!

— Sí, en las redes y, por cierto, eso quiere decir que a mí no me lo hacen, ¿o qué?

— No, mujer, que tú estás también muy mona con todo lo que te pones, si es que el secreto de nuestro éxito es la percha, ya quisieran muchas.

— Di que sí, que lo que no nos digamos nosotras no va a venir a decírnoslo nadie.

— O sí, pero yo me quiero mucho.

— Y yo también te quiero, petarda.

Salimos a la calle y obvio que íbamos divinas. Ella se había puesto mis shorts negros, que eran una monería, con sus botoncitos delanteros y un corpiño también negro de lo más sugerente con sus sandalias negras megaaltas.

Por mi parte, yo me había puesto una faldita color nude con varios volantes que era una auténtica cucada, mi amiga decía que parecía una muñequita. Llevaba un corpiño de un tono

parecido, pero más bajo y unos zapatos altos de esos abiertos por delante, formando una onda y cogidos con cordones, que tanto se llevan.

El caso es que ambos modelitos nos hacían unas piernas de infarto y esa noche estábamos dispuestas a que más de dos y más de tres babearan por nosotras.

Empezamos la ruta de los pubs y la cosa estaba demasiado tranquila. Nosotras queríamos marcha y bailar.

— Kora, me estoy acordando de que el Adán, el hermano de la Raquel, ya ha abierto el local la semana pasada, me dijo ella que nos pasáramos.

— ¿Sí? Pues ese tío mola tela, tiene una marcha que es una pasada, deberíamos ir porque no creo yo que ponga música gregoriana.

— Claro que no, ahora mismo le escribo a la hermana y que me pase la ubicación, que no la tengo clara del todo.

Llegamos al local en cuestión, cogidas del brazo porque con los taconazos era más fácil que todas las cosas pegar un bocazo e iba a ser que no.

— Mira, mira, te lo dije— el perreo sonaba desde la puerta.

— Ofú, ¡qué bien pinta la noche!

— ¡Y tanto! Está sonando “*Diosa*”.

— Hombre claro, eso es porque hemos asomado nosotras por aquí los morros y la

han puesto en honor nuestro, que es lo que somos.

— De ahí para arriba.

A ver, que a nosotras todavía nos quedaban abuelas, que para eso éramos muy jóvenes, pero también nos lo decíamos todo solitas cuando salíamos, que nos veníamos muy arriba.

Y allí estábamos las dos, entrando al ritmo del “*Peli-negra y peli-grosa*” de Myke Towers.

No está bien que yo lo diga, pero mi amiga y yo las liábamos pardas allí donde íbamos. El baile nos gustaba más que a un tonto un lápiz y hasta al *twerking* le dábamos tela, cuando venía el caso.

Adán vino a saludarnos. Ese traía los ojos como dos brechas. Mira que estaba bueno, pero era de esos tíos que tienen un vicio y se mean en la puerta o en el quicio, pero ese tenía que liarla. A esas alturas de la noche sabría Dios lo que se habría metido en el cuerpo.

— Míralas, si es que son dos reinas.

— ¿Qué dices de reinas? Diosas, diosas, nosotras somos diosas, ¿o es que no escuchas la canción? — Zora le cantaba mientras le daba dos besos.

— Diosas salidas del mismísimo Olimpo. Vaya con las piernas que me gastáis las dos, son columnas.

— Sí, del Olimpo también, no te jode, bueno una cosita, invitarás a algo, ¿no? Que como sigamos aquí te vamos a poner el local de bote en bote.

— Anda que no sabéis nada las dos, ¿qué queréis?

— Dos rones con cola y cargaditos—hizo Zora el gesto de echar bien con la botella.

Nosotras, cortadas no es que fuéramos precisamente. Nos gustaba mucho una marcha, aunque en plan sano. Todo lo más coger un buen morado, eso sí, pero nada que no se arreglara con un Ibuprofeno al levantarnos.

— Pues nada, marchando dos copazos para las niñas, pero vosotras no os mováis, que yo os los traigo, que tenéis a todos los maromos con el ojo puesto en vuestro culo— vaya si era pájaro también el Adán, ese sabía más que los ratones colorados.

Era sábado y desde luego que nuestros cuerpos lo sabían. Ya habíamos dicho antes de salir que no nos recogíamos sin tomarnos el chocolate y los churros.

— Kora, ¿has visto a los dos de la esquina? Vaya dos pedazos de monumentos y encima no paran de mirarnos.

— Ya los he visto, pero vamos, tú hazte la tonta, que piensen que pasamos de ellos como de la mierda.

— Está claro, que cuanto más pasemos, antes van a venir. Esos están contando los minutos.

Los dos chicos en cuestión debían tener cada uno una madre pastelera, porque bombones como esos no los fabrica cualquiera.

— Te juro que son armarios de ocho puertas las dos, calor me está entrando.

— Ya están hablando entre ellos, ¿qué te juegas que en menos de un minuto los

tenemos aquí a los dos?

— No me juego nada, ven vamos a hacer un numerito de esos de que bailamos las dos pasteleando un poco y ya verás lo que tardan.

Dicho y hecho, fue bailar las dos un poco en plan insinuantes entre nosotras y tenerlos a los dos pegados a los tobillos. Habían acudido como la mosca a la miel. Si es que a nosotras el sexapil nos salía por lo alto de las orejas...

— Hola, chicas, ¿estáis solas? —soltó uno de ellos, el rubio con los ojos claros y dientes que parecían perlas, de lo blancos que los tenía.

— Solas no, estamos la una con la otra, ¿no lo ves? —le soltó Zora.

— Ya, ya, mujer, me refiero....

— Te he entendido, te he entendido, me estaba quedando contigo, me llamo Zora. Y mi amiga es Kora.

— Anda, qué gracia.

— Si vas a hacer alguna bromita con lo del parecido de los nombres, te la puedes ahorrar porque estamos de ellas hasta la coronilla—reí.

— Ya, ya—se quedó parado en seco—¡Menuditas éramos nosotras!

— ¿Cómo os llamáis?

— Yo soy Fabio y mi amigo Mario.

— Bueno, mira, también son nombres parecidos—dijo Zora. Yo ya sabía que al ella le iba a molar el que estaba hablando, Fabio, porque era su prototipo—¿Y lo de Fabio? No tienes pinta de italiano.

— No, no lo soy, pero mi padre sí y de ahí.

— Vale, vale, ¿a qué os dedicáis?

— Somos policías, compañeros en la comisaría del centro.

— Anda, de la Nacional entonces—añadí.

— Sí, sí.

— Bueno, ¿y estáis aquí para hacernos de guardaespaldas? —les sacó la lengua Zora.

— Estamos para lo que os dé la gana.

En estas llegó Adán con las copas, que ese se había entretenido un poco en el baño después de que entrara una morena con la melena por el culo y muy buen tipo, mejor no preguntar.

— Aquí tenéis las copas—sonrió.

— Sí, anda que lo tuyo es rapidez, la madre que te parió, Adán, tú eres como para una urgencia.

— ¿Y para qué sirven las prisas? Si al final, dentro de cien años, todos calvos, hagamos lo que hagamos.

— Bueno, uno antes que otros—le guiñó el ojo.

Es que el jodido había estado sembradito, “todos calvos, decía” y él era de los que se había rapado la cabeza como el Mister Proper, vivir para ver.

— ¡Será puñetera la niña! Te lo voy a perdonar porque estás que quitas el hipo, pero vamos, menos mal que os invito... ¡Encima sacando faltas! — negaba con la cabeza.

— Tú sigue así que para la próxima nos va a invitar un mojón, ya verás—me advirtió Zora, para quien las copas gratis venían a ser algo así como un codiciado trofeo.

Nos echamos todos a reír. Los chicos miraban las cosas que nos decíamos la una a la otra como si de un partido de ping pong se tratara, ¡no sabían lo que habían hecho al acercarse!

— Bueno, por eso no te preocupes que las próximas las pagamos nosotros—se ofreció Fabio.

— Mira, por ahí vais ganando puntos. A ella es que lo de las copas, a ver cómo os lo explico, le gusta bebérselas, pero no pagarlas—les expliqué entre risas.

— ¡Y tú te quejarás! Que siempre las saco gratis, pero para las dos.

— Vaya que sois dos personajes—reían ellos.

— Hombre claro, es que, a ver, con lo que nos ahorramos en copas, nos compramos el modelito de la siguiente semana y así siempre estamos estrenando.

Los chicos estaban que se partían con nosotras. Aparte de monos, eran muy simpáticos y, aunque vistos desde lejos nos habían dado apariencia de formalitos, en realidad eran dos cachondos mentales, con un humor irónico que también nos hacía reír a nosotras.

Nos preguntaron por nuestras profesiones y allá que les contamos.

— ¿De veras haces *tatoos*? —le preguntó Fabio a Zora.

— Pues sí, ¿o es que tengo cara de hacer dulces como las monjas del convento de la calle San Bernardino? —lo miró un poco alucinada.

— No, no, que tienes un *look* muy chulo, déjate, no te imagino yo a ti con hábito—le guiñó el ojo.

— Ni yo a ti tampoco—me miró Mario, que también tenía una sonrisa flipante, pero él en otros tonos, era moreno y con los ojos negros.

— No, no, si a mí no me hace falta que me lo digas, ya sé yo que nosotras arrasamos —solté de lo más chulilla.

— Sí, sí, no lo dudamos, dos huracanes tenéis que ser...

Y allí que nos pusimos las dos a echarles aire en la cara, que parecíamos dos ventiladores y ellos dos muertos de la risa.

Desde luego que no las pensábamos y con unas copitas de más, mucho menos y no fueron una ni dos, sino un montón las que nos tomamos. Y es que los chicos se rascaron el bolsillo, pero bien y nosotras nos dejamos invitar.

— ¿No nos estaremos colando un poco? —le pregunté a mi amiga una de las veces que fueron por otra ronda.

— ¡Y un mojón colándonos! Lo están haciendo porque les da la gana y lo estamos pasando de puta madre. El Fabio tiene un revolcón que no veas. Ni me lo mires, te lo advierto—levantó el dedo y yo no vi uno, sino dos dedos, de lo achispada que ya iba.

A lo tonto, a lo tonto, nos estábamos poniendo como dos cubas y es que los chicos tenían una conversación de lo más divertida y lo estábamos pasando fenomenal con ellos.

Cuando Adán cerró el local, a las cinco de la mañana, con los pies dándonos calambrazos y un tanto borrachinas, nos fuimos a un local de esos de “abierto veinticuatro horas” en el que seguimos bebiendo mientras nos comíamos unos nachos con queso y carne como si no hubiera mañana.

Y eso no fue todo, porque habíamos jurado que nos tomábamos el chocolate y los churros y lo hicimos. Los chicos nos acompañaron de lo más animados y es que se notaba *feeling* entre nosotros. A las ocho nos dejaron en la puerta de nuestro portal.

— Esos nos están llamando en breve. Se han quedado más calientes que el palo del churrero que nos ha atendido—le dije entre risas a Zora mientras que nos acostábamos.

— ¡Hombre, claro! —Y no le dio tiempo a decir ni media palabra más cuando ya estaba frita y yo detrás.

## Capítulo 5

— Si tienes lo que hay que tener, Kora, me vuelves a decir que me levante, que te tiro con lo primero que tenga a mano.

— Así me gusta, amiga, esto es para no perder costumbre. Yo antes me levantaba con las malas pulgas de mi madre y ahora con las tuyas.

— Mira, ya sabes que sí, que yo me levanto de muy mala hostia normalmente, pero ayer es que nos pusimos finas filipinas con las copas y me quiero cortar la cabeza.

— Cabrona, pues por eso te lo estoy diciendo, para que te tomes un cafelito y un Ibuprofeno.

— Puñetas, pero me lo podías haber dicho más tarde, que es muy temprano. Deben ser como las diez.

— Diez mojones son, mira el móvil—se lo acerqué.

— ¡Arsa! Pues sí que pasan las horas rápidas en fin de semana, me cago en todo, la una y media. ¡Vaya mierda!

— Bueno, piensa que no tenemos nada que hacer hoy y podemos estar aquí todo el día tranquilamente sin tener que aguantar a nadie, a nuestra bola.

— Eso es verdad.

Se vino para la cocina y le puse un café. La escena nuestra era un poema, las dos tumbadas encima de la mesa como si nos hubiera dado un vahído, con menos ganas de movernos que una pelusa en una tirita.

— Kora, anda que no estaban buenos los policías. ¡Vivan las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado! Si es que esos son de calendario.

— Sí, es que yo creo que ahora los escogen en un *casting* de modelos o algo, porque yo paso muchos días por delante de la comisaría y me quedo flipada, están potentes, pero potentes.

— Joder, pues voy a tener yo que perder el carné aposta o algo, que por allí no suelo pasar.

— No te va a hacer falta, esos nos llaman.

— Hombre, claro y nosotras vamos, que para eso están buenos a reventar.

— Pues hablando de tíos buenos, no veas tú si está también potable mi jefe. A ver este en otro estilo, pijo, refinado y madurito, pero está para cerrar la puerta del despacho y mandar a tomar por culo la llave.

— ¡Qué morbillo! ¿No? Yo nunca he tenido un jefe así.

— Ni así ni de ninguna manera, puñetera, si tú nunca has tenido jefe.

— ¡Anda, pues también es verdad! Kora, yo no te quiero poner nerviosa, pero la Mary viene para acá cargada de bolsas—puso un gesto muy gracioso.

— ¿Qué dices? —me asomé a la ventana en la que estaba apoyada ella tomando el café—¡No me jodas!

Porque ya la habíamos visto que, si no, hubiéramos averiguado fácil que era ella por la forma de llamar, cinco o seis pitadas rápidas.

— Mamá, ¿te estás quemando? —pregunté por el telefonillo.

— Niña, déjate de guasa y abre, o te llevas una colleja.

¿De verdad? ¿Ni en mi casa me iba a librar?

— Mamá, ¿qué haces aquí? —le pregunté cuando entró en nuestra casa.

— Así, me gusta, cría cuervos para esto, vaya un recibimiento a su madre.

— Mamá, es que podías haber avisado, podíamos haber estado acostadas o algo, que además aquí también vive Zora.

— Bueno, pero es que, si Zora estuviera acostada, yo no la iba a levantar, te levantaría a ti.

— Gracias, eres muy considerada.

— ¡Hola, Mary! —la recibió muy alegre mi amiga.

— Mira la jodida, a ti lo bien que te recibe y a mí por poco me arrea por llamarla antes.

— Hombre claro, eso es porque Zora sabe que a las madres hay que atenderlas como Dios manda. Anda, mete todo esto en el frigo.

— ¿Qué es, mamá?

— Pues qué va a ser, un montón de *tuppers* que os he preparado para que comáis como Dios manda, que si no al saber...

— Pero mamá, si yo como en la casa y Zora en el bar...

— No, sí verás, si ahora va a estar mal también que os traiga comida. La dejáis ahí y la tenéis para cuando queráis picar algo.

— Gracias, Mary. ¿Te gusta el piso? —quitó hierro mi amiga.

— Mira, es muy mono, Zora, quizás una manita de un color de pintura cálido le daba yo a las paredes, pero no está mal. Eso cuando queráis me vengo yo con los aparejos y en un fin de semana lo tenemos listo.

— Mamá, no hace falta pintar, déjate de tonterías.

— Basta que lo diga su madre para que sea una tontería, si se lo dijera un chaval seguro que ya tenía el rodillo en la mano.

— Claro, mamá, ¿no ves lo que yo dependo de un hombre? ¿Ves tú un anillo en mi dedo o un tío en mi cama?

— Eso ni se te ocurra, ¿eh? A ver si no va a poder dormir una tranquila. Nanai de

traer tíos aquí, no vaya a ser un loco que os quiera hacer algo malo.

Miré a Zora y estaba descojonada de la risa. Por mi parte, la mala leche se iba apoderando de mí por momentos. ¿No era una broma? ¿Mi madre estaba intentando poner normas en nuestra casa? Traté de coger aire y contar hasta diez antes de contestar.

— Mamá, no quiero ser brusca, pero llevas toda la vida diciendo eso de “mientras vivas bajo este techo”, o sea el tuyo.

— ¿Y?

— Pues que no sé si has caído en la cuenta de que ya no vivo bajo tu techo. Ahora gano mi salario, me he independizado...

— No cantes victoria tan pronto que te veo volviendo, ya lo hemos hablado...

— Mamá—volteé los ojos y hasta mareos me entraron.

— Una cosa, como he traído comida de sobra, me quedo a comer con vosotras, si no le importa a Zora, claro.

Claro a Zora, ¡a mí que me partiera un rato!

— A mí qué me va importar, Mary. Lo único que si no me ves tan habladora como otras veces es porque tengo la cabeza a pájaros de la marcha de anoche.

¡Ya había desatado la caja de los truenos! La miré y la quise asesinar. Había que tener poco sentido para decirle eso a la alarmista de mi madre.

— Normal, eso es por la panzada de beber que os habréis dado esta noche. Si es que la juventud de ahora vive a pique de un repique. Cuando tengáis mi edad vais a tener todos los hígados para que os den morcillas, luego llegarán las lamentaciones...

— Que sí, mamá a una clínica de desintoxicación vamos a ir esta semana las dos.

— O a “Alcohólicos Anónimos” —metió un poquito el dedo en la llaga la inconsciente de mi amiga.

— Bueno, bueno, después no digáis que no os lo he advertido.

— ¿Quieres que comamos ya, mamá? —pensé que mal trago pasarlo pronto, porque venía con ganas de guerra.

— Puñetas, no tengas tanta prisa. Ponme un refresquito o algo y enséñame el resto de la casa.

— Mi dormitorio está un poco revuelto, Mary, porque como salimos anoche y no me ha dado tiempo a recogerlo.

— Tú no te preocupes, hija, que ya está aquí la Mary, yo ahora me remango y le doy una fregaíta a todo, que luego empieza la semana y con el trabajo no vais a limpiar.

— Y el finde menos—me guiñó mi amiga el ojo, buscándola y yo es que la quería asesinar.

— Eso ya lo sé, que el fin de semana, cachondeo va y cachondeo viene, todavía menos.

— Mamá...

— Ni mamá ni leches, que todavía cobras, a ver si al final va a tener que venir aquí Sanidad a desinfectar.

Resoplé mientras le enseñaba el resto de la casa. Estaba viendo que me iba a dar el domingo, con lo felices que me las prometía yo.

— El cuarto de baño está muy bien, muy completito y con su ventana, que eso es importante, para que no haya condensaciones.

Y no, condensaciones no iba a haber, salvo la de mi mala leche que iba en aumento.

— Lo sabía, mírala, aquí tiene mi hija las planchas de haber estado anoche dale que te pego, al remate te quedas sin pelos.

— Sí, mamá, las planchas las usamos todas las mujeres, pero la que se va a quedar calva soy yo—tomé aire, me iba a entrar ansiedad.

— Todas las mujeres no, que yo no las uso y mira, la edad que tengo y la melena tan brillante.

— Es verdad—soltó Zora desde lejos. Una fatiga me iba a entrar—Me tienes qué decir cómo tienes ese pelazo Mary—aquella quería cobrar y yo la iba a complacer.

— Pues mira hija, muy sencillo, ni planchas, ni tintes, ni mechas, ni nada. Todo natural, pero como ahora os empeñáis en tenerlo todo artificial...

La retahíla parecía ser interminable. Para cuando nos fuimos a sentar en la mesa, yo ya estaba

agotada mentalmente, mi madre se había llevado todas mis energías. Pero no creáis que fue rápido, en ese momento ya nos había limpiado medio piso y amenazaba con limpiar el otro medio días más tarde.

— Mary, voy a bajar por unos dulces para cuando almorcemos. Ya que has traído tú la comida yo pongo una bandejita para el café.

— No hace falta, mujer. No te vayas a vestir ahora y todo.

— No me importa.

— Déjalo, amiga—me ofrecí yo, a ver si, entre que iba y venía, mi madre ya estaba más tranquilita.

Bajé y puse rumbo a la pastelería de la madre de mi amiga Fina, seguro que ella estaba allí y me apetecía saludarla.

— Capulla, me he enterado de que te has independizado—salió a darme dos besos.

— Sí, pero la sombra de mi madre me persigue, ahora la tengo en casa de cháchara con Zora.

— Bueno, mujer, pero eso es un ratito. Ya quisiera yo, a mí me queda tiempo todavía en mi casa.

— ¿Y eso?

— Tía, porque el Óscar y yo ya nos íbamos a casar, pero al final se va seis meses a Afganistán porque se ha empeñado en comprarse un coche y pagarlo a tocateja antes de la

boda—su novio era militar.

— ¿Y por qué tantas prisas?

— Porque este es muy de niños, ya lo conoces, y se le ha metido allí abajo que quiere que seamos padres jóvenes. Vamos que quiere una barriga en cuanto nos casemos y después le van a pesar más las letras.

— Pues vaya con el cabezón, chica. Total, que, entre pitos y flautas, te quedas con tu bendita madre una temporadita más.

— Sí, y mira que me estoy planteando hasta irme yo mientras al piso, porque mi madre me está dando la del pulpo con la boda y con todo.

— Pues yo te alabo el gusto, que tu madre es muy buena y muy santa, como la mía, pero taladran que da gusto...

— Sí, están cortadas por la misma tijera.

Salí de la pastelería pensando que, bien visto, había sido toda una suerte que me hubieran llamado de la casa y a esas alturas tuviera planteada la vida por mi cuenta, aunque siempre estaría para lo que le hiciera falta a mi madre. Eso sí, de volver a vivir con ella no quería volver a escuchar hablar, ¡qué pereza!

Nos comimos los dulces y ya esa buena mujer cogió las de Villadiego.

— Tú dale mucho pie a mi madre y te juro que te quedas viviendo con ella—le advertí con el dedo—Te la dejo aquí y me voy yo a su casa.

— Eres más exagerada...

— ¿Exagerada? Ella es inestable, como la nitroglicerina—reí.

Pasamos el resto de la tarde tiradas a la bartola, viendo la tele, charlando de los chicos de la noche anterior y planteando nuestro lunes de trabajo. Bueno eso ella, que tenía cita para hacer varios *tatoos*, mi jornada no podía ser más sencilla, ¡vaya chollo!

## Capítulo 6

— ¿Dónde está mi princesa? — aparecí ese lunes por la puerta de la cocina causando una sonrisa a India.

— ¡¡¡Aquí!!! — reía feliz.

— ¿Me has echado de menos? — pregunté mirando a Freya que me estaba poniendo el desayuno sobre la mesa mientras sonreía.

— ¡Sí! A mi amiga le encantó el regalo, estaba muy emocionada.

— ¿¿¿En serio??? — me puse a aplaudir a modo de felicidad.

— Mi papá dice que te va a encargar otro para mí.

— Pues no se hable más, luego voy a por él.

— Te lo agradecería — irrumpió Steven en la cocina sonriente.

— Tal como la deje en el colegio vuelvo a por la Vespa y voy a ello — sonreí observando la cara de alegría de esa preciosidad.

— Papi dile lo que me comentaste — reía mirando a su padre que se sentaba a desayunar con nosotras.

— Bueno, eso lo tendré que hablar con ella de forma tranquila. Deja que desayune y coja fuerzas, a ver si la vamos a asustar — hizo un gesto bromista.

— Ah no, a mí no me asusta nada, podéis soltarlo sin miedo — ya estaba intrigada por saber eso que querían hablar conmigo y como yo no era impaciente...

— Es que hace tiempo le prometí llevarla al parque de atracciones y lleva todo el fin de semana pidiéndome que te vinieras con nosotros, sería el viernes que es fiesta y comprendo que es tu día libre... — levantó la ceja e hizo un gesto indicativo de que era cosa de ella.

— Claro que voy — aplaudí mirándola emocionada — Además pensé que trabajaría.

— No por favor, los días de fiesta son para librar todos — sonrió.

— Mi papi y yo te recogemos en el coche — reía.

— Mejor, pues como yo tenga que ir hasta el parque en Vespa puede que llegue justo al cierre — le saqué la lengua a la pequeña — De todas formas, puedo venir en ella y salimos de aquí.

— No, por favor, te recogemos — sonreía Steven.

— Ahora hay que aligerarse que el cole te espera — la animé a terminar rápido mientras su padre apoyado sobre la encimera me miraba con la mejor de sus penetrantes miradas ¡Sabia ponerme nerviosa!

De camino hacia el colegio me recordó mil veces que fuera a por lo que le compré a su amiga, el set de maquillaje ese que tan locas las había vuelto.

Me dirigí hacia la casa y me tomé un café con Freya.

— Bueno ahora iré a por el maletín de la niña que si cuando salga no lo tiene le puede dar algo — reí.

— Ay, el fin de semana que dio — reía. Freya estaba interna en la casa, era de Venezuela además de una gran mujer.

— Es una monería, me tiene loca.

— Y te adora, le decía el fin de semana a su padre que quería que llegara el lunes para verte.

— ¡Me la como!

— El padre bromeaba diciendo que te iba a traer a vivir aquí y la pequeña decía que sí, que te diera más dinerito y así te convencía. Morí de la risa con la conversación que se traían en la comida.

— Por favor ¡Me acabo de independizar! — reí — Otra mudanza ni en broma.

Tras la charla me fui para hacer el encargo de India, además de comprarle un regalo que se me había antojado al verlo. Luego me pasé por el médico para que me recetara las pastillas de la tensión, que tomaba cada mañana religiosamente, ya que tendía a tenerla muy alta, vamos que era hipertensa.

Volví a la casa y dejé lo de la niña en el salón para dárselo cuando comiera. Me fui a por ella que salió emocionada con la pregunta de si le había comprado el maletín. Me hice la misteriosa unos momentos en que sus nervios se acrecentaban en esa preciosa sonrisa.

— Dime que sí — reía en mis brazos.

— ¿Y qué me das a cambio? — me hice más la interesante.

— ¿Un besito?

— Jo, ya me has ganado, quiero ese besito y te contesto — me abrazó fuerte y besó mi mejilla con mucho cariño.

— No solo está el maletín, sino que también hay un regalo sorpresa que te hice.

— ¿De ti para mí?

— De mi para ti — reí mientras ella aplaudía emocionada.

Llegamos a la casa y le dije que cuando comiéramos los abríamos, así que se pasó todo el almuerzo de lo más nerviosa. Pensé que lo debería haber hecho al revés.

Su padre comió con nosotras y Freya. Estaba de lo más observador, menos mal que sonreía todo el tiempo, pero levemente. Era muy prudente, correcto y tranquilo, además contaba con esa mirada penetrante que me ponía de lo más nerviosa.

La pequeña corrió al salón cuando nos levantamos de la mesa. La seguí para ver su cara. El maletín estaba sin envolver, pero mi regalo sí que lo estaba y le quitó el papel sin dejar de sonreír, como un manojo de nervios.

Alucinó al ver un conjunto de cepillos, espejo, diademas, coleteros y horquillas, de una línea perteneciente a una muñeca que le encantaba “Tarta de fresa”, de la que yo misma había sido fan desde pequeña. Olía súper bien.

Me abrazó con fuerza.

— Me encanta, me has hecho muy feliz.

— ¡Te como! Te mereces todo lo mejor del mundo.

Estuvimos esa tarde haciendo los deberes, jugando, merendando...Luego ducha y la dejé cenando con la mejor de sus sonrisas.

Llegué a casa y mi amiga y yo pedimos pizza, era el día del 2x1 y no se podía escapar, además no teníamos ni ganas de ponernos a preparar nada.

Puso un capítulo de “*Lucifer*” después de la cena, al final me estaba aficionando a esa serie y me estaba enganchando tanto como mi amiga que la había comenzado de nuevo con tal de verla conmigo.

Me acosté con la sensación de que me encantaban mi nueva vida y mi recién estrenado trabajo que me hacía llevar por fin la existencia que quería.

El martes por la mañana llegué a la casa y la pequeña estaba con unas coletas hechas con el set que yo le regalé.

— Estás preciosa — la miré haciéndome la asombrada.

— Son los coleteros que me regalaste y las horquillas...

— Ya los vi, pero es que eres tan bonita que te quedan mucho mejor puestos de lo que se ve en la mano.

— Gracias — decía con esa sonrisa entrecortada.

La llevé al colegio y volví a por la moto para ir a inscribirme a la autoescuela. Había decidido que a partir de ahora dedicaría el hueco libre de la mañana para estudiar en la cocina haciendo compañía a Freya mientras iba y venía, ocupándose de sus quehaceres.

Hice todo, dejé la moto en la casa y me fui a por India.

— ¿Qué te pasa? — me agaché al verla salir sin su sonrisa y corriendo hacia mí.

— Vámonos ya, por favor — comprobé que contenía el llanto.

— Ah no, a mí me dices qué te pasa.

— No puedo, vámonos porfa — tiraba de mí nerviosa por salir de esa zona del colegio.

— ¿Tú confías en mí?

— Sí, pero si no nos vamos me pueden matar — se echó a llorar agobiada.

— ¡¡¡Qué dices!!! — me salió mi alma de barrio — Dime ahora mismo qué pasó, a ti no tiene narices de ponerte un dedo encima ni Dios.

— Me dijo que si lo contaba me mataba — lloraba desconsolada cuando la cogí en brazos.

— ¿Qué te hicieron? — intenté bajar el tono y no decir más improperios.

— Me tiró de los pelos en el baño y me dio una patada — no podía ni hablar, tenía el corazón encogido.

— Dime ahora mismo quién te hizo eso, por favor. No lo voy a permitir más.

— Mi compañero de clase, Kiel, entré al baño a hacer pis y cuando salí estaba en los lavabos y me pegó.

— ¡Me cago en su madre! — otra vez me salió mi yo más profundo.

Llevaba a la niña en brazos sobre un lado de mi cintura. Entré y me dirigí al conserje. Le pedí que por favor avisara a su tutora, por mi cara ni dudó en que no debía llevarme la contraria. Si me llega a decir que tengo que pedir cita le parto el teléfono de su puesto en la cabeza.

La profesora salió con una sonrisa, pero al ver a la pequeña llorando se le cambió el rostro y le acarició la cabeza preguntándonos qué había pasado.

La puse al día de todo y me dijo que la semana anterior eso mismo le contó un niño de la clase, pero que ese se defendió y que ella habló con los dos, pues estaban discutiendo de quién era la culpa. No obstante, viendo que se repetía el caso y más que India era una niña de lo más noble, no lo podía permitir. Me comentó que se reuniría con el jefe de estudios sobre la marcha y que tomarían cartas en el asunto.

Me recalcó que a la mañana siguiente ella misma cogería personalmente a la pequeña y se encargaría de que no estuviera asustada, además de encargarse de que se atajara el problema.

Llegamos a la casa, Freya y su padre nos miraron preguntándose qué había pasado por la tardanza y los puse al corriente.

Steven me agradeció que hubiera tenido la iniciativa de reaccionar buscando a la tutora de la niña y poniendo lo sucedido inmediatamente en su conocimiento.

Comimos y me fui con India a su dormitorio. Se notaba que estaba triste, así que intenté animarla jugando con ella a las princesas. Nos pusimos unas coronas que tenía, la maquillé y jugamos con las muñecas.

Luego la duché antes de la merienda, así la dejé preparada, deberes y a las ocho la senté en la cocina para que Freya se encargara de su cena.

Llegué a mi casa y estaba Zora en la cocina preparando una ensalada con unas croquetas que le había llevado su madre a la tienda de *tatoos*.

Le conté lo del colegio de la niña y se quedó flipada.

— A mí me pilla allí, espero al niño y a sus padres y me lio a hostias con todos hasta que digan basta.

— Ya, pero esas no son formas. Yo hablé con la profesora, si esta no pone medios entonces tendremos que tomar medidas más drásticas contra el centro.

— Drásticas contra todos si a una hija mía le hacen eso.

— Bueno relax, es martes y ya casi viernes, que es fiesta.

— Y te vas a un parque de atracciones...

— Eso parece — reí — pero me resulta de lo más divertido.

— Y a mí, la verdad es que sí... ¡Chollo de trabajo tienes!

— No te quejes que tú trabajas en la que es tu pasión.

— Eso sí, menos mal. Si no, no me aguantaría ni Dios.

Cenamos charlando un poco de nuestro día y luego capítulo de “Lucifer”, ese que ya no podía faltar cada noche, ya me había más que enganchado a ese hombre.

Me acosté pensando en lo sucedido. Apenas podía creer lo bien que me estaban yendo las cosas. Todo estaba saliendo a pedir de boca, vivía con mi amiga que para mí era todo un placer y tenía un trabajo donde curraba doce horas de las cuales más de la mitad eran de lo más relajado y la otra mitad, de lo más divertido ¿Qué más podía pedir?

## Capítulo 7

Esa mañana estaba de lujo, no hacía tanto frío en la Vespa. De todas maneras, como era temprano, me solía abrigar bien. En cualquier caso, se notaba que empezaba a pronunciarse fuerte esa primavera que nos llevaría al tan deseado verano que tanto me gustaba y apreciaba.

Llegué a la casa y la pequeña parecía triste, Freya me miró haciendo un gesto. Entendí que estaba India preocupada por cómo le iría ese día en el cole.

— Buenos días, bombón — le di un beso en la mejilla.

— Buenos días, Kora.

— Ah no, a mí con esa tristeza no me recibas que lloro.

— Buenos días — irrumpió su padre sonriendo con tristeza — Os voy a acompañar a la escuela, quiero ver cómo reacciona la tutora.

— Claro — entendí su preocupación.

Desayunamos y nos fuimos de camino hacia la escuela, cada uno llevábamos a la niña de una mano y le íbamos dando charla para que se relajara.

La tutora estaba esperando en la puerta a que llegara India, así que cuando la vio le dio un abrazo y nos saludó. A Steven ya lo conocía, por supuesto.

— Los padres de Kiel vinieron ayer por la tarde y se mostraron muy avergonzados

por la actitud de su hijo, además de que estaban seguros de que no iba a pasar más. Nos comentaron que no estaban dispuestos a tolerar este tipo de comportamiento en su hijo, ya que lo veían como un acto salvaje y en absoluto permisible. Nos pidieron que os transmiéramos sus disculpas y que se sentían de lo más apesadumbrados y apenados por la niña.

— Al menos no son unos inconscientes, me temía que también salieran en defensa de su hijo — dijo Steven con su tono educado y correcto.

— Nada que ver, no son personas de ese tipo. Ahora trajeron al niño y lo mandé a clase, venía realmente mal, me pidió perdón y comentó que también se lo pediría tanto a India como al otro compañero ante el resto de la clase.

— Bueno, si es así y lo hace de corazón, me parece que va por buen camino. Tampoco es cuestión de fustigarlo, creamos que fue un arrebato por cualquier cosa. Los niños también se estresan y a veces sus frustraciones las pagan, por desgracia, de esta manera tan desafortunada.

— Nunca lo vi mal niño, durante el curso fue muy amigable, simpático y educado. Sus padres lo achacan a que acaban de perder a un bebé que esperaban ya con siete meses de embarazo. Kiel estaba muy ilusionado y puede ser eso, pero como dicen ellos mismos, no justifica sus actos.

— Es eso sin dudas — decía Steven convencido — creo que sacó su rabia de esa manera que no es la mejor, pero también hay que comprender su edad, quizás necesite un poco de ayuda.

— Eso les he dicho, de todas formas, el psicólogo del centro lo va a ver hoy.

— Genial. Pues listo, nos vamos tranquilos y te dejamos a mi princesa — miró a

India que se sostenía de nuestras manos y la besó.

Me despedí de ella con un abrazo y quedé en que la vería a la salida.

— Pues parece que todo tiene sentido, aunque como dicen sus padres no es justificable.

— Ya, es difícil a veces meterse en la cabeza de un niño.

— Y de un adulto — levantó la ceja produciéndome una sonrisa— ¿Y qué tal lo de la autoescuela?

— Pues mira, ahora me voy a quedar toda la mañana en la cocina haciendo *tests*.

— Genial, seguro que te lo sacas rápido.

— No sé, no te creas, a mí estudiar siempre me dio mucha pereza — reí.

— Seguro que a la primera — recalcó sonriente estirando su mano para que pasara por la pequeña puerta del jardín.

— Eso lo dudo.

Me metí en la cocina donde Freya me preparó un café antes de irse a las habitaciones a limpiar y yo quedarme ahí haciendo *tests*.

A la hora de la salida recogí a la pequeña que veía de la mano de la profe y al lado los padres de Kiel con su hijo.

Me comentó la tutora que el pequeño había pedido disculpas, que mostraba arrepentimiento y además se le notaba triste. Le di hasta un beso diciéndole que era un gran niño, que no lo volviera a hacer, que eso no lo hacían las buenas personas como él, pero que bueno, que en alguna ocasión a todos se nos fue la olla.

Los padres pidieron disculpas a la pequeña, que les dio un besito además de regalarles una sonrisa que los dejó prendados.

Llegamos a la casa. India les contó lo sucedido a su papá y a Freya, que se alegraron a tope de saber que el asunto estaba resuelto. La paz de la niña en el cole era esencial para todos, incluido para mí, pues ya le tenía un enorme cariño.

Le pregunté a Steven si me podía llevar a la pequeña a merendar a la urbanización a un parque de bolas. Sin dudar me dijo que sí y que además en mi horario la podía llevar donde quisiera sin preguntar, por lo que cuando acabamos la tarea después de comer, nos fuimos a pasarlo en grande. En el fondo yo tenía una niña en mí que no se iba a ir en la vida.

— Me quiero meter ahí — señaló conforme nos íbamos acercando.

— Claro, yo pido la merienda y tú vas y vienes mientras juegas...

— Yo quiero un batido de fresa y un donut de chocolate.

— Pues no se hable más — señalé a las bolas para que se fuera y tomé asiento.

— Buenas ¿Qué le pongo?

— ¡Joder! Matías —levanté la cara del móvil y salté emocionada al ver a mi amigo del barrio de toda la vida.

— ¡Kora! Me abrazó contento ¿Qué haces aquí?

— Cuido a una de las hijas de los ricachones que viven en estas mansiones — reí.

— Y yo soy el que les pone sus bebidas y comidas — rio — Desde luego, qué asco ser pobre.

— Ya, pero ¿Y lo felices que somos?

— Pues sí, a más de uno por aquí se le ve una cara de amargado que dan ganas de ponerle una careta en vez de una copa — reía.

Le pedí la merienda y no tardó en traerla diciendo que no se lo podía creer, que aún estaba en shock de haberme encontrado ahí.

La pequeña iba y venía riendo. Le daba un trago al batido, un bocado al donut y volvía a irse a jugar con un montón de niñas que conocía de la urbanización y del colegio. Estaba disfrutando como una enana, yo más al verla así.

Una de las veces que vino se le cayó todo el batido por encima, se puso buena, menos mal que yo llevaba en mi bolso toallitas húmedas y algo solucioné para que siguiera jugando. No la iba a llevar a casa por eso y cortarle su momento.

Yo de pequeña siempre subía a mi casa que parecía que volvía de la guerra. Mi comprensiva madre solía decir que lo hacía para putearla y que tuviera que hartarse de limpiar la ropa, pero nada que ver con eso, yo me tiraba en cualquier parte.

A la vuelta me contó que sus abuelos irían a merendar al día siguiente, que su abuelita se llamaba India y por eso le pusieron a ella ese original nombre. Su abuelo se llamaba como su padre, la pequeña los adoraba.

La metí en la ducha y la dejé con Freya, no sin antes recordarme lo del parque de atracciones para dos días después, moría con ella.

Mi amiga esa noche tenía un humor de perros, la había tenido con un cliente y estaba de lo más agobiada, así que se pasó la cena resoplando mientras yo intentaba calmarla.

Vimos “Lucifer” y luego nos acostamos. El siguiente era el último día de trabajo de la semana, ya el viernes era fiesta. Deseaba ir a ese parque, ya que el mundillo de las atracciones me encantaba.

Llegué a la casa y la pequeña salió al pasillo a recibirme con un precioso abrazo. Desayunamos y la llevé al colegio, estaba de lo más emocionada con ir al parque en cuestión de horas.

Estuve toda la mañana estudiando en la cocina y después de recoger a la niña almorzamos, hicimos los deberes y nos volvimos a ir a la cafetería con zona de niños del día anterior donde estaba mi amigo Matías.

Me había dado cuenta de que ese rincón hacía muy feliz a India y ahora comenzaba una época muy buena para aprovechar las tardes y sacarla de la casa.

— ¿Te has enterado de que la Debo está preñada del Cristian? — dijo Matías poniendo la merienda en la mesa.

— ¿Del Cristian? Pero si terminaron como el perro y el gato.

— Pues volvieron como las pulgas, a lo grande, bombo incluido.

— ¡No me lo puedo creer!

— Pues créetelo y además se va a vivir a casa de él, vamos con lo que son sus suegros.

— Joder ¿En qué cojones piensan?

— Eso digo yo, pero bueno ya sabes cómo son los dos.

— Dos cabras locas...

Me había quedado loca con la noticia, ya que Debo y Cristian terminaron fatal, pero como el rosario de la aurora, aquello fue monumental y se tiraron casi un año sin hablarse ¡Vaya vuelta!

Tuve que llamar dos veces a la peque para que viniera a merendar, pero es que estaba pasándolo tan bien que hasta le costaba.

— Me encanta este sitio — decía emocionada mientras mordisqueaba el donut.

— A mí también y se ve que lo estás pasando en grande — sonreí.

— ¿El camarero es amigo tuyo? — estaba atenta a todo.

— Sí, de mi barrio, te lo dije ayer.

— Es verdad — sonrió y volvió a irse.

A los diez minutos volvió a aparecer tras irse Matías que me había puesto un segundo café.

— Otra vez vino tu amiguito...

— ¿Qué te pasa con él? — reí.

— Nada, mi papi es más guapo — soltó dejándome sin aliento y luego solté una carcajada.

— Pero ¿Y eso?

— Nada, me voy a jugar — salió corriendo, riéndose.

Imaginé las cosas que le pasarían por su cabecita, esas fantasías que como niña podía tener, ahora iba a ser que me veía como algo para su padre ¡la madre que la parió!

Estuvo hasta casi las ocho, hora en que la llevé a su casa, la duché y la dejé cenando, quedando en que al día siguiente la vería cuando pasaran a buscarme.

Además, esa noche irían sus abuelos a cenar, pues tuvieron que cambiar la hora por algo que les había surgido, así que la peque estaba de lo más emocionada.

Cogí la Vespa y fui hacia mi casa. Al llegar vi a mi amiga en la puerta a punto de entrar con mi

madre.

— Hola, mamá — le di un beso.

— Eso a mí no me saludes — saltó mi amiga y le di un beso también.

Subimos y mi madre se puso a sacar un montón de envases con comida, esa mujer era tremenda.

— A ver cómo tenéis el frigorífico — lo abrió ante el aguante de risa de mi amiga — Bien, no está tan mal — comenzó a meter los envases.

— ¿Qué nos has traído, Mary?

— Mira Zora, un poco de verdura, unos filetes al vino, unas lentejas y pollo en salsa.

— ¡Qué buen menú!

— Pues esto no es nada, deja que la cojas inspirada.

— ¡Hija! Yo siempre estoy inspirada y lo hago con mucho amor.

— Ya, pero te conozco y sé que cualquier día apareces con comida y repostería.

— Eso sí, pero últimamente no me dio por hacer muchos bollos.

— Me encantan los bollos — dijo Zora en lo que yo sabía que era un gesto para retarla.

— Pues la semana que viene os traigo — estaba poniendo la mesa con unas empanadas que había comprado mi madre para esa noche.

Cenamos mientras esa bendita mujer nos hacía muchas recomendaciones para tener la casa bien, que nosotras escuchábamos como si le fuéramos a hacer caso, parecía que no nos conocía.

Tras la cena dejó todo recogido y se marchó amenazando con volver pronto. Menos mal que esa noche no me soltó ni una colleja, cualquier día se la devolvería, aunque me ganará una bofetada.

Le conté a mi amiga lo de Debo y Cristian, se quedó alucinada, como yo cuando me enteré por Matías.

Nos sentamos a ver un capítulo de “Lucifer”, cada vez me tenía más enganchada, tenía que dar la razón a mi amiga en que esa serie era la hostia.

Ella al día siguiente no trabajaba, era fiesta, así que se iba a quedar de relax en casa y al mediodía aprovecharía para ir a ver a sus padres, así que iba a estar de lo más ancha. Ese día tenía mucho mejor humor que el anterior en el que el cliente la puso como una moto y eso que era difícil hacerle perder la paciencia en su trabajo.

Me acosté temprano a pesar de que no tenía que madrugar. Me recogerían a buena hora, gracias a lo cual me daría tiempo a dormir. Ya me hacía falta disfrutar de la cama unas horas más.



## Capítulo 8

A la hora convenida estaba yo como un clavo esperándolos. Los vi venir a lo lejos. Anda que llegaban descalzos, ¡menudo cochazo!

— Buenos días Kora, monta por favor—abrió Steven el coche desde dentro.

— ¡Hola, Kora! —la voz cantarina de India era inconfundible.

La miré y era la viva imagen de la felicidad.

— ¡Estás muy guapa, India!

— Y tú también, Kora—contestó la peque, encantada.

— ¿Contenta?

— No sabes tú cuánto, lleva desde las seis de la mañana preguntándome si ya era la hora—me contestó Steven.

— ¿Sí, India?

— Claro, es que tenemos que llegar los primeros o nos pueden quitar el sitio.

— No te preocupes que nos vamos a montar en todo, India, nadie nos va a quitar nada, nos lo vamos a pasar...

— ¡Chachi piruli! —interrumpió ella, poniéndose las manitas en la boca.

Observé la sonrisa de Steven en ese momento. Se notaba a leguas que ese hombre no estaba acostumbrado a que ninguna mujer tuviera esa complicidad con su hija y le gustaba. Y a mí no digamos ya, por la niña, que me ganaba por momentos, y por ver esa sonrisa del padre, ¡que vaya si era atractiva!

Llegamos al parque y, como era de esperar, ni colas ni nada. Ya imaginaba yo que eso no estaba hecho para los ricos. Steven llevaba preparadas las entradas y, antes de que nos quisiéramos dar cuenta, ya nos estaban ofreciendo sacarnos la típica foto familiar de bienvenida.

— Sí, papá, yo quiero la foto de recuerdo—lo miró con esa sonrisita suya.

— Vale, mi vida—Steven me miró.

— Por supuesto, poneos vosotros y la tenéis de recuerdo—asentí.

— No, Kora, te tienes que poner tú también o no tiene gracia—pidió India.

— Claro, Kora, ponte. Hemos venido en equipo y nos fotografiamos en equipo—le siguió la corriente su padre.

Me encantó el gesto. Estaba claro que no era solo un bombón, sino que tenía una educación exquisita. Un equipo decía, menudo partido jugaría yo con ese y no iba a ser un gol lo que querría que me metiera.

Nos hicimos la foto y la niña salió corriendo.

— Mírala va como loca. Ya verás el día que pasa, es una gozada verla divertirse así.

— Claro que sí, pero que nosotros lo vamos a pasar también genial, ya verás—me salió del alma.

— Eso seguro.

Y seguridad fue lo que me transmitió con esas palabras. Vaya tío más interesante. Su mirada penetrante y esa parsimonia con la que hablaba, como dándolo todo por hecho, molaban tela. Daba la sensación de que lo tenía todo bajo control en su vida.

— Kora, vente—me pidió India y allá que fui a complacerla.

— Cariño, no salgas corriendo que te puedes perder—le comenté.

— Vale, pues dame tú la mano.

Se la di al tiempo que Steven llegaba a nuestra altura.

— ¿Prefieres llevarla tú? —le ofrecí.

— No, no, por favor. Estoy encantadísimo de las buenas migas que hace mi hija contigo.

— Bueno, yo quiero ir de la mano de los dos—le sonrió India otra vez.

Esa niña era cien por cien zalamera y al padre es que lo tenía metido en el bolsillo. Normal, entre lo linda que era y lo mucho que él trabajaba, resultaba lógico que en su tiempo libre quisiera complacerla.

— Ea, pues ya está dicho—me sonrió Steven a mí, como buscando mi aprobación y salimos los tres de la mano, con la niña en el centro.

A mí la estampa me estaba resultando cojonudamente divertida. Visto desde fuera cualquiera diría que no éramos una familia feliz.

— ¿Te quieres montar en el tiovivo? —le señalé a India.

— El tiovivo es para niños pequeños—se echó a reír.

— ¿Y tú qué eres? —le hice cosquillas.

— Yo soy grande. Me quiero montar en aquellos toneles...

Señaló a una atracción acuática en la que las barcas tenían forma de toneles y la caída era bastante considerable. A mí, que me encantaban las emociones fuertes, me pareció la mejor de las ideas.

— No, India, por Dios, ahí no, que eso es...

Yo no podía evitarlo, era de liarla, así que ese hombre todavía no había terminado de decir ni esta boca es mía cuando cogí a la niña y me la llevé volando para la atracción.

— ¡Madre mía, vaya dos! —se reía él cuando vino detrás de nosotras y se colocó en la parte de atrás de la barca.

— Papá, ponte aquí delante con Kora y conmigo, que cabemos.

— ¿Tú crees? —me preguntó.

— Hombre claro, si no te importa ir un poco más apretado, cabemos perfectamente.

— Claro que no.

Dio un salto dentro de la barca y se colocó con nosotras en el asiento delantero. Vaya si me puso el dichoso saltito. El tío estaba en forma...

— Bien me la habéis jugado—hizo como que nos reprendía, pero totalmente en broma.

— Claro papá, hoy nos vamos a montar en todo. Kora mola mucho, no seas cagado.

— ¿Qué dices de cagado, enana? —le hizo cosquillas. Ella estaba sentada entre nosotros dos—A mí me encantan las alturas, pero tú eres muy peque...

— ¿Te gustan? Pues entonces ya estás perdido—puse con los dedos el gesto de la “V” de la victoria e India me imitó.

— Anda, anda, que estáis de lo más gracioso. Poneos otra vez igual que os saco una foto.

— Pero con morritos, Kora—me pidió India.

— ¿Tú sabes posar con morritos? —la miró su padre.

— Claro, me enseñó Kora el otro día.

La cara de Steven era de no dar crédito, negaba con la cabeza y reía.

— A ver hombre, todo no van a ser deberes—añadí en mi favor.

Steven sacó su móvil no ya de última generación, sino de la siguiente, y fue la leche porque en el momento en el que iba a tomarnos la foto la atracción se puso en marcha.

— ¡Mi móvil! —exclamó, viendo cómo del acelerón el dispositivo volaba.

— ¡Papá que se cae al agua!

Pero no, no fue al agua, vino a caer en lo alto de mí, dándome un chocazo. La cara de ese hombre era de apuro total.

— Perdona, ¿te ha hecho daño?

— No, pero en mi contrato no venía que tuviera que soportar atentados—se lo devolví, muerta de la risa.

— Igual es que estaba en la letra pequeña—comenzó él a reír a carcajadas y detrás fue la niña, aunque ella no supiera ni por asomo lo que era eso de un atentado.

Bajamos de la atracción, en la que lo pasamos más que sensacional y a mí en realidad la frente me dolía un poco del impacto del móvil. El caso es que se me pasó cuando Steven se interesó por ella y puso los dedos para ver si la tenía un poco inflamada o no. Sin comerlo y sin beberlo, sentí un cosquilleo interior de lo más emocionante.

— No te preocupes que no ha sido nada—lo tranquilicé.

— Me alegra.

De allí nos fuimos a una especie de tren sobre unas vías que también tenía lo suyo. De hecho, la peque tuvo que pasar por el medidor, pero no hubo problema, pasaba por un centímetro.

— Has tenido suerte, un poco más y en esta no subes—le di un abrazo cuando ya estábamos sentados los tres.

— No llegaba, pero me he empinado un poco—me confesó en el oído y yo es que me partía. Esa niña sabía más de lo que le habían enseñado.

— ¿Eh? ¿Qué es eso de los secretitos? —rio su padre.

— No se lo digas—me hizo ella un gesto nervioso y movió los dos globos oculares de una forma que casi me troncho.

— ¡Cosas de chicas! —levanté los brazos e hice como que éramos inocentes.

— ¡Vaya par estáis hechas vosotras! —rio él.

Cierto que, para mí, estar con India, era cualquier cosa menos un trabajo. La peque se hacía querer y, si encima añadíamos el atractivo de la compañía de su padre, bien mirado sería yo la que les tendría que pagar a ellos.

La atracción se puso en marcha y pronto notamos que era algo más fuertecita de lo que cabía esperar, porque las bajadas resultaban de lo más empinadas.

— ¡Kora, abrázame! —chillaba y se refugiaba India en mi pecho, con una cierta cara de miedecillo.

— ¿Estás bien? —le preguntaba yo.

— Sí, sí, pero no dejes de abrazarme—su carilla seguía reflejando que andaba un poco cagadilla.

— ¿Tú no eres la valiente que te quieres montar en todo? —le preguntaba Steven y ella asentía, aunque no con mucha seguridad.

El caso es que la jodida, que era de lo más echada para adelante, fue bajarnos e ir hacia otra atracción que se veía todavía más arriesgada.

— ¡No es justo! —cruzó los bracitos cuando vio que, en el medidor de esa, ni empinándose llegaba.

— ¡La dejamos para el año que viene! Te ha faltado un poquito así — le señalé.

— Vale, pues el año que viene me vengo con unos zapatos de tacón tuyos, por si no llego—se le ocurrió, causando nuestra risa.

Pasamos la mañana de atracción en atracción, comprando refrescos y una chocolatina para cada uno, como tentempié. Al mediodía nos sentamos a almorzar en un bar muy cuqui, que recreaba un oasis con palmeras.

Pedimos unas hamburguesas con patatas fritas y un helado. La peque estaba sentada a mi lado y con el helado se puso la cara que era un cromo. Hasta le sacamos una foto. A continuación, le limpié la boquita y comprobé el gesto de Steven, agradecido. Parecía un hombre muy observador y vaya mirada tenía, se me representaba a un Grey de fuera de la pantalla...

Después de almorzar, la niña se acercó a una especie de estanque pequeñito donde otros niños miraban unos peces de colores, que estaba en el centro del mismo restaurante.

— Oye, ¿y cuáles son tus aficiones, Kora? —aproveché que estábamos solos para preguntarme.

— Bueno pues lo normal, ir de compras, salir con los amigos. Bueno, salir los fines de semana, tú sabes, tampoco es que sea yo una fiestera total.

Maticé un poco, no fuera que me despidiera ese hombre de aquel chollo de trabajo. Para uno bueno que me salía tenía que cuidarlo...

— Lo he supuesto, no te preocupes—rio.

— Claro, yo suelo salir los sábados. De hecho, mañana he quedado.

— ¿Sales a cenar y a bailar? —la conversación transcurría en un tono muy distendido y yo me sentía cómoda contándole.

— Sí, sí o a veces a bailar directamente, depende.

— ¿Y dónde está la marcha nocturna en esta ciudad? —preguntó.

— Bueno pues más o menos yo suelo salir por los pubs del centro, aunque también el otro día fuimos al de un amigo, que acaban de abrir por la zona de la Plaza Nueva, en la calle Covadonga.

— Ni idea, no estoy muy puesto en la vida nocturna—rio.

Dejamos el restaurante y, al abrir la puerta, Steven me colocó la mano en la espalda para que saliera, de lo más caballeroso. De nuevo me recorrió aquella sensación tan chula al contacto con su piel.

La tarde la pasamos de atracción en atracción. India, como todos los niños, no paraba, iba y venía feliz, presa de los nervios y me hacía cómplice de cada uno de sus movimientos.

— Papá yo quiero una pulsera de esas—señaló una de un puesto artesanal. Una auténtica monería, finita y de cuero con un grabado de Disney.

— Vale, India.

— Pero papi, le tienes que comprar otra a Kora.

Nos quedamos mirándonos por la ocurrencia de la peque y, para mi sorpresa, Steven pidió dos. Yo ayudé a la niña a ponerse la suya y él me ayudó a mí.

Me iba acordando de ese bonito gesto camino de mi casa, mientras miraba la pulsera. El día había sido formidable y Steven no podía haberse comportado mejor.

— Ya repetiremos pronto—me dijo al dejarme en el portal.

— Cuando queráis—me gustó mucho el comentario.

India se despidió con la manita y Steven con una de esas sonrisas tan interesantes. Quedamos en vernos el lunes. El fin de semana me esperaba.

## Capítulo 9

— Estoy de lo más contenta, la línea de *tatoos* nueva que he elegido está teniendo tela de aceptación y al final hasta voy a ganar dinero y todo—me contaba Zora.

— Te lo mereces, jodida, que eres súper currante.

— Ya, ya, a ver si hay suerte. Me encantaría algún día tener un súper estudio con gente trabajando para mí, y eso, ¿te imaginas?

— Lo imagino y lo veo. Yo a ti te veo logrando lo que te dé la gana.

— Ains, mi cafrecilla, que en el fondo me quiere un montón—se levantó para bajar a trabajar.

— ¿Qué te apetece comer?

— Joder, ¡qué chollo! Y los sábados como a la carta, de eso ya no me acordaba.

— Venga, suéltalo antes de que me arrepienta—reí.

— Muy contenta te veo yo. Va a ser verdad que ayer te lo pasaste genial.

— Sí, sí, ya te conté, nos divertimos mucho.

— Pero ¿te divertiste más con la niña o con el padre? —me guiñó el ojo.

— Tira, anda, que tienes tú mucha guasa—reí.

— Mucha guasa, pero las cazo al vuelo, que te conozco Korilla....

— Joder, que ya sabes que no me gusta mi nombre en diminutivo, soy Kora.

— Pues da gracias de que no soy china, porque entonces sonaría “Kolilla”.

— Vete ya a hacer unas pocas de puñetas, anda.

— No, de puñetas no, de *tatoos*.

Al final, ni me dijo lo que le apetecía comer, así que me dirigí al mercado y compré unas tiras de chocos buenísimas para hacerlas con arroz en amarillo. De paso, me tomé algo en una terraza. Estaba feliz. Por fin un trabajo bien remunerado y tiempo para mí, ¡vaya suerte!

La comida de mi madre la dejaría para la semana siguiente, que aguantaba bien y muchas la metí en el congelador.

Llegué a casa y me puse a cocinar. De vez en cuando miraba por la ventana. Pensaba que en fin de semana estaba en peligro constante de que apareciera mi madre por allí. Y lo malo no era eso, sino que quisiera liderar un batallón de escamondamiento y ponerme horas a limpiar.

Un rato después llegó Zora.

— Cien euritos que me he metido en el bolsillo esta mañana, ¿cómo lo ves?

— De puta madre.

— Pues sí, la semana que viene me voy de compras porque, además, que sepas que

esta noche no gastamos un euro, van a estar los policías en el bar de Adán, me ha escrito Fabio.

— Tía, tampoco te pases, a ver si vamos a parecer dos chupópteras.

— Mira no me taladres, si quieres pagar hazlo tú, a mí me invitan esos dos otra vez hasta a los churros. Por cierto, no veas si huele bien eso que has preparado...

Almorzamos y nos echamos la siesta. Por la noche, la idea era la misma de la semana anterior, o sea, salir cenadas e ir directas al bar de Adán.

Aquel sábado cambiamos un poco el tercio y yo escogí un short, pero en blanco, una auténtica monería, que combiné con un corpiño muy sugerente amarillo mostaza y los complementos del mismo color. Muy primaveral y alegre, pero a la vez muy sexy.

Mi amiga optó por un vestido de punto pegado de tirantes que le hacía también un tipo de infarto, en verde botella. Las dos íbamos subidas en unas sandalias muy altas, así volviéramos molidas, nosotras siempre con taconazo.

Salimos de lo más animadas y llegamos al pub. Adán se volvió loco al vernos.

— Aquí están mis chicas preferidas. A la primera os invito yo.

— Claro, puñetero, pero eso es porque estamos más buenas que el pan—hizo Zora una especie de paseíllo y el otro le silbó.

— Eso está claro, que si tuviéramos veinte años más íbamos a ser tus preferidas por los cojones—apunté yo.

— ¿Ya venís con ganitas de guerra? Joder, uno no sabe cómo hablar. Si os digo algo

guay, malo y si no, seguro que peor—rio.

Adán iba ya con un subidón que ni Pocholo en su día buscando la mochila, era muy grande lo suyo.

Nosotras habíamos visto desde la entrada a los chicos en el fondo, pero como lo bueno se hace desear, nos estábamos haciendo las tontas para que se acercaran ellos.

— ¡Toma ya! ¡Vaya pibonazos! —soltaron al acercarse.

— Mira Kora, ya tenemos escoltas—soltó Zora.

Les dimos dos besos y se ofrecieron a invitarnos.

— No os preocupéis que el primer sablazo siempre me lo dan a mí—nos puso las copas Adán.

— Calladito estás más mono, que hoy te has ofrecido tú—le dije.

— Ya, es que así quedo bien, total os las voy a tener que poner de todas maneras—se encogió de hombros.

— Mira, en eso no te voy a quitar la razón. Y oye afina un poco con la música que la que está sonando es muy antigua.

— Claro, de hace seis meses, ni que hubiera puesto yo a Manolo Escobar, no te jode.

— Hombre pues mi amiga y yo te llenamos esto hasta bailando lo de “*Mi carro, me lo robaron...*” —nos pusimos a hacer las payasas y es que los tres se partían.

Dejamos a Adán y nos fuimos con los chicos al rincón en el que estaban antes, mientras disfrutábamos de la copa antes de ponernos a bailar.

— Ey, venís súper guapas—dijeron más o menos a coro.

— ¡Qué monos los dos! Parece que lo habéis ensayado—me salió.

— Hombre es que mi amigo y yo tenemos gustos parecidos, véase estas dos bellezas que tenemos delante—nos hizo un guiño Fabio.

— Ya lo ha dicho él, no hace falta que lo repita—rio Mario.

— ¿Cómo os ha ido la semana, chicas?

Les contamos un poco cada una. Zora estaba muy entusiasmada de tener cada vez más clientes y animaba a los chicos a hacerse algún *tatoo*.

— Ya sabes que nosotros lo tenemos un poco jodido, tiene que ser en un sitio que no se vea con el uniforme y tal—le contestó Fabio, pero sin cerrarse por completo a la idea.

— ¡Será por sitios! —le guiñó el ojo ella.

Al poco nos pusimos a bailar, dándolo todo en la pista y convirtiéndonos en el centro de atención del local. Los chicos nos seguían bastante bien y algunas canciones las bailábamos solas y otras con ellos. Tenían bastante gracia.

Lo estábamos pasando fenomenal. Todavía era bastante temprano, porque habíamos llegado al local sobre las diez y media, pero es que a nosotras nos encantaba exprimir la noche desde el principio.

Una hora después habíamos bailado ya todo loailable, entre risas, copas y pasteo. Yo me estaba riendo mucho con Mario y a Zora la veía encantada de la vida con Fabio, cada vez los notaba más cómplices y animados.

Nos quedaba tela de noche por delante y la cosa pintaba requetebién. Y eso que yo en ese momento no sabía el giro tan inesperado que iba a dar.

De repente miré hacia la puerta y vi entrar por ella a la última persona que esperaba por el lugar, Steven. Creí que estaba viendo visiones, pero no, era Steven y estaba allí, en carne y hueso, con unos vaqueros, unos náuticos y una camisa rosa que resaltaba el moreno de su piel. Para comérselo con patatas fritas, y sin ellas.

Nuestras miradas no tardaron más de unos segundos en encontrarse. Yo no sabía cómo reaccionar, pero caí en la cuenta de que tenía que hacerlo con rapidez cuando vi que él se iba. Igual no esperaba encontrarme con compañía masculina y eso le frenó.

— Steven—salí de golpe a su encuentro.

— Hola, Kora, perdona, no te quiero molestar bajo ningún concepto. Ya me iba.

— ¿Cómo? ¿Lo dices en serio?

— Sí, mujer, por supuesto. Me ha apetecido venir a saludarte, pero quédate con tus amigos, por favor.

— No hace falta...

— No, de veras, que yo ya me voy.

— Steven—lo cogí por el brazo—Espera. Déjame que lo solucione a mi manera.

— No entiendo...

— Tú solo déjame a mí.

Llegué a la altura de Zora y los chicos y le dije a ella que necesitaba que me acompañase al baño. Se quedó mirando a Fabio, sonriendo entre dientes, un poco cortada mientras se venía.

— ¿Qué te pasa? ¿Quién es ese? —me preguntó tan pronto estuvimos a salvo de sus escuchas.

— Es mi jefe, Zora. Me cago toda. Ha venido a buscarme y se quiere ir porque me ha visto acompañada.

— Y a ti te ha picado todo y te quieres ir con él.

— Hombre, claro, como te hubiera picado a ti, ¿tú lo has visto bien?

— No, el tío está que no veas, pero vaya hija, qué momentito ha escogido para venir, manda narices.

— Ya, amiga, sé que te corta un poco el punto, pero ponte en mi lugar...

— Te quieres ir con él.

— Claro.

— ¿Y qué hacemos? Vaya palo.

— Tú sígueme el rollo. Yo me quiero tirar a la piscina. Voy a decir que es mi primo y

que ha venido a buscarme por un problema familiar urgente. Vamos, que me tengo que ir cagando leches.

— Di lo que te salga del moño, lo vas a decir de todas formas.

— Sí, pero sígueme...

— Que sí, pesada. Cuando se te mete una cosa en la cabeza...

Salimos de allí y actuamos como habíamos acordado. Noté la cara de Mario un tanto apenado por el corte de punto que le suponía que yo me fuera, pero está claro que no puede llover a gusto de todos.

— Arreglado.

— No entiendo.

— Bueno, he soltado una mentirijilla piadosa. Vaya que te he convertido en mi primo y nos vamos porque nos ha surgido un asunto familiar grave.

— Ajá—sus ojos reflejaban asombro.

— Pues asunto arreglado.

— Por mí ningún problema. De hecho, yo encantado. ¿Dónde te apetece ir?

— Hombre, pues ese es el problema. A decir verdad, después de haberles colado este gol por la escuadra no puedo arriesgarme a quedarme en la calle y que me descubran. Sobre todo, porque también dejaría fatal a mi amiga, que me ha cubierto las espaldas.

— Por supuesto. Te hago una propuesta. Yo en casa, bueno fuera, tengo acondicionada una bodega muy coqueta. Creo que te gustaría, está allí al salir a...

— A la derecha, la conozco. Creo que no queda un rincón de la casa que no me haya enseñado India.

— Perfecto, pues en este caso me ha hecho un favor—sonrió.

Subimos a su coche y pusimos rumbo a su casa. Yo no sabía ni qué pensar. La aparición de Steven me había dejado trastornada. En cualquier caso, me sentía fenomenal de que se hubiera acordado de mí hasta el punto de venir a buscarme. Ese hombre me resultaba cada vez más interesante y estaba bueno a rabiar. Vaya brazos que tenía.

Por el camino hablaban más nuestras miradas que nuestras bocas. Yo realmente no sabía qué pensar y a él se le veía de lo más tranquilo, tal cual era, con un dominio absoluto de la situación.

— ¿Estará India despierta cuándo lleguemos? —esa idea sí me daba un poco de palo, para qué engañarme.

— En absoluto, estará en los siete sueños, vamos llevará dos horas dormida. Freya también se acuesta pronto, así que no habrá ni un alma por allí—sonrió.

— Vale, vale.

A ver, yo no me había visto en otra situación así jamás en la vida. Con un jefe, en la casa en la que trabajaba, leche, parecía de novela, ¡lo que no me pasara a mí!

Llegamos a la casa y, efectivamente, aquello estaba desierto, las luces apagadas. En cualquier caso, nosotros ni siquiera entraríamos porque nos metimos directamente en la bodega.

Al entrar en ese lugar se notaba que había sido diseñado por un amante del buen vino.

— Aquí están algunas de mis joyas más preciadas—me señaló algunas botellas que desde luego bien se notaba que no las vendían en el supermercado de mi barrio.

— ¿Lo has decorado tú? —le pregunté.

El sitio rezumaba buen gusto por todos los rincones.

— Sí, bueno verás, yo tenía claro dónde quería casa cosa y la idea en general. Los toques más sofisticados se los dio un amigo que tiene una empresa de diseño y que también me ayudó con el interior de la casa.

— Guuuuu—me salió del alma.

Mientras descorchaba la que me dijo que era una de sus mejores botellas, me estuvo explicando algunos aspectos relativos a la humedad y a la conservación del vino que me confirmaron que era un entendido.

— Yo es que de vino no entiendo demasiado—reí—Bueno lo que todos, si me gusta o no.

— Pues entonces, lo suficiente—me miró con gesto penetrante, mientras se sentaba a mi lado en aquellos cómodos sofás que tenía alrededor de una mesa que invitaba a la charla.

Todo lo que alcanzaba a mi vista era una auténtica preciosidad: el mueble botellero, las vitrinas de cristales, la zona de ocio, barra incluida, los detalles que pendían de las paredes dándole un aire vintage. ¡Por no faltar, no faltaba ni una mesa de billar!

— Está muy bueno—desde luego que jamás había probado un vino mejor.

— Me alegra que te guste. ¿Estás cómoda aquí? —me preguntó.

— Sí, sí, créeme que hay pisos en la ciudad mucho más pequeños que esto. Es una monada...

— Gracias. Oye, ¿puedo preguntarte una cosa?

— Claro—yo ponía la mano en el fuego y no la perdía porque me iba a preguntar por Mario.

— ¿Quién era ese chico que estaba contigo en el pub?

— Bueno, en realidad son dos chicos que mi amiga y yo conocimos la semana pasada. Lo pasamos muy bien bailando y tal, pero no hay nada entre nosotros. Esta mañana nos propusieron volver a vernos y aceptamos. Simplemente los estamos conociendo.

— Vale, espero no haber metido la pata con mi inesperada aparición.

— ¿Crees que si hubieras metido la pata los hubiera dejado allí?

— Hombre supongo que no. Espero que no vayas a tener que decir que has ido de funeral por mi culpa.

— No hombre, que no llegará la sangre al río, además tampoco tengo que dar ningún tipo de explicación más, te repito que no hay nada entre nosotros.

Si dicen que la cara es el reflejo del alma, puedo afirmar que el alma de Steven se alegró un poquillo con mi respuesta, porque se reflejó en su rostro. Se hizo un silencio entre nosotros.

— ¿Te gusta el billar? —lo interrumpió con la pregunta.

— Claro, me encanta.

— ¿Una partida?

— ¿Por qué no?

Nos levantamos y Steven lo preparó todo para comenzar a jugar. Pensé que allí, en la penumbra, aquella partida resultaba de lo más sugerente. ¡Qué plan tan distinto al que yo había previsto!

Comenzamos a jugar y, aunque yo no era mala, él era realmente bueno. Se veía que tenía mucha técnica.

En un momento dado, vino hacia mí, pues una bola se me estaba resistiendo.

— Creo que te iría mucho mejor si tiraras desde aquí—se acercó a mi espalda y me guio con el palo.

El caso es que la metí, pero fue más él que yo, es decir, aquellos fuertes brazos que me guiaron, porque tanta cercanía me desconcentró.

Steven debió notarlo porque no tardó en preguntarme. Y es que allí se palpaba algo en el ambiente, aunque pienso que debía tener tan claro como yo que era una tensión sexual que pedía a gritos ser resuelta.

— ¿Estás bien? —me preguntó.

— Muy bien—le contesté.

Me volví y comprobé con sorpresa que su cara estaba sospechosamente cerca de la mía. Tan cerca que, como si de un poderoso imán se tratase, sus labios y los míos fueron a fundirse en un beso tan deseado como imprevisto. Un beso, largo, pausado y que los dos disfrutamos como se merecía, sin prisas.

Tras ese beso noté que con su mirada buscaba mi conformidad y yo se la di en forma de una mordida del labio inferior que él supo interpretar a la perfección.

Me despojé lentamente del top y de los shorts y me sentó en el borde de la mesa de billar, ¡al final iban a aparecer allí más bolas de la cuenta!

Respiró hondo mientras se recreaba en mis senos, que primero tocó por encima del sujetador para luego hacerlo sin tapujos, al desabrocharlo.

— Una verdadera obra de arte —soltó el aire y se quedó mirándolos, con la más lujuriosa de las sonrisas.

Puedo jurar que el roce de su lengua en mis pezones fue lo más sensual que me había pasado hasta la fecha, haciendo que se me erizara cada uno de los centímetros de la piel y dando paso a un festival de gemidos que se convertirían en una verdadera melodía para sus oídos.

— No puedo imaginar un sonido mejor, pero voy a intentarlo— ¡Que lo intentara! Yo me abandonaba en sus experimentadas manos, algo me decía que Steven me iba a hacer acariciar el cielo con la punta de los dedos aquella noche.

Me indicó que me tumbara sobre la mesa, deslizándome hacia atrás, e hizo una señal para que flexionara las piernas y acercara mis partes íntimas al borde.

Fue tocar mi clítoris y notar la más placentera de las sensaciones. En ese momento fue él quien se mordió el labio, mirándolo como un niño pequeño mira un helado.

— ¿Y esto? —se refería a la extrema inflamación de una zona que clamaba por recibir sus caricias.

— Esperándote—contesté derrochando también sugerencia. Me sentía de lo más sexy en aquella postura. Y es que su forma de mirarme me contaba que mi cuerpo le ponía, y mucho...

Tan pronto su lengua comenzó a dar aquellos toquecitos en ese rosáceo e inflamado clítoris sentí que quería dejarme hacer cuanto estuviera en su mente. Un escalofrío recorrió tomo mi ser. Pronto se recreó en aquella zona tan extremadamente sensible, haciendo que mis gemidos subieran de nivel.

— Lo siento, no quiero dar aquí un recital—me quedé cortada.

— Por mucho que chilles es imposible que en la casa se escuche, hazlo, me pone mucho.

Y si él quería, ¿quién era yo para no complacerlo? Sentía que mi clítoris se hinchaba más y más por momentos y que el más impresionante de los calores se concentraba en él. Aquello no podía tener más que un final: un fortísimo orgasmo que recibí contrayéndome y quedándome totalmente laxa en tan inusual escenario.

No fue hasta ese momento que Steven se desnudó para mostrarme un cuerpo musculoso y definido que me dejó sin habla. Y no digamos ya cuando se despojó del bóxer y pude ver hasta qué punto estaba bien dotado.

— ¿Todo eso es tuyo? —yo si no hablaba reventaba y era cachonda hasta en momentos así.

— Calla, anda, que me desconcentras—su sonrisa se dejó ver de oreja a oreja.

Y sí, se ve que el muchacho necesitaba concentrarse porque era mucho lo que tenía que meter. Pero claro, para eso estaba también aquella increíble humedad que se desprendía de mi cavidad, una cavidad en la que parecía que había fuego de lo caliente que estaba.

Aquella primera embestida casi me hace subir a la lámpara y, de hecho, me desplazó sobre la mesa. Ambos nos miramos y sonreímos con la más bonita de las complicidades.

Consciente de su fuerza, Steven me agarró por las caderas y comenzó a jugar con su miembro en mi interior, describiendo unos círculos que activaron todas mis terminaciones nerviosas.

Cuando ya me iba relajando lo suficiente, comenzó el juego fuerte, el más sugerente y explícito de todos, el de un Steven dispuesto a demostrar hasta qué punto era potente.

— ¿Te gusta? —me preguntaba mientras me tenía agarrada y con aquellas fuertes embestidas llegaba hasta lo más interior de mí.

— Mucho—yo sentía que me contraía entera, de la punta del pelo a la de los pies.

— Entonces también te gustará esto—sincronizó sus movimientos y yo sentí que volvía a correrme. Se lo dije con la mirada y eso le volvió loco, su nivel fue subiendo y me corrí entre gritos.

— Eres increíble—me miró fijamente mientras me daba la vuelta.

Esa postura sí que era ya sexy hasta no poder más. Frente a mí había un espejo y me vi a

cuatro patas con un desenfrenado Steven que besaba mi espalda y acariciaba mis glúteos en una combinación explosiva: follaba de una forma impresionante, pero a la vez me dedicaba unos besos y unas caricias que me hacían sentir de lo más mimada.

En aquella postura, vi reflejados sus ojos en el espejo y sabía que él también estaba a punto de llegar al clímax, Cuando lo hizo me dio un pequeño mordisco en la parte posterior del cuello, que luego compensó con un montón de besos.

Terminó y me dio la vuelta, volviendo a fundir sus labios con los míos, una y mil veces, en un repertorio de interminables y delicados besos, no exentos de toda la pasión posible.

Lo miré y me miró. Nos regalamos una mirada cómplice. Yo me había sentido de lo más cómoda entre sus brazos y a él también lo noté de lo más entregado. Me eché a reír.

— ¿De qué te ríes?

— De que si el otro día, cuando India me enseñó esto, me hubiera imaginado las partidas de billar que aquí se jugaban, habría tenido otro concepto de este lugar—seguí riendo.

— Mujer, tampoco es un picadero—se contagió de mi risa—Ha surgido aquí y ahora, créeme que esta mesa, para estas cuestiones, la hemos estrenado nosotros—parecía sincero.

— Eso espero, porque yo la veo bastante limpita— hice como que la miraba con lupa—Que soy un poco escrupulosa—reí de nuevo.

— Bueno...

— Me temo que, por mucha pereza que te dé, me tienes que llevar en coche a casa.

— ¿Y si te propusiera que te quedaras a dormir?

— A ver, si te da tanta pereza, también puedo pedir un taxi.

— No, no es eso, por supuesto que te llevo si quieres irte, pero me apetece que te quedes.

— Entonces vale—creo que mi voz sonó alegre y cantarina como la de India en ciertas ocasiones.

Nos vestimos y salimos de allí. Entramos en la casa con sigilo. Lógicamente, no era plan de hacerlo como elefante por cacharrería, y nos dirigimos al dormitorio.

Yo pensaba que era la escena más surrealista del mundo, pero me apetecía vivirla. Ninguno de los dos teníamos que dar explicaciones a nadie y estábamos disfrutando el momento.

El combate sexual que acabábamos de disputar abajo había sido de altos vuelos, pero no sabía cómo reaccionaría Steven en las distancias cortas, en la cama.

Me invitó a entrar en su baño y me proporcionó un cepillo de dientes. Un poco después estábamos los dos bajo las sábanas. Por suerte, enseguida pude comprobar que Steven se deshacía en atenciones conmigo.

Antes de echarse a dormir, siguió besándome apasionadamente. A continuación, me ahucó en su pecho, me abrazó fuerte y me susurró un “buenas noches, bonita” que me sonó fenomenal.

Por su forma de respirar deduje que él se había quedado dormido antes que yo. Por mi parte me sentía nerviosa, emocionada por el momento tan íntimo y bonito que habíamos vivido en una bodega en la que, mientras me regalaba esos momentos, Steven me había hecho sentir de lo más

especial.

## Capítulo 10

Abrí los ojos y allí estaba Steven mirándome.

— No sabía si lo de anoche había sido un sueño o no, pero ya veo que es realidad—  
reí—Buenos días.

— Buenos días, guapa—apartó mi pelo de la cara y me acarició con suavidad.

— Y ahora qué hago, ¿salto por la ventana? —reí.

— No, mujer. Tranquila, no tienes más que aparecer por la cocina y saludar. Seguro que India ya está allí con Freya.

— Ya, ya, así de fácil...

— Claro, natural, como tú eres—pasaba sus dedos por mi vientre desnudo con rostro libidinoso. Me acercó a él y noté que la naturaleza estaba haciendo de las suyas, ¡menuda herramienta tenía entre las piernas!

— Papá, papá, ¿estás despierto? —llamó India a la puerta de su habitación.

— Sí, cariño. Ahora voy.

— No, ábreme, que hoy es domingo y no hay cole.

— No, anda, ahora bajo. Dile a Freya que te ponga el desayuno.

— Ya me lo está poniendo.

— Pues corre. La aventura de ser padre—me miró como diciendo “por ahí te vas a librar”.

— Me visto y bajamos, si de verdad no te importa.

— No me importa, bonita.

Me levanté y no tuve más remedio que ponerme la ropa de la noche anterior.

— Ya estoy, bajamos cuando quieras.

— ¿No te atreves a salir sola? —me sonrió.

— Sí me atrevo, aun a riesgo de perderme en este casoplón, que aquí hace falta un GPS, pero vamos...

Llegamos a la cocina y entré primera. La cara de Freya era de no entender nada.

— ¡Kora, hola! —se echó India a mis brazos—Te has equivocado, hoy no es lunes— se notaba feliz.

— Ya, pequeña, pero es que...—Steven entró detrás de mí.

— Papá, Kora...—la pequeña sacó sus propias conclusiones y miró a Freya, que contuvo la risa.

— ¿Qué te pasa, chiquitina? —salió su padre al quite mientras le daba un beso.

— Que yo creo que Kora ha dormido aquí—afirmó con contundencia. Esa sabía más

que Briján.

— Bueno, sí. Verás cariño, papá salió anoche y se encontró a Kora y luego resulta que ella no encontraba las llaves de su casa y yo le dije que podía dormir aquí. ¿Te parece bien?

— Me parece muy bien—arqueó la ceja—porque así ya Kora se puede quedar aquí con nosotros hoy, ¿vale?

— Claro, por mí perfecto, pero le tendrás que preguntar a ella.

— ¿Te vas a quedar? —su tono era de lo más cobista.

Miré a Steven, que no hacía más que reírse y pensé que a la mierda, ¿quién nos lo iba a impedir? Pasaríamos un día genial.

— Claro, bonita.

Desayunamos todos juntos en la cocina, en un ambiente de lo más distendido. La pequeña India no hacía más que programarme el día entero. Quería estirar las horas como el chicle.

— India, hija, no seas tan pegajosa, que la vas a espantar—me guiñó un ojo Steven.

— No te preocupes, a mí me gusta hacer cosas con ella—asentí.

— ¿Ves? —ponía ella los brazos en jarra.

— India, ¿qué gesto es ese? —le riñó él.

— Vale, ya los quito.

— Se vuelve loca cuando estás con ella, hasta pierde la compostura.

— Sí, eso es verdad—afirmó Freya, mientras nos servía un segundo café, con una bonita sonrisa en la cara.

— Total, que ahora resulta que la canguro Kora va a ser hasta una mala influencia—me puse muy digna.

— No, mujer, eres una influencia estupenda—noté que me daba con su pie por debajo de la mesa mientras le salía una sonrisilla perversa.

— ¿Eres una canguro Kora? —me miró extrañada la niña.

— ¡Claro! ¿Tú no lo sabías?

— No—negaba a la par con la cabeza.

— Pues claro que lo soy, mira—me levanté y me puse a dar saltos por toda la cocina. India me siguió y allí se formó la marimorena, con Steven y Freya mirándonos alucinados.

Después de desayunar le puse a Zora un WhatsApp para que supiera que iba a pasar allí el día. Vi que le entró, pero que no lo leía. Esa tenía que estar como un tronco a esas horas, sola o en compañía, que no lo tenía yo claro.

— ¿Qué te apetece hacer? —me preguntó Steven una vez que hubimos desayunado.

— Pues no sé qué decirte, lo que tengáis costumbre vosotros los domingos.

— Pero eres nuestra invitada—apuntaba la pequeña.

— Pero te dejo elegir a ti—le sugerí.

— Pues a mí los domingos me gusta que papá me lleve a una pastelería que es mi preferida a coger dulces para la tarde y decirle a Freya que me haga pastel de carne para comer, que me encanta, ¿a ti te gusta el pastel de carne?

— A mí me gusta todo, pequeña.

— ¿Freya nos lo haces? —le preguntó.

— Claro, India.

— ¿Y podemos ir a por los dulces con Kora, papá?

— De acuerdo, peque. Déjame que coja la cartera y nos vamos.

— Vale, yo mientras me visto—le dijo ella.

Salió Steven de la cocina y le dije a Freya que yo iba a vestir a la niña.

— Claro, Freya, porque como Kora está aquí, porque anoche perdió sus llaves, hoy me viste ella, no hace falta que lo hagas tú.

— Sí, sí, India—pero la jodida Freya me echó una miradita y carraspeó como diciendo que, a otro perro con ese hueso, que entre Steven y yo había habido tomate y del bueno, ¡no lo sabía ella bien!

Yo no me di por aludida y cogí a la pequeña en brazos, llevándomela mientras le hacía

cosquillas para su dormitorio.

En cuestión de cinco minutos estábamos los tres paseando, camino de la pastelería. De nuevo me reí para mí pensando que otra vez la estampa de la familia feliz, ¡qué cierto es que a veces las cosas no son las que parecen!

Llegamos a la pastelería, que era una de primera, en la que te sacaban un riñón por una docena de dulces, que fue lo que pidió Steven.

— ¿Los puedo escoger yo, papá?

— Claro, peque, pero hoy le tienes que preguntar a Kora cuál le gusta.

— Pregúntame mejor cuál no me gusta, reí. ¡Vaya pinta que tienen todos!

— Pues escogemos uno de cada color—propuso India, que estaba entusiasmada.

— No les hace falta a los niños mucho para ser felices—la miró Steven.

— Ni a muchos adultos tampoco. Yo con poco ya estoy como unas castañuelas—le contesté.

Noté que a Steven le llamó la atención mi respuesta. Quizás en el mundo en el que él se movía las cosas eran más complicadas y la gente más exigente, pero yo sentía que estaba pasando por un momento maravilloso.

Salimos de allí e India se encontró con un amiguito que iba con un patinete. Salió corriendo y Steven le dijo a su madre, que iba con algo de prisa, que nosotros se lo acercábamos hacia su zona, que se fuera ella adelantando.

Los niños iban delante entretenidos y Steven se recreó en darme una serie de pellizcos en el culo cuando comprobó que estábamos a salvo de miradas indiscretas.

— ¿Qué haces? —lo miraba yo en plan chulilla y veía que le hacía mucha gracia.

— Comprobar que ese culo tan bien puesto que tienes es de verdad.

— No, va a ser de mentira, ¿no te fastidia? —me echó una mirada que indicaba que me comería allí mismo enterita.

Entre nosotros estaba surgiendo una química y una complicidad de lo más especial. Aunque no tuviéramos nada, lo cierto es que a mí Steven me atraía, porque era un auténtico encanto, tan bonito por dentro como por fuera. Y es que, lejos de comportarse como quien tiene simplemente un rollo sexual con alguien, no paraba de tener detalles conmigo e incluso en algún tramo que la niña no miraba me robó algún beso furtivo por el camino.

El resto de la mañana la pasamos en el jardín. Con India no me faltó distracción, pues sacó su arsenal de muñecas y tan pronto estaba maquillándolas como ejercían de soldados, de enfermeras o de médicos. ¡Como está mandado!

— Cariño, Kora no está trabajando hoy, déjala un poquito, anda—Steven era muy considerado.

— Pero papá es que ella cuando no es mi canguro—ya se había quedado con el cante de la expresión—es mi amiga.

— Claro—le decía yo, dándole la razón.

— Es que a la jodida le gusta tenerte cerca casi tanto como a mí—reía.

— Vaya, pobrecito él...

En ese momento nos quedamos solos, que salió India disparada a por algo en la cocina y me gané de nuevo la madre de todos los pellizcos en el culo.

— Esto tampoco estaba en el contrato—le saqué la lengua.

— Y que te lleves un bocado en la lengua tampoco, y como la vuelvas a sacar, prometo que no respondo—sonó decidido.

Almorzamos los tres en el jardín y la niña me decía que todavía era temprano para irme, que me iba a dar un dulce cada hora de la tarde y así no me podría marchar hasta por la noche.

— Madre mía, tu hija quiere que yo eche culo para tres piernas—reí, cuando ella se puso a jugar.

— Pues más material para pellizcar—él lo tenía claro.

Nos tomamos los dulces, pero un par de ellos, obvio que no toda la bandeja, y pasamos buena parte de la tarde también en el jardín, entre charlas, risas, confidencias y juegos. Un día completo y especial que me encantó compartir con aquellas dos personas que desprendían tan buen rollo.

— ¿Seguro que ya te tienes que ir? —me decía India con carita de pena a las ocho de la tarde.

— Seguro, cariño.

— ¿Te está esperando tu mamá?

— No, me está esperando mi amiga, que es peor—bromeé.

— Pero tu amiga no te puede castigar si no llegas...

— Pero me tengo que ir, cariño, mañana te veo.

Me despedí de ella y Steven me llevó en coche a casa. Tan pronto salimos de su urbanización, se echó a un lado para darme un beso.

— Llevo todo el día con ganas de hacer esto—me cogió la cara y parecía de lo más feliz.

— Yo también tenía muchas ganas.

Durante el trayecto, me ponía la mano en el muslo y hasta me dio la mano por unos segundos.

— Mira para adelante, que me acojonas.

— La culpa la tienes tú por ser tan bonita.

Llegamos a mi portal y antes de bajarme del coche me dio otro beso en los labios y murmuró un “hasta mañana” que también me entusiasmó.

Subí a casa y Zora estaba frita en el sofá.

— Ey, que ya he llegado...

— ¿Ya es lunes? Ahora bajo a abrir, el primer cliente llega a las nueve y media.

— Dios libre al primer cliente de que lo tuvieras que coger tú hoy, petarda. Tú no has pegado un ojo...

— Y me lo dices tú que seguro que vienes de la misa del gallo...

— Pues claro que no, yo he follado, aunque después he dormido—advertí con el dedo.

— Tía, pero yo estoy flipando, ¿has dormido en la misma casa que la niña?

— Sí, lógicamente ella no se ha enterado, aunque por la mañana sí. El padre le soltó un cuento chino, pero esa sabe más que tú y que yo—¿Y tú?

— Yo me traje al Fabio y aunque él es el policía, las esposas las saqué yo. Bueno, menudo cachondeo hemos formado, como estábamos solos... Hemos hecho paz y guerra.

— Claro y encima tendríais una ...

— No lo sabes bien, yo no sé ni cómo se le levantaba, pero doy fe de que sí, parecía una serpiente de esas que mueven la cabeza—empezó a hacer un gesto con la lengua como si fuera una serpiente...

— Ahórrame los detalles, guarri, que todavía me vas a salpicar...

— ¿Y tú?

— Lo mío ha sido muy *heavy*, en la mesa del billar de su bodega...

— Muy *heavy* dice la tía, será muy pijo, ¡joder cómo se las gastan los ricos!

— Eso parece—me encogí de hombros.

— ¿Y hoy?

— Hoy hemos estado en su casa, con la niña.

— ¿Jugando a la familia feliz? Huy Kora que esto huele a idilio que apesta.

— No, mujer... Solo estamos viviendo el momento.

— Sí, el momento, pero con su lengua hasta tu campanilla y encima luego haciendo de mami de la niña.

— Paso de ti, no me des la chapa.

Entré a ducharme y me puse el pijama. En realidad, estaba un poco baldada, entre el trajín de la noche, la paliza que nos habíamos dado jugando con India y tantas horas fuera de casa, ya tocaba pijamita y cena ligera.

Zora y yo nos echamos unas risas comentando los pormenores de nuestras noches, mientras nos tomábamos unos sándwiches y hacíamos tiempo hasta la hora de ir a la cama.

Cuando llegó el momento, me estremecí recordando los momentos que mi piel había vivido junto a la de Steven la noche anterior. Desde luego que de nuestras bocas no había salido una palabra y aquello no tenía puesta ninguna etiqueta, pero fuera lo que fuese, me gustaba y mucho.



## Capítulo 11

¿Y quién era la bonita que se presentaba en su puesto de trabajo haciendo como que nada había pasado? ¡Yo! Reí pensándolo.

Aparqué la moto y anduve hacia la casa intentando quitar la risa floja de tonta que tenía en mi cara, suerte que en la cocina solo estaban mi princesa y Freya.

India corrió a darme un abrazo de lo más feliz, como siempre era puro amor ¡Qué alegría de niña!

La llevé al colegio mientras ya me iba intentando programar el fin de semana a su lado ¡Me la comía! Si es que yo montaba allí un campamento y me quedaba de por vida ¡A la mierda mi apartamento!

Regresé a la casa y puse lo de la autoescuela sobre la mesa, Freya apareció diciendo que Steven me hacía llamar a su despacho.

Subí nerviosa pues no sabía si era bueno o malo para lo que me llamaba.

Llamé a la puerta y un “adelante” hizo que pasara de lo más nerviosa, me relajé un poco al verlo sonriente levantándose de su silla y dirigiéndose hacia donde yo estaba.

Se puso frente a mí y me agarró por las caderas pegándome a él y dándome un beso rápido en los labios sin dejar de mirarme con esos ojos que me penetraban por completo.

— ¿Un café? — hizo un carraspeo.

— Claro...

Volvió a besarme y se fue a servir los cafés a una zona que tenía preparada con tazas, sobres de azúcar, leche individual, cápsulas y cómo no, la cafetera.

Me comenzó a contar mientras los preparaba que la pequeña la noche anterior se había acostado de lo más emocionada por mi aparición mañanera por la cocina. Yo reía escuchándolo, pero es que estaba de lo más nerviosa. A mí ese hombre me imponía mucho.

Me dio la taza y la bebí de un trago, luego la puse a un lado junto a la suya.

Me cogió por la cintura y me apoyó sobre su mesa. La respiración parecía que se me iba a parar en cualquier momento, sus manos se deslizaron a mis pechos mientras devoraba mis labios con mordiscos pequeños llenos de deseo.

Me quitó la camiseta de mangas largas que llevaba y lo mismo hizo con el sujetador, tenía una habilidad increíble desabrochándolos.

Apretó mis pezones y comenzó a pellizcarlos mientras se me escapaba algún gemido mezclado con dolor, pero aquello era de lo más excitante.

— Quítate los pantalones — dijo en tono bajo, casi ordenando.

— Mejor me los quitas tú — reí nerviosa.

— No, quiero ver cómo se deja entrever tu piel — se mordisqueó el labio poniéndome directamente con taquicardia.

Me comencé a desprender de ellos mientras sus ojos se quedaban clavados en aquellas braguitas que aún quedaban puestas.

— ¿Algo más? — reí cuando ya me los había quitado y él señaló a mis bragas que bajé inmediatamente, mirándolo, en plan provocadora, aunque realmente me moría de la vergüenza.

Me agarró de la mano y se fue al sofá donde me hizo tumbarme boca arriba y él se sentó dejando mis caderas sobre sus piernas.

— Ábrete bien — sus dedos fueron directos a mi zona.

— *Auch* — dije cuando noté esos dos dedos entrar sin pensarlo.

— ¿Te duele? — se notaba su respiración acelerada mientras preguntaba

— No, fue que me dio impresión — solté el aire al notar los movimientos de sus dedos en mi interior.

— Cierra los ojos y disfruta del momento — ordenó mientras sus dedos salían para ir a satisfacer mi zona más hinchada.

Cerré los ojos y dejé que ese momento fluyera por sí solo, consiguiendo que mi cuerpo pidiera más mientras sus manos se volvían locas para que llegara a aquello que mi excitación pedía a gritos.

Cuando me contraje de la excitación y de haber llegado a lo más alto, él no me dejó ni tiempo para recuperarme.

Tiró de mis manos y me subió frente a él de cuclillas, me introdujo su miembro y comencé a moverme a ritmo de sus manos. Me estaba volviendo de nuevo ese momento de excitación que me

pedía más y más, disfruté a tope mientras su cara, que era el reflejo del placer, me incitaba a vivirlo con más intensidad.

Nos abrazamos en algo que noté que era de verdad, los dos lo necesitábamos y estuvimos así unos instantes que fueron tan satisfactorios como el propio acto.

Luego me vestí y me volvió a abrazar antes de dejarme ir.

— Gracias por regalarme un buen comienzo de semana — dijo con sus manos ahuecadas en mi cuello antes de darme un precioso beso.

— Me voy a estudiar — sonreí.

— Claro... — su mirada con esa media sonrisa me hacía irme en una nube.

Bajé y me puse a hacer *tests* hasta la hora de recoger a la pequeña que salió de lo más emocionada con un cuento que le había regalado Kiel. Me pareció precioso el gesto de sus padres.

La tarde fue de lo más divertida, ya que hicimos roscos con Freya que era la mejor cocinera del mundo mundial, vaya manos hasta para la repostería.

Un poco de tarea, a la ducha y lista para cenar, ya estaba el día finiquitado.

Salí de allí sin haber vuelto a ver a Steven que estaba cien por cien ajetreado con el trabajo, pero con ese recibimiento de por la mañana yo ya tenía para flipar en colores un mes.

Llegué a casa y puse al día a mi amiga que estaba que no se lo creía, muerta de risa. Cenamos y luego como siempre vimos al gran “Lucifer”, era imposible irse a la cama sin haber visto un capítulo de aquella serie. Ya ni programas de corazón veía ¡Cuánto cambio! Y lo mejor es que

todos eran para bien.

## Capítulo 12

Iba en mi Vespa rezando para que ese día me volviera a llamar a su despacho. Me encantaban aquel hombre y los momentos que estaba viviendo.

Llevé a la pequeña al colegio después de desayunar con ella y luego me dispuse a hacer *tests* cuando un mensaje de Steven al móvil me reclamaba en su despacho ¡Bien! Grité para mis adentros.

Llamé a la puerta del despacho con la idea muy clara: íbamos a vivir otro de esos momentos que tanto me gustaban. Camino de él había activado la aplicación de espejo del móvil y me había visto muy mona.

— ¿Se puede? —pregunté.

— Se puede y se debe—me dijo en el más seductor de los tonos, ¡hostia, ya me había puesto! ¡Qué habilidad!

Entré y lo encontré la mar de interesante sentado en su mesa. No sé qué demonios tenía aquel despacho que era poner un pie en él y notar un calor espantoso. ¡Ya me estaba sobrando todo!

— Tú dirás, ya estoy aquí—lo miré con tono libidinoso.

— Quería invitarte a un café, aquí en mi despacho.

— Me parece genial, soy toda tuya.

Y sí, algo de cierto tenía aquello porque el café me lo sirvió, pero obvio que el acompañamiento no iba a consistir en unas pastas. Se fue para su cafetera de cápsulas, que ya tenía preparada.

— Aquí lo tienes—me puso la taza en la mano y me miró con total intensidad.

Un sorbo dimos cada uno antes de que el momento subiera de nivel.

— Está bueno—murmuré.

— No lo niego, pero tú mucho más—me pegó a él y pude notar el calor de su café, procedente de su propia boca, que se fundió con la mía mientras su lengua iba camino de mi garganta.

La potencia de Steven se reflejaba ya en sus propios besos. Era comenzar a besarme y notar esa fuerza de sus manos agarrando mi cara, mientras me pegaba más y más a él y podía notar que su miembro competía con el acero en dureza.

— ¿Lo notas? —apartó su cara de la mía para preguntarme. Era morboso hasta reventar y a mí eso es que no me podía poner más.

— ¿Si noto qué?

— Sabía que con ese comentario terminaría de desatarlo por completo y eso me encantaba.

— Esto—me dio la vuelta con fuerza, comenzando a rozar su miembro con mi culo, cubierto todavía por la falda.

Acto seguido la levantó y me despojó de las minúsculas braguitas que llevaba. Para entonces yo ya tenía la parte superior de mi cuerpo sobre la mesa y la parte inferior a su merced.

Como si de un animal en celo se tratara, pude notar el ansia con el que bajó a escudriñar cada uno de los recovecos de mis partes íntimas con su lengua.

Lancé un primer gemido. Sabía que ese sería el pistoletazo de salida para un combate sexual en el que Steven sacaría sus mejores armas. Le gustaba tenerme así, y comprobar el tinte rojizo que iba adquiriendo mi piel mientras su lengua mostraba una destreza inusual, buscando un orgasmo que no tardaría en llegar.

Desde aquella posición yo veía la ventana, no a él, aunque podría apostar cuál era su mirada, la más lasciva de todas.

— No pares, Steven, creo que casi ya...—contuve el aire antes de hablar, la presión interna era tremenda con su lengua jugueteando sobre mi clítoris y varios de sus dedos describiendo rápidos círculos en el interior de mi vagina.

— Tranquila, no pienso parar hasta que te hayas corrido para mí.

Y, como si sus deseos fueran órdenes, lo hice. A falta de poder gritar ante la intensidad de aquel orgasmo en el que parecía que se me iba la vida, él me puso la mano en la boca y yo se la mordí.

— Me has hecho daño—rio con lujuria cuando me hubo dado la vuelta.

Un, dos, tres, ni tres segundos debieron pasar y ya me había despojado de la camisa y el sujetador.

— No era mi intención—me mordí el labio inferior.

— Pues si querías chillar con eso no te digo nada lo que harás con esto...

Me cogió en volandas, rodeé su cintura con mis piernas y me preparé para recibir una de aquellas embestidas que me hacían tocar el cielo con las manos.

— Dios—solté.

— Espero que no, me cortaría el punto verlo por aquí.

— Solo estamos tú y yo—miré a mi alrededor, en aquel despacho que tenía un magnetismo especial para el sexo.

Cerré los ojos y pude notar cómo entraba, bestial, primero un fuerte empujón, al que le

seguirían interminables embestidas, sincronizadas unas veces e imprevistas otras.

— ¿Te gusta? —preguntaba mientras su lengua iba a buscar mis pezones, ya de por sí duros.

— ¿Tú qué crees? —para chulilla yo.

— Que será mejor que contestes o tendré que hacerlo más fuerte, porque igual no te estás enterando—también le encantaba jugar al límite.

— Pues igual—ahí quedaba eso.

Steven empezó a follarme con verdadera ansia, mientras lo que antes eran lametones en mis senos se convertían en unos pequeños mordisquitos que me hacían alcanzar sugerentes dosis de dolor y placer al mismo tiempo.

— No te falta mucho—advertí cuando notaba aquellas palpitaciones en su miembro, que yo acompañaba con unas contracciones vaginales para estrangularlo por momentos y soltarlo por otros.

— ¿Te gusta jugar? Yo te voy a dar juego...

Y sí, nos gustaba jugar a los dos... Nos gustaba más que ninguna otra cosa en el mundo.

— Me encanta—repetía yo una y otra vez cuando me puso de espaldas sobre la mesa y, teniéndome totalmente expuesta ante él, empujaba con descomunal fuerza, mientras con una mano pellizcaba mis pezones y con la otra sujetaba mi cadera.

— Córrete otra vez para mí—susurró en mi oído viendo cómo mis ojos se salían de las órbitas.

Lo hice y la salida de aquel dulce néctar provocó todavía mucho más a un desencajado Steven que era la viva estampa de la furia.

— Kora, Kora—repetía mientras, con sus dedos hundidos en mis brazos, se vaciaba en mí.

Me quedé como un par de minutos encima de la mesa, laxa, risueña y totalmente satisfecha. Vivir momentos así con Steven no tenía parangón y el mejor remate eran aquellos apasionados besos con los que coronaba un increíble rato que era más que sexo. Yo lo veía en sus ojos y lo sentía en mi interior.

— Me tienes loco...

— No exageres — reí.

— Para nada, no tienes ni idea — levantó la ceja.

— Bueno, yo me voy a hacer *tests* que me tengo que sacar el carnet.

— A la primera y te regalo el coche.

— ¿Un coche? — reí.

— Aprueba a la primera...

— No me pongas a prueba que por mi vida chupo *tests* de aquí a examen — solté una carcajada y salí por la puerta.

Ese día Mario no dejaba de mandarme mensajes para quedar, me estaba poniendo de lo más nerviosa y pasaba de hacerlo, así que le di largas.

Las horas pasaron rápido una vez que recogí a la pequeña del colegio.

Comida, deberes y tocaba ver película de dibujos animados, así que tarde casi acabada, solo faltaba la ducha y dejarla cenando.

Por la noche como siempre puse a mi amiga al tanto de todo, ella flipaba por un tubo, como yo, que no me podía creer que todo marchara así, me encanta Steven y me estaba ¿Enamorando? ¡Esperaba que no! Al fin y al cabo, teníamos vidas muy diferentes y aquello solo era un calentón monumental.

Por la mañana más de lo mismo, llevar a la niña al cole y ni tiempo a entrar cuando un mensaje me hacía ir hacia su despacho.

Toqué en la puerta, como siempre. Primero, porque seguía siendo el jefe y, cara a los demás, había que seguir guardando las formas. Y, segundo, porque ya se había convertido en una especie de ritual al que estaba enganchada.

Cada vez que Steven me llamaba a su despacho, yo ya iba puesta de serie, ¡y cuánto!

Adelante—sonó fuerte y contundente, más me puso.

¿Me habías llamado? —contoneé mis caderas para él al entrar.

Sí, te llamaría a todas horas, pero hay que dosificar. Ven aquí, ¿quieres un café?

Puedo pasar de él, por esta vez—le guiñé el ojo mientras iba camino del asiento que más me gustaba, el de sus piernas.

Eché la silla para atrás y me hizo sentar, abriendo las mías y dejándolas caer cada una a un lado de las suyas, con mi cara frente a él.

Dame un beso—casi ordenó, no me podía poner más.

Y claro, yo que soy muy bien mandada, no le di uno, sino dos, tres, cuatro y así hasta perder la cuenta... Me volvía loca estar en aquel despacho en el que las hormonas se revolucionaban a más

no poder.

Me despojo de la camiseta y sonrió.

Me encanta este lazo—señaló a uno delantero y cruzado en zigzag que llevaba el original modelo de sujetador que yo había escogido ese día.

Así no hay broche que valga—le susurré en el oído y noté cómo su miembro, de su por sí extremadamente duro, se engrosaba y endurecía todavía más, si es que era posible.

Se entretuvo con mimo en deshacer el lazo, recreándose en la visión de lo que ya iba apareciendo y que a él tanto le gustaba: mis senos. Comenzó a lamerlos con mimo y yo sentía que la humedad trascendía el ámbito de mi cavidad, camino de mi entrepierna.

Si sigues así, me voy a tener que cambiar de pantalones—lo miré y no era Steven, era la lujuria hecha persona.

Pues eso no podemos permitirlo—sonreí.

No, vamos a arreglarlo—se puso manos a la obra y adiós pantalones, falda y ropa interior. Ya estábamos en nuestro estado ideal: piel con piel.

Rodeé con mis brazos su cuello y nos sumergimos en un espectáculo de besos y gemidos. Yo procuraba no elevar el tono ni un ápice, pero si en algún momento se me escapaba un gemido más fuerte que otro, él lo ahogaba con un interminable beso, introduciendo su lengua hasta mi garganta.

Hoy no quiero esperar mucho—sonrió.

Es que tendría condena que lo hicieras—sonreí.

Y como él no quería ir preso, levantó mi cuerpo y, lentamente, fue dejándolo caer, así cara a cara como estábamos, sobre su miembro. Morbo es la mejor palabra que define lo que sentíamos en ese momento, con aquella barra dura y gorda entrando en mi cavidad, que parecía estar hecha a su medida.

¡Me muero! —solté el aire y él comenzó a besarme de nuevo.

De eso nada, tienes que moverte para mí—sonreí.

Y lo hice. Aunque, bien visto, lo estaba haciendo él, que hundió los dedos en mis caderas y me iba levantando, dando lugar a que su miembro entrara y saliera envuelto ayudado por mi humedad, sin duda el mejor de los lubricantes.

La rapidez con la que estaba actuando hacía que mi excitación no conociera límites y él, que lo sabía, contribuyó llevando una de sus manos a mi inflamado clítoris, que la recibió con júbilo.

Comencé a gemir en su oído. No podía más. La extrema presión en mi interior y lo delicado de aquellos tocamientos clitorianos llamaron a gritos a un orgasmo obediente que no tardó en aparecer, elevándome un número considerable de metros sobre el suelo, haciéndome tocar el techo del placer.

Caí laxa sobre él y en, ese momento, me obsequió con un nuevo lote de besos en los que me perdí. Casi podría decir que se me iba la vida en ellos. Eran momentos en los que me dejaba llevar por las manos y la boca de un Steven que sabía hacerme disfrutar como nadie.

Ahora te toca a ti—sonreí.

No te preocupes que yo no he dicho que esto se haya acabado.

Y desde luego que no, eso sí, en aquel momento me dio la vuelta y, en su silla giratoria me

dejó de espaldas a él, mirando hacia la ventana.

Para que tengas las mejores vistas—me susurró—Y, de paso, yo también.

Me eché a reír porque sabía que pocos placeres para él como el de ver mi desnudo culo a su alcance. Mientras sus embestidas no cesaban, una de sus manos se desplazó hacia mis glúteos, pellizcándolos y otra hacia mi clítoris, que volvió a recibir su visita.

Así no me concentro en las vistas—reí.

Lo siento, no te escucho, me he quedado sordo.

Me volví y lo miré, mordiéndome el labio.

Imposible ser más sexy—me cogió por el pelo y, mientras lo acariciaba, me comenzó a besar de nuevo con la máxima de sus pasiones.

Me tenía acorralada, dándome placer por todas partes al mismo tiempo y yo notaba que de nuevo iba a llegar.

¿Pensando en correrte? —susurró en mi oído.

Y dicho y hecho... Lo mejor del caso es que él debió tomar la misma decisión porque ambos alcanzamos el sumun del placer al mismo tiempo.

Me dio la vuelta y comenzamos a besarnos de nuevo, pues nada nos gustaba más en el mundo. En aquellos momentos, con la máxima de las relajaciones en el cuerpo, hubiera querido detener el tiempo en un despacho en el que cada vez se dejaba sentir más la pasión desatada entre nosotros.

Pasó un rato antes de que yo saliera de allí, preciosos minutos en los que me mantuvo ahuecada en su pecho y en los que el placer dejó paso a unas sonrisas que el uno iba contagiando al otro.

Freya que no era tonta me recibió en la cocina con un café y la mejor de sus sonrisas. Yo no quise ni gesticular, le di las gracias sonriente y me puse a hacer *tests* hasta que se hizo la hora de ir a por la pequeña.

India salió de lo más feliz, me decía que, pasado mañana, refiriéndose al viernes, yo tenía que ir a trabajar con una maleta con ropa hasta el lunes para pasar el fin de semana con ella ¿Podía ser más mona? Yo reía no queriéndole hacer caso, ni que mandara en su casa. Por mí me iba sin pensarlo ¡El padre me tenía loca!

Tras la comida hicimos los deberes y luego me la llevé al parque, así le sacaba información a Matías que no tardó en ponerme al día de todo lo que sucedía en el barrio.

Aquella tarde Mario se puso de lo más pesado y comenzó a mandarme más mensajes, me estaban entrando unas ganas de bloquearlo increíbles...

Se lo conté al llegar a casa a Zora. Le pareció flipante todo, esa noche me estaba sobrepasando tanto ajeteo.

Para colmo mi madre vino a cenar y con sus envases de comida que nos estaba colocando un cerro de ellos en el congelador.

El jueves me encontré a Steven en la puerta de la casa, pues salía mientras yo aparcaba la moto.

— Te estaba esperando — sonrió.

— Pues aquí estoy — le devolví la sonrisa.

— Quería comentarte si sería posible que te vinieras el fin de semana, hoy se tiene que ir urgente en tren Freya. Su prima que vive aquí en España se puso grave y la operan mañana — apretó los dientes casi implorando — Está dejando preparada bastante comida, aunque tiraremos de pedir a domicilio. Yo salgo para una reunión.

— Claro ¿Cuándo quieres que me venga?

— ¿Hoy? — apretó los dientes.

— Vale — reí — Cuando lleve a la niña al colegio voy a mi casa a preparar mis cosas y me vengo para acá, no te preocupes por nada.

— Me debes el de hoy — hizo un guiño. Se refería a que como se iba no pasaría por su despacho.

— Tranquilo, ya lo compensaremos — sonreí.

La niña me recibió de lo más feliz. Me daba pena ver a Freya con la preocupación de su prima y de dejar la casa unos días de forma repentina, así que le dije que no se preocupara que desde ya me quedaba ahí para ayudar con todo. Se puso muy contenta por ello y más la niña que comenzó a gritar emocionada que sí, con sus manos haciendo fuerza, de lo más intensa.

La llevé al colegio la mar de ilusionada. Me preguntó de nuevo antes de entrar si iba ya para mi casa a por la ropa, estaba que le iba a dar algo de la emoción.

Pasé por la tienda de mi amiga a comentarle. Se quedó loca mientras tatuaba y me escuchaba, así que me despedí de ella hasta el lunes. También aproveché para llamar a mi madre que casi puso el grito en el cielo, ni que la hubiera llamado para pedirle opinión, solo quería advertirla de que no estaría por casa.

Preparé una bolsa de fin de semana que tenía para cuando nos íbamos a la playa Zora y yo, así que puse un poco de todo.

Hice algo de tiempo mientras recogía la casa, dejaba todo en orden, mandaba a la mierda con educación a Mario diciéndole que no podía quedar ese fin de semana y que el lunes por la noche lo vería un rato. Quería dejarle claro que no iba a haber nada entre nosotros y que por favor no me molestara, que estaba viviendo algo en lo que no había cabida para los tres, que lo respetara.

Me daba rabia, pues parecía que no se quería enterar o que no le daba la gana hacerlo, pero yo se lo iba a dejar muy claro. Si algo aprendí en el barrio era a no hablar con tapujos, claro, de frente y sin titubear.

## Capítulo 13

Llegué a la casa abriendo con el mando, me habían dado las llaves y explicado todo, así que entré y dejé mis cosas a un lado de la entrada. Ya más tarde me diría Steven dónde me instalaría, aunque esperaba que en su dormitorio, de lo contrario me decepcionaría mucho ¡Lo quería conmigo en la cama!

Me fui a por la niña que estaba totalmente ilusionada sabiendo que ese día ya no me iría por la noche. Toda la vuelta hacia la casa la hizo dando saltitos y yo iba detrás observando lo feliz que era.

Llegamos y a la vez lo hizo Steven que la cogió en volandas mientras me guiñaba un ojo.

Me metí en la cocina a calentar la comida que había dejado preparada Freya antes de irse mientras Steven se ponía cómodo y la niña también, pues estaba loca por quitarse el uniforme.

La pequeña no cabía en sí de gozo y me decía que yo me pusiera cómoda.

— ¿Mas cómoda que con estos *leggings* y esta camiseta? — reí.

— Yo tengo también unos *leggings*, pero papá me dio este pantalón de chándal.

— De lo más cómodo también — sonreí poniéndole el plato sobre la mesa.

— Pero yo quiero como tú unos negros y camiseta negra ¿Papá puedo ir a cambiarme como ella? — preguntó cuando él apareció por la cocina.

— Vale, pero ligera que está la comida en la mesa.

— Da tiempo, está hirviendo — reí cuando India salió como una bala.

Steven se acercó a mí y me pegó contra él, me dio un beso precioso en los labios.

— ¿Mía hasta el lunes?

— Lo hago por la niña — bromeé poniéndome a modo coqueta.

— ¿Ah sí? — me pegó más a él.

— Va a venir la niña — advertí riendo.

— ¿Y?

— ¡No quiero que nos vea así!

— ¿Por?

— Steven me estás poniendo nerviosa.

— ¿Cómo de nerviosa?

— Joder, verás — le di un beso y me separé corriendo mientras él me miraba sonriente.

La niña no tardó en llegar vestida igual que yo, hasta se puso las deportivas para estar

exactamente igual.

— Ya me parezco a ti — reía.

— Bueno, estás más bonita que yo de aquí a Pekín.

— No, estamos igual de guapas ¿verdad papá?

— Yo diría que sí y que tengo una suerte inmensa de teneros aquí — hizo un gesto de emoción causándole una risa.

— Y yo mañana tengo que ir al cole — se cruzó de brazos delante del plato.

— Bueno, mañana es viernes, pasará rápido y cuando salgas tenemos hasta el lunes para pasarlo genial — le hice un guiño.

— No quiero ir al cole — volteó los ojos — Estás aquí.

— Pero bueno, siempre estoy, todos los días.

— Ya, pero no para dormir — se encogió de hombros mientras su padre me miraba sonriente con esa mirada que me derretía.

Tras la comida nos fuimos al salón. Steven subió al despacho, ya que tenía que enviar algunos emails, luego nos vería.

Hicimos los deberes y nos tumbamos en el sofá, ella encima de mí como siempre, pero a mí me encantaba, lo que no había pasado nunca es que nos quedamos dormidas.

Nos despertamos cerca de las siete, fuimos directa a la cocina a merendar, nos levantamos hambrientas.

India estaba de lo más feliz con eso de que me quedaba allí.

— ¿Dónde vas a dormir? — me preguntó mientras sorbía por la cañita.

— En la habitación de papá — dijo Steven apareciendo por la cocina y dejándome ruborizada ¿Cómo le decía eso con la niña?

— ¿¿¿Sí?? — rio poniéndose las manos en la boca.

— Te explico — se fue hacia la cafetera mientras hacía un gesto gracioso — El problema es que Kora tiene que tomar una medicación cada cuatro horas durante tres días. Si no la toma se pone malita, así que creo que debemos cuidarla y que yo me encargue de despertarla para darle su medicina — dijo con doble sentido y lo miré negando incrédula aguantando la risa.

— Vale, pues tú la cuidas, que yo seguro que no me despierto — dijo convencida.

— Perfecto, yo la cuido de noche y tú de día.

— Vale, papi.

— Por cierto, tu maleta la puse en mi habitación — sonrió mientras se sentaba con su café.

— Gracias, jefe — solté con retintín causando una sonrisa en la pequeña.

— Por cierto — volteó los ojos por lo de jefe — Voy a pedir pizza ¿De qué os apetece?

— A mí me da igual, me gustan todas.

— Pues a mí me gusta de atún con pollo y cebolla — dijo la pequeña.

— Pues esa y una de cuatro quesos ¿Qué os parece?

— Por mí perfecto.

— ¡Sí! — gritó emocionada.

Tras la merienda me la llevé a la ducha y luego nos sentamos un poco a ver dibujos animados en el sofá hasta que llegaron las pizzas.

La cena fue de lo más divertida. India era puro nervio, la emoción le podía, así que al terminar la llevé a que se lavara los dientes, la acosté y le conté un cuento hasta que se quedó dormida.

Cuando bajé Steven me hizo sentar al lado de él, me abrazó con cariño y me dio las gracias por el amor que transmitía a su hija.

Después de estar un rato ahí de lo más juguetones y acaramelados nos fuimos a su habitación...

¿Qué tenía su dormitorio que me ponía como una moto? Ya estaba temblando de ganas y él, él no digamos... Su corazón se aceleraba y, al acercarme a su pecho, lo escuchaba como si...

¿Tienes un caballo de carreras ahí dentro? —le señalé.

No lo sé, pero aquí, aquí tengo...—me llevó la mano a su entrepierna por encima de los pantalones...

Eso no es un caballo, eso es una serpiente cobra—reí.

Pues está deseando atacarte—se tiró encima de mí con fuerza desmedida.

Empezó a besarme con pasión. Daba igual las ganas que tuviera, esos besos de Steven me daban la vida, me demostraban que lo nuestro trascendía lo sexual. Me moría por esos momentos con el hombre más seductor del mundo, que era como se me antojaba.

Desnúdate para mí—me pidió con la más libidinosa de las miradas.

¿A palo seco? ¿Sin música y sin nada? —reí.

Si quieres te traigo a la Orquesta Sinfónica de Viena, pero igual con este micrófono te vale—me puso la mano de nuevo en su entrepierna y tragué saliva. Quería sentir eso dentro y lo quería ya.

Me eché hacia atrás y me expuse ante él. Lo provocaría lo suficiente para acelerar lo que tanto ansiaba. Me arrodillé y me fui despojando de mi ropa lentamente, mirándolo y cantando yo.

Me quedé con la ropa interior y su mirada no tenía precio. Parecía que sus ojos se iban a salir de las órbitas.

Ven aquí—me echó mano.

¿No querías previos? Ahora te aguantas—reí con fuerza.

Tú sí que vas a aguantar, vas a tener que aguantar esto—sacó su miembro.

Me acerqué a él, con aires felinos, avanzando a cuatro patas por la cama y empecé a lamerlo.

¿Al final has pensado en cantar con el micrófono? —se mordía el labio.

Sí, ya que se hace, se hace bien...

Él estaba de rodillas sobre su cama y yo me agaché. Juro que no aparté ni un segundo la mirada de la suya mientras lamía cada recodo de aquel miembro erecto y duro como una piedra. ¡Menuda pieza la que traía entre manos! El día que repartieron pene, Steven debía estar el primero de la cola...

¡Ey! —chasqueó la lengua como no dando crédito—¿Dónde aprendiste a hacer eso así? —rio, incrédulo.

Calla y disfruta, que me desconcentras.

Pero no, yo estaba bastante concentrada y pronto noté que mis esfuerzos por excitarlo no caerían en saco roto.

¡Para! Me estás llevando al límite...

—¿Y quién dice que quiera parar? —yo estaba de lo más afanada.

—Lo digo yo—levantó mi mentón y mi excitación tampoco tenía límites. Ya estábamos empatados.

Enseguida noté que me iba a devolver el favor y me dispuse a disfrutar de una de las sensaciones que más me gustaban en la vida: la de su lengua tocando en aquel botoncito de la felicidad que era mi clítoris.

Respiré hondo. Era muy fuerte, incluso podría decir que notaba unas pequeñas descargas eléctricas, por lo intenso de la estimulación nerviosa. Sí, era eso porque comprobé que no había metido los dedos en un enchufe, ni nada parecido...

Y hablando de meter, Steven había introducido aquella juguetona lengua en mi interior, donde pareció hacerse más larga, porque llegaba a todos sus rincones.

Fue así cómo noté un intenso orgasmo que él no esquivó.

Sabe a ti—confesó mientras me besaba.

Y sí, sabía a mí, pero también a deseo, y yo me moría porque se hundiera en mí. Lo bueno se hacía esperar, pero por fin llegaría.

¿Preparada? —me guiñó el ojo mientras sostenía mis caderas, que había levantado un poco de la cama en la que yo estaba tumbada boca arriba.

Ya estás tardando.

Entró con rudeza, desplazando una de sus manos a mis senos. Me encantaba que lo hiciera así, me podía aquella mezcla de sexo salvaje con tintes emocionales que él sabía regalarme.

Sentí su miembro duro a explotar en mi interior y creí volverme loca de placer. Aquellas terminaciones nerviosas que acababa de estimular, volvían a hacer de las suyas y me ponían en bandeja un placer incontrolable.

Steven—jadeé, sudorosa.

¿No irás a decirme que pare? —bromeó. Estaba exultante. En ese momento era el dueño de la situación y yo no podía imaginar mejor ofrenda para su ego masculino.

No, qué placer, me muero...

De eso nada, te quiero vivita, sintiendo esto—dio una embestida más fuerte—Y esto otro—una segunda embestida que le hizo perder el control y caer sobre mí.

En aquella situación, empezó a besarme sin tregua. Sus besos me sabían a lujuria y yo quería saborearlos hasta el final. Sin embargo, él tenía otros planes y bajó a mis senos, comenzando a mordisquear unos pezones que competían en dureza con su miembro.

Mi mirada en su mirada, su sexo en el mío, sus dedos hundiéndose en mi piel, ¿podría existir una escena más morbosa? Indiscutiblemente no, Steven me ponía hasta límites insospechados y lo sabía.

¿Te correrás otra vez para mí? —apartó mi pelo y su pregunta, en el fondo, sonaba a orden y yo era complacencia en estado puro.

Steven apretó el ritmo y el placer de ambos parecía alcanzar las más altas cotas.

Así, así, no pares y lo consigues.

—Ni loco paro, por encima de mi cadáver—y lo mejor es que parecía decirlo en serio.

Y siguió... Y lo logró, aquello no llevaba más que a un camino: el del más intenso de los orgasmos y ya iban dos.

Loco, me vuelve realmente loco escuchar tus gemidos mientras te corres para mí.

Y eso que he de controlar mis gritos—confesé.

Fue escuchar la palabra grito y yo sabía que le faltaba una sola embestida, que dio con descomunal fuerza antes de vaciarse en mí.

A continuación, volvió a besarme con ímpetu. En la tranquilidad de ese momento final, Steven sabía a cariño y deseo a partes iguales.

Una vez transcurrido ese momento que me hacía sentir más mujer que nunca, más deseada y más de todo lo bueno que se pueda percibir, dejé caer mi cabeza sobre su pecho ¿Qué había hecho tan bueno en la vida para merecer tal felicidad y alegría para mi cuerpo? No lo sabía, pero durase lo que durase yo lo quería disfrutar, pues me sentía mejor que nunca.

Me giré mientras me acariciaba el pelo y me daba unos besos suaves sobre mi cabellera, yo estaba de espaldas a él, como se suele decir estábamos haciendo la cucharita, pero es que no veía mejor forma que quedar dormida entre sus brazos, pegada a él, sintiendo esas caricias sobre mi cabello... Aquello era indescriptible, como todo lo que sucede de la forma más inesperada del mundo...

## Capítulo 14

La niña entró al dormitorio chillando “buenos días”. La puerta la dejamos abierta, ya que Freya no se encontraba en la casa.

Se tiró en la cama y nos abrazó feliz, estábamos desnudos así que teníamos que inventar algo para que saliera de ahí y nos diera tiempo a vestirnos.

— ¡Ay! — se puso la mano en la frente haciendo el papel, eso significaba que algo se había inventado.

— ¿Qué pasa papá?

— La pastilla de Kora...

— ¿Dónde está?

— En el bolso de Kora que está en el salón.

— ¡Voy a por él! — bajó corriendo y fue cuando nos levantamos a toda leche y nos vestimos. Cuando apareció la pequeña nos miró alucinando.

— Me la tomo mejor en la cocina desayunando contigo — aprovecharía que me tenía que tomar la de la tensión así que todo resuelto.

Bajamos a desayunar y luego la vestí para llevarla al colegio, Steven se iba a una reunión y volvía al mediodía, así que me fui a desayunar al restaurante de la urbanización.

— Buenos días, bellezón — dijo Matías sonriente.

— Buenos días, Matías — reí.

— Eso, tú no me digas piropos que no devuelves ni las gracias ¿Una tostada con café?

— Sí, por favor — reí. Ya me había tomado un Nesquik en casa de Steven, aunque últimamente ya ni los tomaba, me estaba volviendo cafetera total.

Mario me insistió en lo del lunes por mensaje, le dije que sí, me tenía hasta la coronilla, al final le estaba cogiendo hasta asco.

Desayuné relajadamente después de que Matías me pusiera al corriente de los chismes del barrio. Cada día tenía una noticia nueva, ahora era la de un divorcio de un matrimonio de sesenta años que llevaba toda la vida junto con tres hijos ya casados. Resulta que el marido dejó a su mujer por otro hombre, para morirse, a buena hora se dio cuenta de que era lo que quería.

A decir verdad, estábamos en un punto en el que lo que no corría volaba y todo esto sin que mi madre se echara novio, ese era mi máximo deseo...

Volví a la casa y estudié un poco hasta recoger a la princesa que salió de lo más feliz sabiendo que no volvía hasta el lunes y encima estaría conmigo.

Cuando llegamos nos encontramos con un Steven que había puesto la mesa con pescado que había comprado por el camino en un freidor que tenía mucha fama en la ciudad.

Después de comer y charlar sobre lo que la niña iba organizando para esos días, nos fuimos al sofá por expreso deseo suyo. Se plantó en medio de los dos y echó la cabeza sobre las piernas de su padre y estiró las suyas por encima de mí.

Steven y yo nos mirábamos aguantando la risa, dibujitos animados, cada uno en una esquina y la niña a sus anchas ¡Viva la vida!

Se quedó dormida en diez minutos y Steven la cogió y la puso en el otro sofá.

— Tírate sobre mí, celosa — me echó sobre él.

— ¿Qué dices? Yo de mi princesa no puedo sentir celos — resoplé riendo.

— Bueno, pero estabas deseando echarte sobre mí — reía acariciando mi pelo.

— Venga galán, que te crees el centro del mundo — bromeé.

— Con ser tu centro...

Me encogí de lado aprovechando que él estaba inclinado. Había que reconocer que estaba viviendo un momento en el que todo me hacía sentir relajada, era todo tan bonito que hasta daba miedo...

Esa tarde salimos con la pequeña a un centro comercial a merendar. Resultó de lo más divertido cuando de repente nos montamos en las escaleras automáticas mientras su padre hablaba por teléfono y llegamos arriba.

Cuando Steven se montó para venir hacia nosotras, cogí a la pequeña y nos montamos en la que iba para abajo, nos cruzamos con él que negaba riéndose.

Se paró arriba haciendo señas para que subiéramos y le dijimos que no, que bajara él. Después de debatir cinco minutos bajó y nosotras nos montamos en la que iba para arriba, India lloraba de la risa ¡Qué momentazo!

Al final ya subió y nos dirigimos a la pastelería donde nos estuvimos riendo todo el tiempo a carcajadas. Nos lo habíamos pasado genial y Steven no paraba de reír negando mientras me miraba.

Fuimos de tiendas y salimos todos bien parados. A mí me regaló una mochila de una marca conocida de lo más chula para el verano, valía una pasta, yo solo la había mirado y eso bastó para que él fuera rápidamente a pedirla.

A la niña le compró unas sudaderas con unos *leggings* que se le habían antojado, para él se compró una chaqueta preciosa de entretiempo, vistiendo imponía ¡Pijo, pijo!

De allí nos fuimos al Foster's Hollywood, uno de mis restaurantes favoritos, así como de Zora, pero al que no íbamos demasiado porque se nos salía un poco de presupuesto.

Pedimos una hamburguesa para cada uno y unas patatas con queso y beicon que estaban de muerte.

El viernes lo estábamos acabando redondo y encima disfrutamos de un postre exquisito ¿Qué más podíamos pedir a ese día?

Salimos del centro comercial y la pequeña nos rogó, imploró, casi nos chantajeó para dormir en medio de nosotros. A mí me dio igual, por lo que le pedí a Steven que la dejáramos esa noche, por supuesto accedió y era para verla, pura alegría, de lo más nerviosa.

La acompañé a ponerse el pijama, lavarse los dientes y la metí en medio de nosotros. Eso sí, me obligó a contarle el cuento que tanta gracia le hacía, pues yo me metía en el papel haciendo gestos y cambiando la voz. Su padre lloraba de la risa al igual que su hija.

Por ese camino me daba la sensación de que no iba a dormir esa noche ni el tato, así que

terminé unos capítulos y apagué la luz con la excusa de jugar a adivinar cosas, fue toda una táctica. No tardó ni cinco minutos y ya respiraba de lo más relajada, en un profundo sueño en el que cayó rendida.

Steven acarició mi cabeza por encima de la niña, en una señal de buenas noches. Me hubiera encantado abrazarlo en ese momento, pero me sentía muy bien disfrutando también de la pequeña entre nosotros.

## Capítulo 15

Desperté con la risa de India entre nosotros que nos decía que ese día nos íbamos de compras a la ciudad. Steven me miraba aguantando la risa y la pequeña decía que arriba todo el mundo que había que ir a pasarlo bien.

— Papá, nos vamos a ir a comprar cosas — exigía con ese tono que daban ganas de ponerle barra libre y que se comprara lo que deseara.

— ¿Me quieres arruinar? — la abrazó haciéndole cosquillas.

— Nos tienes que cuidar a Kora y a mí.

— Pero si yo os cuido — me miró aguantando la risa.

— Papá, pero cuidar de comprarnos cosas — volteó los ojos.

— Ah vale, ya veremos, según cómo os portéis. No os penséis que os lo voy a poner fácil.

— Yo me ducho — me levanté de la cama tras darle un beso a India — Me voy a poner bien guapa por si me cae un regalo — dije desde dentro del baño mientras cerraba la puerta.

Me encantaba un amanecer así con ellos que se habían convertido en parte fundamental de mi vida.

Me puse un vestido vaquero con un cinturón y encima una chaqueta de cuero marrón al igual que las botas camperas. Me veía de lo más mona.

La pequeña apareció por la cocina preciosa. Steven la había vestido con una falda vaquera y unas botas ideales, iba de lo más chula con ese jersey blanco de lana.

— Mi padre se está duchando y ahora baja, pero nosotras podemos ir desayunando — advirtió con disimulo.

— Ahora mismo te pongo el desayuno. ¡Marchando un Nesquik de los míos para las dos y un poco de pan!

— Me gusta tu vestido.

— Pues yo te voy a buscar uno y te lo voy a regalar — le hice un guiño.

— Hoy mi padre nos va a comprar cosas — reía emocionada.

— Tu padre nos va a meter internas en un colegio a las dos como nos pasemos tres pueblos.

— No, mi papi es muy bueno — reía.

— No lo dudo, pero imagino que acabaremos con su paciencia a este paso.

Steven apareció por la puerta sonriente. Yo le estaba preparando su café, ya que había escuchado que bajaba las escaleras.

Nos miró haciéndose el misterioso.

— ¿Qué se está tramando por aquí?

— Nada papi, solo le decía que tú hoy nos vas a comprar cosas.

— Vaya por Dios, siempre me toca pagar.

— Tienes el dinerito... — reía.

— ¿Y vosotras qué me daréis a cambio?

— Un besito cada una — decía la pequeña riendo.

— Bueno, entonces me lo pienso...

— Con mi besito me regaló una cosa, Kora.

— A ella la convences antes — abrió las manos.

— Bueno, yo con una copa de vino en una bodega me conformo — dije mientras me sentaba.

— Pues hay una bodega en el centro que encima tiene colchonetas para los niños.

— ¡Sí! — gritó emocionada la pequeña.

Salimos de la casa tras el desayuno. Nos subimos en el coche que aparcó en un garaje en todo el centro. A eso le llamaba yo llegar y pegar, así que entramos a la mencionada bodega donde nos tomamos el vino y la pequeña se puso a jugar.

— Te quiero preguntar algo desde hace tiempo — dije pensando que había llegado el momento de despejar muchas incógnitas.

— ¿Me debo tomar una botella de vino antes de la pregunta?

— Claro y otra después — hice un gesto de burla.

— Dale — sujetaba la copa en su mano.

— ¿Por qué me elegiste a mi para este puesto y encima un mes después?

— Vaya, buena pregunta — me señaló con el dedo.

— Hice varias entrevistas, seis contigo precisamente.

— ¿Tan mala eran las otras? — reí.

— No — sonreía — Pero te explico...

— Estoy deseando escucharte.

— Pues resulta que todas eran muy cultas, educadas y tenían conocimientos tanto como para ayudar a estudiar a la pequeña como para llevarla en su día a día, pero había algo que me sorprendió. Os pregunté a todas qué pasaría si la niña cogiera un aperreo y se pusiera a llorar tirada en el suelo... Todas me contestaron que hablarían con ella seriamente hasta hacerle comprender que esa no era la actitud ni los modales.

— Yo no dije eso.

— Todas menos tú que dijiste sorprendentemente que te tirarías con ella en el suelo

hasta que se le pasara y consiguieras hacerla reír, luego intentarías calmarla con abrazos, hasta que comprendiera que se podía solucionar de otra forma más lógica que con una pataleta.

— Pues claro.

— Pues eso me chocó, además de mil cosas más que yo jamás hubiera pensado que quería para una cuidadora de mi hija. Sin embargo, también tenía claro que a ellas no las quería, pues, ante todo, más que alguien que la guiara quería alguien que la acompañara y comprendiera la edad que tenía, que debía disfrutar de que era una niña. Poco a poco pensé en todas tus respuestas hasta que me dije que seguramente tú eras la perfecta.

— ¿La del barrio?

— La del barrio... — sonrió.

— ¿Y por qué un sueldo tan alto?

— Son doce horas las que trabajas, independientemente de que por las mañanas tengas unas horas muertas, pero en las que tienes que estar disponible por si llaman del cole o se te necesita para la niña. El contrato a partir de ocho horas eleva las horas extras que se pagan mejor y aparte.

— Joder, pero eres demasiado legal.

— Me gusta cuidar a los trabajadores, así todo funciona.

— Eso es verdad, que hay cada uno...

— ¿Resueltas tus dudas?

— Casi — reí mientras levantaba la copa para dar un trago.

La pequeña llegó morada de saltar, se bebió el zumo de un trago y de allí nos fuimos a pasear un poco y a comer.

Almorzamos en un restaurante italiano en que la pasta estaba de vicio, más rica imposible, todo un deleite para el paladar. Eso sí, el restaurante era de lo más fino y caro, la comida le costó por lo menos ciento y pico de euros. Para mí, una barbaridad, con eso me iba yo al McDonald's toda la semana y me sobraba para la gasolina de la Vespa y el tabaco, aunque fumaba realmente poco.

Entramos en varias tiendas de ropa y terminamos saliendo con bolsas para todos, Steven dijo que no nos íbamos si no cogíamos cinco prendas cada uno ¿Se podía tener más suerte? Me reí negando, pero iba a disfrutar como una pequeña.

India y yo escogimos vaqueros tipos *leggings*, unas camisetas del mismo color y ya íbamos de lo más felices, eso sin contar con algo que estaba a punto de pasar y que yo aún no sabía.

Pasamos por la madre de todas las tiendas, Tous, esa a la que yo nunca había entrado y menos aún esperaba que la pequeña se plantara en el escaparate abriendo la boca delante y diciendo que quería unos pendientes de bolas con el osito de oro. Me tuve que echar a reír ante la mirada de Steven.

No dudó en entrar con nosotras y el dependiente le sacó todas las medidas de esas perlas blancas con ese oso de oro, me miró y me preguntó Steven qué tamaño quería una vez que la pequeña se decidió. Le dije que ni muerta, que no se gastara ese pastón, el dependiente nos miraba sonriendo.

— Estos — señaló los más grandes y yo por dentro aplaudí esa decisión, bien grandes, que se viera el oso a distancia en mi barrio.

Le di las gracias cuando salimos de allí. A decir verdad, estaba de lo más emocionada y feliz con ese regalo ¡Era para comérselo! Madre mía, solo me faltaba que me pidiera matrimonio y hacerme la dueña consorte de esa mansión, pensé aguantando la risa.

Pasamos todo el día en la calle, inclusive cenamos. La niña volvió roncando, circunstancia que aprovechamos para llevarla a su cuarto, ponerle el pijama y acostarla. Aquella noche era para nosotros solos, los dos lo deseábamos, esas miradas nos delataban.

¡Cómo me gustaba su forma de mirarme en el dormitorio! Me movía con sensualidad, obvio que no hacía falta que lo provocara, pero a mí me fascinaba hacerlo.

Steven era una especie de volcán sexual y juntos, hacíamos que entrara en erupción. Unir nuestros cuerpos se había convertido en nuestro pasatiempo favorito.

Escuché cómo abría la cremallera posterior de mi vestido y me estremecí. Bueno, lo hice tan pronto noté que ponía sus dedos sobre mí, esos dedos fuertes con los que disfrutaba recorriendo mi espalda en ese momento.

Comenzó a besarme por la zona del cuello y me puso la piel de gallina.

¿Frío? —preguntó con gracia.

Es broma, ¿no? Yo solo noto un asfixiante calor.

Habrá que remediarlo entonces—tiró hacia debajo y me despojó por completo de mi vestido.

Se quedó observándome durante unos segundos.

Sublime, sencillamente sublime—se mordió el labio.

¡Qué fino eres! —lo provoqué, llevando mi mano a su entrepierna.

¿Y entonces? ¿Qué quieres que te diga? Si estás para chuparte enterita y lo sabes, preciosa.

Ahí, ahí—ahora has dado en el clavo.

Con el clavo no, te voy a dar con esto—señaló su entrepierna.

Pero no en la cabeza, ¿no? Porque eso es un martillo pilón y me vas a dejar carajota.

No puedo contigo, calla ya, que me desconcentras—rio a carcajadas.

Ya me callo—activé el modo modosita, aunque sabía que aquello no iba a durar mucho, el modo digo, el acto esperaba que bastante. Y conociendo a Steven, estaba casi asegurado.

Lo siguiente que salió volando, de pie como estaba, fue mi ropa interior. Steven parecía especialmente excitado, y eso que él siempre lo estaba, pero en aquella ocasión me lamía, olía y devoraba con la vista a la vez.

Si algo tenía yo claro es que la tensión sexual entre nosotros crecía por momentos y cada vez teníamos más ganas de resolverla. Fui a echar mano a su ropa y me indicó que me contuviera. Lo hizo él, quedando ante mí como el Adonis griego que era, ¿se podía estar más bueno?

Mi cuerpo temblaba como una hoja por la impresionante excitación. Parecía un guerrero con esa arma que tenía entre las piernas y que apuntaba hacia mí.

Besándome, me fue llevando hasta la pared donde me dio la vuelta. Tuve que hacer un esfuerzo por no arañar con mis uñas el delicado papel que la cubría, pues la embestida fue de aúpa y el placer que sentí inexplicable.

En aquella ocasión nos habíamos saltado los previos y no los eché de menos. No voy a decir que fuera demasiado el tiempo que estuvo allí, en una posición en la que paradójicamente parecía estar castigada, cuando en realidad estaba recibiendo el más placentero de los obsequios.

No creas que esto se queda aquí—me dijo tras vaciarse en mí. Estoy deseando darte lo tuyo—rio.

Y lo de mi prima—lo provoqué.

Por supuesto.

Me cogió en brazos y me llevó hacia la cama. De camino a ella no pude evitar darle algún bocado en el cuello.

Ahh—se quejó.

Si es que tienes un cuello de lo más besable, madre mía, parece de un toro...

Espero que no tenga también los cuernos—se echó a reír.

Ven aquí, que eres más tonto... —empezamos a besarnos, sin parar.

Se tumbó sobre mí y, mientras nuestros labios iban dando buena cuenta los unos de los otros, comenzó a describir unos sugerentes círculos sobre mi inflamado y rosado clítoris.

De seguir así no voy a tardar en...

¿En correrte para mí? Eso es lo que estoy deseando. Dámelo todo Kora, explota para mí.

Y allá fui, exploté, pero bien... Y él se sumergió en mi entrepierna, camino de un néctar que debía encantarle porque nunca se lo perdía. La forma en la que recorría todos los recovecos de la más íntima de mis cavidades, volvió a poner a mis terminaciones nerviosas en órbita y ya estaba yo de nuevo lista para la guerra.

¿Qué te pasa? —me preguntaba en el más sugerente de los tonos.

Que necesito que sigas, por favor...

No tienes que rogarme para que siga, tendrás que rogar para que pare...

Y así fue porque, mientras disfrutaba de mi segundo orgasmo, él seguía y seguía hasta sentir que ya no podía más... Y tanto se empeñó que sacó de mí un tercero y en tiempo récord... ¿Qué estaba pasando? Me estaba volviendo loca de tanto placer.

¿Y esto? —le pregunté.

Tenía que compensarte—ríe—Hoy me había corrido yo antes.

¿Lo apuntas en un cuaderno o cómo va esto? —me eché a reír.

Ven aquí, cuaderno....

Me cogió por la espalda y, mientras me aguantaba por la cintura, de espaldas, volvió a embestirme, haciendo que girara la cara y enfrentáramos unas miradas de las que salían llamas.

No creo equivocarme si digo que fue uno de los momentos más sugerentes que habíamos vivido hasta entonces. Yo me veía reflejada en sus ojos y él en los míos, en el más ardiente de los escenarios.

Visto así, era muy fácil explicarse por qué no perdíamos ocasión de disfrutar el uno del otro. Nuestros cuerpos parecían estar hechos a la medida y nuestras pieles hubieran podido reconocerse a kilómetros.

En el más sexual de los climas, noté que Steven volvía a vaciarse en mí, mientras en esa ocasión era él quien mordía mi cuello.

En paz—soltó de lo más satisfecho y sonriente cuando laxa, caí sobre él en aquella mullida cama.

Fue entonces cuando dio comienzo el festival de los besos que coronaría un intenso asalto sexual en el que los dos salimos victoriosos. Momentos así son los que hacen la vida especial y con Steven no me faltaban.

Nos miramos y comprendimos que lo que mediaba entre nosotros era un irrefrenable deseo que no hacía sino ir a más...

## Capítulo 16

El domingo por la mañana la pequeña se metió entre nuestras sábanas, menos mal que la noche anterior nos vestimos a sabiendas de que eso iba a pasar y pasó.

El día fue divertido, no salimos de la casa, pero tiramos de la comida que nos había dejado Freya, así que lo pasamos entre vinos, juegos con la niña y alguna peli con palomitas incluidas. Nos acostamos temprano para empezar de nuevo la semana.

Entre las sábanas, nos quedamos esa noche abrazados, sin hacer nada, mirándonos y besándonos, con caricias. Se trataba de algo más especial fuera de esa tensión sexual que nos llevaba a subirnos por las paredes.

Por la mañana preparé a la pequeña el desayuno y la llevé a la escuela. A la vuelta ya estaba Freya con mejor cara, ya que su prima había mejorado considerablemente.

Así que la rutina fue la misma, recoger a la niña, que comiera, deberes, juego, ducha y esa tristeza que le entró al ver que me iba.

Me costó mucho salir de allí, pero aquella no era mi vida, aunque me daba muy buenos momentos en ella.

Fui a ver a Mario que no paraba de mandarme mensajes, cenamos en un McDonald's cerca de donde yo vivía, estuvimos solo un rato, el tiempo de hacerle ver que había cogido otro camino y estaba muy cómoda en él.

Se marchó un poco enfadado, además lo noté muy extraño todo el tiempo, como acalorado, pero ese no era mi problema. Yo no le había hecho ilusiones de nada y él se había creído que podía tener algo más conmigo.

Mi amiga me montó una fiesta al llegar, la puse al día de todo y ella a mí. Esa noche “*Lucifer*” no fue el protagonista, el cotilleo nos podía más.

Llegué feliz. Era una auténtica gozada trabajar en casa de la persona con la que estaba viviendo un momento tan especial. Sentía que la vida me sonreía y toqué la puerta con un buen humor impresionante.

Como cada mañana, llevé a India al cole. Lo pasamos fenomenal por el camino. Estar con ella suponía para mí un regalo, en lugar de un trabajo. La mañana estaba muy bonita e India iba a saltitos por el camino.

Yo, que de por mí era bastante alegre, me contagiaba también de la energía de esa preciosa niña por la que tanto estaba empezando a sentir. La dejé en el cole y me dispuse a desandar el camino.

No me extrañó nada que me llegara un mensaje de Steven en aquel momento, pues me decía que me esperaba en su despacho, en el que no era la primera vez que dábamos rienda suelta a nuestros más bajos instintos.

Volví a la casa con el corazón palpitante. Aquellos encuentros eran cada vez más deseados por ambos y yo me moría por sentirme en sus brazos de nuevo.

Entré en su despacho y me quedé helada ante la palidez del rostro de un Steven que indicaba cualquier cosa menos ganas de jarana.

¿Steven te pasa algo?

Su gesto tomó forma de ira contenida y, si yo tenía alguna duda de que algo malo estaba sucediendo, en ese momento se terminó de disipar: era un hecho.

¿Puedes explicarme esto?

Puso sobre la mesa unas cuantas fotografías. Yo no entendía absolutamente nada, pero las miré.

No entiendo, por favor, Steven... —Mis piernas, que varias veces habían temblado de verdadera excitación en aquel habitáculo, lo hicieron aquel día por la angustia de un momento que más bien parecía una pesadilla.

Pues si no lo entiendes tú, imagínate yo...

Espero que no estés creyendo que yo...

¿Creyendo? Perdona Kora, pero esto no es una cuestión de fe. Yo solo creo en lo que ven mis ojos, que no es otra cosa que unas imágenes tuyas sospechosamente cerca de un hombre que salvo que me haya vuelto imbécil, y déjame que vuelva a mirarlo—lo hizo con toda la ironía del mundo—No, puedo confirmarlo, no soy yo.

A ver, visto desde fuera, las malditas fotitos de marras, que no debían ser otra cosa que el producto de la ira de un despechado Mario, parecían realmente lo que no eran.

Nos habían fotografiado desde distintos enfoques, pero con toda la maldad del mundo. Tanto era así que había una, de un momento dado en el que yo le estaba dando toda clase de explicaciones a Mario, y nuestras caras llegaron a estar bastantes juntas, que parecía reflejar un beso...

¡Maldita sea, un beso! ¿Podía sentirme más desgraciada? Vaya trampa del destino. Bueno, no del destino, sino de aquel vil gusano, pues tenía que haber sido él, ¿quién más podía tener interés en terminar con lo que había entre Steven y yo, aparte del tío que se había empeinado en que yo tenía que estar con él?

Eso puede parecer un beso, pero, todo lo contrario—me defendí.

No, si encima ahora me va a tocar escuchar un cuento chino, verás—su cabreo iba en aumento.

Pues claro que sí. Me vas a escuchar quieras o no. Yo también estoy teniendo que escuchar que...

Que me has decepcionado, Kora, eso es lo que has hecho, puedes decirlo alto, claro y sin temor a equivocarte.

Steven no es así.

¿No es así? Pues así lo siento yo. Vale que no te había prometido bajarte la luna, todo lleva sus pasos, pero estábamos viviendo un momento increíble, yo confiaba en ti.

Y puedes seguir haciéndolo, Steven, te digo que todo esto no es más que un maldito montaje de mierda.

¿Un montaje? Joder, ¿cómo los de los famosos? Pues sí que tenemos nivel. Kora, te pido por favor que no te rías de mí, que no insultes mi inteligencia.

No es eso. Tienes que escucharme. Naturalmente que la de las fotos soy yo y el otro es Mario, el policía con el que estaba el día que viniste a buscarme...

Sé perfectamente quién es. Tengo buena memoria fotográfica. Ahórrame unas explicaciones con las que me hierve la sangre. Las fotos son de anoche.

Claro que son de anoche.

Te ha faltado el tiempo. Ha sido perderte de vista y has pisoteado lo que estábamos construyendo, yo ya no confío en ti, Kora.

Joder, Steven, tienes que escucharme. Ese tío está obsesionado conmigo...

Y por lo que puedo ver en las fotos, tú tampoco le haces ascos a él...

No tienes ni idea. Te estás equivocando por completo. Mario no dejaba de acosarme, de intentar que estuviera con él y solo acudí para explicarle que estaba empezando algo bonito contigo, para que me dejara en paz...

¿Y se lo dijiste a besos?

Es el ángulo desde el que está tomada la foto. Lo estaba discutiendo con él, de veras que nuestras caras parecen cercanas por lo acalorado del momento, pero nada que ver.

Calor sí se ve que desprenden, ahí te doy la razón—volvió a salirle su vena irónica.

Pues es la verdad, la creas o no.

Y aquí tampoco estáis bien cerquita el uno del otro, ¿verdad?

Miré y esa foto era justo del momento de pagar, en el que sentí que Mario se arrimaba a mí más de la cuenta, pero por suerte ya nos íbamos.

¡Qué bien lo había orquestado todo! Y yo, ¡vaya pardilla! Había caído en sus redes...

No me vas a creer tampoco si te digo que ahí estábamos pagando, que era

simplemente eso, ¿verdad?

Tú lo has dicho, no te voy a creer.

Pues cuando la desconfianza habla, poco pueden hacer las palabras. Solo puedo añadir que estás cometiendo un tremendo error, pero tú mismo. Yo no puedo sacarte de él si pones en tela de juicio todo lo que sale por mi boca.

Es que yo no creo ya nada de lo que sale por tu boca, Kora—sus palabras tenían un regusto amargo.

Pues entonces, ya has dictado sentencia. Me has declarado culpable y has mandado la presunción de inocencia a la mierda. En definitiva, te has cubierto de gloria, Steven.

Así mismo. Y otra cosa te digo, a partir de ahora límitate a hacer tu trabajo con mi hija, por favor. No quiero que intentes relacionarte conmigo de ninguna forma. Ya solo nos une un vínculo laboral por el bien de India.

¿Cómo? Mira, créeme si te digo que de veras lo siento por la niña y mucho, pero a partir de ahora, os pueden dar por culo a ti y al trabajo, vamos que te lo puedes meter por los huevos. Y esto sí que lo digo alto y claro para evitar malentendidos.

Lo he entendido perfectamente y ahora, si eres tan amable, abandona mi despacho y mi casa, por favor.

Ahora mismo y a la niña ve a recogerla hoy tú, porque momento que salga por esa puerta, yo no quiero acercarme ni a dos kilómetros a la redonda de esta casa.

Di un portazo todo lo fuerte que pude y me dispuse a salir de un lugar en el que dejaba unos recuerdos magníficos, una niña a la que adoraba y un hombre con el que creía que estaba empezando algo bonito.

Llegué a mi casa y me pasé absolutamente toda la mañana llorando, con el corazón encogido. No podía creerme lo que acababa de suceder, ¿era un golpe bajo del destino? Bajo no, era el más cochino de los golpes.

Si yo hubiera sido desleal, estaría dispuesta a sacar pecho y a que me las dieran todas juntas, pero, por favor, si yo estaba loca por Steven, si todas las horas que pasaba con él se me hacían pocas...

¿Por qué no me creía? Ojalá él pudiera meterse en mi cabecita y saber la verdad, que yo le estaba siendo totalmente honesta, que solo quería apartar a Mario de nuestro camino y comenzar con él una historia en la que no hubiera ni sombra de duda. Y justo había logrado todo lo contrario, hacer de esa historia la mayor de las dudas.

Tenía ganas de chillar y de patalear, y es que no era para menos. Conforme se iba acercando la hora de la salida del colegio me iba sintiendo peor, pero por India, ¿Qué pensaría cuando no me viera en la puerta? ¿Qué versión le contarían? ¿Ella también pensaría que yo la había defraudado?

Madre mía que parecía que me habían puesto dos velas negras, con lo bien que había intentado yo hacerlo todo. Tenía guasa, porque otras veces, que había sido más cabra loca, había tenido a chicos comiendo de mi mano y con Steven, que me porté fenomenal, había salido escaldada, con una patada en el culo y una mano delante y otra detrás.

A la hora de comer llamé a Zora para que subiera.

¿Qué haces aquí? ¿Qué te ha pasado? —subió enseguida.

Ella no podía estar más alucinada de ver la congoja que de buenas a primeras se había adueñado de mí. La puse al corriente y se quedó totalmente loca.

Kora, tenemos que hacer algo, esto no te puede quedar así. Y más con los ovarios tan bien puestos que tú tienes, no me digas que no vas a luchar porque no me lo creo.

Pues créetelo, porque ya he tirado la toalla. No quiero estar donde no me creen, no tengo que chuparle el culo a Steven.

Ya, pero tú no estás bien, amiga. Estás hecha polvo, igual que me pasaría a mí. Mario te la ha metido hasta el fondo, es alucinante.

Pero eso no es lo importante, lo jodido es que Steven no me ha dado ni derecho a réplica.

Pero es que tienes que partir de la base de que siempre se ha dicho eso de que “una imagen vale más que mil palabras” y si se lo han montado así de bien, Steven cree que tiene la razón sí o sí.

Claro y la que ha perdido soy yo, porque esto es el caos. Lo he perdido a él, he perdido a la niña y, para colmo de males, he perdido el trabajo.

Verdad, Kora, que esa es otra... A ver, yo puedo cubrir un poco los gastos un tiempo, pero sin trabajo, no sé cómo vamos a poder mantenernos en el piso.

Por eso no te preocupes que tú sabes que yo soy bastante busca vidas. Mañana mismo estoy llamando a la empresa en la que trabajaba para que me vuelvan a contratar.

¿De teleoperadora?

No, de ministra, ¡no te jode!

Ya, tía. Bueno tu compañera esa, la imbécil, se va a alegrar de verte...

Sí, la Felicity. Pues mira, esa todavía, con la mala leche que voy esta vez, se lleva

una piña y me quedo en la gloria.

Joder, pues con esos ánimos sí que vas a durar en el trabajo—soltó con gracia mi amiga.

De repente, empezamos las dos a reírnos, pero fue algo puntual. Zora era capaz de sacarme unas risas hasta en el peor momento, pero yo tenía el corazón totalmente desgarrado. Me dolía hasta respirar.

La tarde fue un infierno, pero lo peor aún estaba por llegar. Por la noche, cuando llegan todos los fantasmas, me sentía sola y desvalida, pese a tener la compañía de Zora en la casa.

Cuando buenamente puede conciliar el sueño, a las tantas, apenas duró un par de horas. Fue una noche toledana en la que vi todas las horas del reloj. A ese paso, me iba a pillar el amanecer sin pegar un ojo y eso era lo que me faltaba, enfrentarme sin fuerzas a una nueva vida que no me apetecía. ¿Cómo era posible que todo se hubiera ido al traste de un momento para otro?

Los dos días siguientes los pasé metida en cama. Mi madre venía continuamente y estaba más o menos al día de lo sucedido, intentaba animarme, pero me ponía peor, todo lo que soltaba era para tirarlo por tierra y yo tampoco quería eso.

El viernes por la tarde ya tenía decidido que el lunes hablaría para reincorporarme a mi anterior trabajo, no me quería cargar los pocos ahorros que tenía y deseaba seguir manteniendo mi independencia.

En ese momento sonó el teléfono y era un número oculto, como fuera un vendedor de algo lo mandaba al carajo fijo.

— ¿Sí? — se hizo un silencio.

— Hola, Kora — me eché a llorar al escuchar la voz de mi princesa.

— Hola, princesa.

— ¿Por qué lloras?

— Me dio emoción escucharte.

— Te echo de menos.

— Yo a ti mucho más.

— Quiero verte ¿Puedes venir a verme?

— No cariño, allí no puedo.

— ¿Y por qué no vienes a por mí mañana y pasamos el día juntas?

— ¿Te dejaría tu papá?

— ¡Sí! Porfa ven a por mí.

— Vale, pero sales tú a la puerta, yo te recojo en un taxi.

— ¿De verdad?

— Claro mi vida, vamos a pasarlo genial.

— ¿A qué hora?

— ¿A las doce?

— Vale, te quiero mucho, Kora.

— Yo también, mi princesa.

Colgué y me eché a llorar, en ese momento entró Zora y alucinó al contarle la llamada que había recibido.

Me acosté comiéndome la cabeza, por un lado, agradecía que su padre la dejara venir conmigo, eso me demostraba que no era mala persona, pero lo que hizo Mario le había causado mucho dolor. Me daba mucha rabia que no confiara en mí.

## Capítulo 17

Me bajé del taxi entusiasmada. No podía creerme que fuera a pasar el día con India. Me hacía una ilusión tremenda. Eso sí, estar en la puerta de aquella casa, en la que tan buenos momentos había pasado, ciertamente me asfixiaba.

Llamé y, conforme a lo acordado, India salió sola. Respiré aliviada. Saltó sobre mí como un gato, causando mi risa.

¡Hola, Kora! Anoche no me podía dormir pensando en que hoy vendrías—me confesó con su inocente vocecilla una vez nos hubimos subido en el taxi.

¿Y eso? ¿Estabas nerviosa? —empecé a hacerle cosquillas y ella es que se tiraba al suelo de la risa.

Muy nerviosa. ¿Dónde me llevas?

Pues mira, lo he estado pensando y creo que vamos a ir a mi barrio, ¿tú quieres ver el sitio donde yo he vivido siempre?

Sí.

Llegamos al barrio y su carilla era de asombro.

¡Aquí hay mucha gente! —reía y se ponía la manita en la cara.

¡Claro! Es que este no es un sitio tan exclusivo como en el que tú vives, aquí somos más pobres, pero también sabemos divertirnos—le conté.

Yo quiero ver la casa donde vivías cuando eras pequeña, para ver si están allí tus muñecas.

Esa no te la puedo enseñar ahora porque no está mi madre, pero sí el portal.

Vale.

Lo cierto es que yo le había soltado una mentirijilla piadosa. No sabía si mi madre estaba o no, pero era lo único que me faltaba a mí en aquellos días, verla mucho, para que me diera la murga.

Nos asomamos por el portal y recé a todos los santos para que esa mujer no asomara los morros.

Mira, ¿ves esa puerta de ahí arriba? Pues ahí vivía yo, en esa que es de madera más clara. Y por estas escaleras hacíamos el loco Zora y yo...

¿Por qué? —preguntó ella con su vocecita cantarina.

Porque cogíamos dos cajones de frutas de aquella frutería—la puerta estaba abierta y se la señalé—veníamos hasta aquí corriendo, nos metíamos dentro y nos tirábamos por las escaleras haciendo carreras.

¿En un cajón?

Claro, si éramos dos cominos, dos tapones de alberca, muy chiquitajas.

¿Y alguna vez os caísteis? —ella estaba alucinada.

Alguna vez no, todas. Mira esta cicatriz que tengo debajo de la barbilla fue de un escalonazo.

¡Pues yo quiero tirarme en un cajón de esos! —salió de lo más entusiasmada camino de la frutería.

¡Aguanta el genio! —salí detrás de ella—No podía faltar más que llegaras a tu casa chocada, de eso nada. Nosotras éramos dos petardas, pero tú no eres así.

Vale, vale, pero entonces me tienes que llevar a que conozca a tu amiga Zora.

Bueno eso sí.

Fuimos al local de Zora, que en ese momento se acababa de quedar sola y le presenté a la niña. Me sonó el teléfono justo en ese momento y tuve que salir, porque en el local había mala cobertura.

Te dejo aquí a India un momento—salí a la puerta.

El caso es que me estaban ofreciendo un teléfono móvil de última generación a buen precio. Era un modelo con el que yo estaba que no cagaba y me entretuve un ratito hablando con la chica de mi compañía. Quedamos en que me lo pensaba, porque realmente se salía un poco de mi presupuesto, pese a todo.

Entré en el local y casi me desmayo. La pequeña India estaba sentada en el sillón y Zora con los artilugios de tatuar en la mano.

Mira lo que me ha tatuado Zora, ¿es guay? —a duras penas pude ver un dibujo que parecía la cabeza de Simba, el protagonista de *“El Rey León”*.

Se me fue la pinza, no pude reprimirme, ¡ni quise! Llegué hasta la loca de mi amiga y la cogí por el cuello, literalmente.

¡Kora, que es broma! Es bolígrafo—chilló India, entre risas.

Miré y sí. Mi amiga había improvisado un dibujo a boli en el brazo de la niña y entre las dos me la habían dado con queso.

¿Tú eres tonta? —le pregunté soltándola.

¿Y tú no puedes ser un poquito más bruta? Si la chiquilla no me echa el cable de cantar me dejas aquí pajarito.

Lo que te hubieras merecido, ¿tú sabes lo que me ha entrado por el cuerpo?

Exageradita eres, hija.

¿Exagerada? Te iba a decir que te vinieras con nosotras a comer, pero ahora te vas a ir con quien te salga de las narices, pero con nosotras no.

¡Qué rencorosa! ¿Hoy no como a la carta en casa?

Un mojón te voy yo a cocinar y con nosotras no te vienes...

Salí de allí cagándome en todo. Yo en cinco minutos no era nadie, pero el pronto lo tenía mortal. Y el susto que me había dado aquella descerebrada no había sido ni medio normal.

Nos fuimos a comer a una hamburguesería de mi barrio que a India le encantó. Le presenté a muchos de mis vecinos de toda la vida que nos íbamos encontrando, la llevé al parque de los columpios donde se lo pasó bomba...

¡Vaya día más bonito que pasamos! Realmente, no sabría decir cuál de los dos se lo pasó mejor... Yo estaba encantada de la vida y la niña rezumaba felicidad por los cuatro costados.

Cuando llegó la hora de volver a subir en el taxi para dejarla en casa se me partió el alma. La peque me pedía por favor más tiempo y me decía que me echaba de menos.

¡Yo sí que la echaba de menos a ella! Llegamos a la puerta y le tuve que prometer que volvería pronto a por ella otro día. La situación no podía ser más injusta ni más triste. Todos estábamos pagando las consecuencias de la asquerosa maniobra de un desalmado. Y lo que más me dolía era la parte que le tocaba a India.

## Capítulo 18

Me levanté con una sensación extraña. Mandaba narices que con lo que siempre me había gustado mi cumpleaños ese año me despertara con aquella tristeza.

Muchas felicidades, puñetera—me dio un beso Zora, de lo más graciosa y diciéndome que todavía le dolía el cuello del apretón que le había dado el día anterior.

Te jodes como Herodes, por graciosa.

Estupendo, pues entonces te va a dar esto Rita la Cantaora, por simpática que eres —me enseñó una caja con un regalo.

Trae, anda y a lo mejor hasta te perdono.

Abrí el paquete y sacó un set de maquillaje ideal, en los tonos que más me gustaban. Era una preciosidad y se veía que la pobre se había gastado un dinero.

No tenías que haberte rascado tanto el bolsillo, tonti. Si tú sabes que yo con cualquier cosa voy servida.

Ni te preocupes, por lo que me ahorro en copas—rio.

Eran las diez de la mañana en ese momento y sonó el telefonillo. Nos miramos porque no esperábamos a nadie.

¿Eres Kora? —me dijo lo que supuse que era un chico porque no se veía detrás de ese pedazo de ramo de flores que lo cubría.

Soy yo—musité, de lo más asombrada.

Recogí el ramo y de veras que no sabía qué pensar.

¡Toma ya! ¡Menudo nivel! No me lo puedo creer—soltó Zora.

Yo sí que no me lo puedo creer, ¿esto qué es? —yo estaba loca en ese momento.

Pues mira, te lo explico rapidito. Salvo que te haya salido un admirador secreto, esto es de Steven.

¿Tú crees? Anda ya, si ese está más cabreado que un mico.

Pues me da a mí que el ataque de cuernos se le ha ido pasando porque esto tiene toda la pinta de ser suyo, un poco más y te manda la floristería entera.

Nos echamos a reír, en mi caso por no llorar. Desde luego que, si era de él, yo no podía entender absolutamente nada, ¿y ese cambio de comportamiento?

Tomamos otro café y nos pusimos a conjeturar las dos sobre el tema. Para que no faltara de nada, mi madre a las once entrando por las puertas.

¿Y estas flores?

No lo sé, mamá y, por lo que más quieras, no me vayas a querer someter al tercer grado, que no está el horno para bollos, vamos a dejar el mundo correr.

Tiene narices la niña, ni que yo hubiera abierto el pico todavía. Toma anda, tu regalo.

Lo abrí y era una mochila de esas de vestir que yo solía usar, me gustó bastante. Como mi madre que era conocía a la perfección mis gustos.

Te has lucido, me encanta—le di un beso.

Claro que sí, eso para que le des luego a la lengua y aquí os he traído unos *tuppers* para que...

Para que comamos como Dios manda—coreamos las dos.

Menos cachondeito, pero sí. Hoy ya sabes que no me puedo quedar, que tengo una comida concertada desde hace meses, pero ya lo celebraremos.

Sí, mamá, no te preocupes.

Salió por la puerta y me sentí aliviada. No era mala, pero cargante como ella sola. Me dejaba las pilas agotadas cada vez que venía.

A las doce, para mi sorpresa, volvieron a tocar a la puerta.

Como sean más flores, me meo. Lo aviso desde ya—advirtió Zora y yo me fui hacia la puerta negando y extrañada.

Cerré la puerta y mi cara debía ser un poema con aquel móvil de última generación en mis manos.

¡Me cago enterita! —soltó Zora, que fui quien lo abrió. Yo había hablado con Steven de aquel modelo, que era el mismo que me habían ofrecido el día anterior en mi compañía. Flipante.

Desde luego que no tenía ni pajolera idea de lo que estaba sucediendo, pero lo cierto es que algo había cambiado a mi alrededor y la única que a esas alturas no tenía ni idea era yo.

Y es que la cosa lo quedó ahí. Haciendo recuento, a las dos de la tarde llegó un iPad y a mí me temblaron las manos, pero a las cuatro llegó un portátil de Apple, a las seis un maravilloso anillo de oro, a las ocho un bolso de Chanel, a las diez un set de perfumes de Carolina Herrera más grande que mi casa y a las doce unos pendientes que eran una auténtica joya, con unos pequeños diamantes engarzados.

Fue precisamente con ellos con los que llegó una carta, acompañando al último de una serie de regalos que mi amiga insistía en que debíamos compartir, mientras que yo le decía literalmente que “un mojón despeinado”.

Abrí la carta temblando.

*“Querida Kora,*

*Sé que a estas alturas de la noche ya estarás muy extrañada y ha llegado la hora de poner las cartas encima de la mesa, y nunca mejor dicho.*

*Ante todo, quiero pedirte perdón por haber desconfiado de ti, por no haber sabido detectar que te habían tendido una trampa y, en definitiva, por no haberte sabido proteger.*

*He sido un necio y no puedo más que pedirte perdón una y mil veces. Ojalá puedas dejar esto en el pasado y vuelvas a nuestras vidas. Mientras eso sucede, por mí puedes hacer con estos regalos lo que prefieras, quedártelos o venderlos, si decides hacerlos dinero que te ayude a sufragar tus gastos.*

*En cualquier caso, no me malinterpretes. No quiero comprarte con ellos, jamás sería tan mezquino. Únicamente pretendo con este gesto decirte que te sigo recordando y que, si no llego*

*a merecer que vuelvas a mirarme como hombre, cosa que entendería, al menos me dejes estar en tu vida de una forma u otra.*

*No son más que detalles materiales y no son lo que tú mereces. Kora, eres muy especial y lo que realmente mereces es un hombre que te haga feliz. Deseo con toda mi alma estar a tiempo de ser yo ese hombre.*

*Te quiere siempre,*

*Steven.”*

No pude articular palabra. Me quedé sencillamente impactada. Mi vida acababa de dar un giro inesperado y yo tenía que digerirlo.

Las lágrimas no podían dejar de resbalar por mi cara, como por la de Zora, que no podía creer tampoco lo que estaba leyendo.

— ¿Qué vas a hacer?

— No lo sé, necesito irme a dormir.

— Es muy bonita la carta, yo de ti...

— Hasta mañana — dije metiéndome en la habitación sin querer escuchar nada más.

Me acosté releendo la carta, llorando pues sentía que él como yo deseaba el reencuentro...

## Capítulo 19

A las ocho de la mañana llamé al timbre de la casa, no me lo había pensado. Freya abrió desde dentro la puerta de fuera y entré con la moto. mientras la aparcaba la niña había salido corriendo hacia mí gritando emocionada mi nombre. Nos abrazamos.

Me puse a llorar como una idiota, pero lo expliqué que era de la alegría. Cuando levanté la cabeza para incorporarme de ese abrazo, mi rostro se encontró con el de Steven que me miraba con esos ojos penetrantes y llenos de dolor, además de emoción al verme.

— A ti no te quiero ver por ahora — bromeé — Pero de esta me encargo yo que es tan mía como tuya — dije refiriéndome a India y mientras le daba un abrazo con el que nos fundimos en un precioso beso.

— ¡Sois novios! — gritó la pequeña poniéndose las manos en la cara.

— Si ella quiere...

— ¡Steven! — reí — Más vale que me invites a un café antes de que te suelte algún que otro impropio.

— Entra, tendrás todos los que quieras, pero te pido que me dejes acompañarte a llevar a la niña y desayunamos en el restaurante de la urbanización.

— Allí está trabajando un amigo del barrio, Matías, así que no se te ocurra sentir celos — reí entrando en la casa.

La pequeña entró gritando que había llegado la novia de papi, casi me da algo, Freya me abrazó dándome la bienvenida.

Tomé un café y nos fuimos a llevar a India que iba preguntándome de mil maneras si la recogería ese día.

Nos sentamos en la cafetería y Matías no tardó en llegar besuqueando mi cara. Le presenté a Steven que se reía con sus cosas, le pedimos el desayuno y esperé a que él fuera el primero en hablar.

— Gracias por haber aparecido, no te esperaba.

— Te pasaste con los regalos... — reí.

— Fue algo que se me ocurrió para que me tuvieras todo el día presente, ya que no podía estar para celebrarlo a tu lado.

— Me echaste de tu casa...

— ¡No! Te dije que siguieras con la niña.

— Sí claro pero que a ti ni te mirara — resoplé negando mientras lo recordaba.

— No sé cómo pedirte perdón, ni mucho menos como pude ser tan necio de permitir que te hicieran eso, encima no te creí.

— No le des más vueltas, solo te pido que, si confías en mí lo hagas plenamente. Soy de barrio, pero tengo el corazón más leal de todos.

— Eres la mejor persona que conocí en este mundo.

— Bueno, bueno, no me vendas ahora la moto — reí.

— Claro, para comprarte el coche — bromeó.

— Venga, es lo único que te faltó ayer, pues de tecnología me dejaste a la última — reí.

— Te amo — cogió mi mano y puso un anillo al principio de mi dedo y por poco me caigo al suelo de esa terraza del bar.

— ¿Aquí? — pregunté riendo emocionada mirando para todos lados.

— Aquí, ya, ahora ¿Quieres casarte conmigo?

— ¿En serio?

— Sí, ahora, el sábado, tengo enchufe...

— ¿El sábado?

— ¿Estás segura de tus sentimientos?

— Completamente, pero...

— Juégatela conmigo, prometo que merecerá la pena.

— Me la juego — me abracé a él llorando.

Ni que decir tiene que me la jugué. Desde ese momento nos pusimos manos a la obra, no nos

separamos más que para dormir, pero todos los días traía cosas para la casa.

Mi amiga se lo tomó genial y como tenía bastante trabajo ella defendería sola nuestro piso.

¿Mi madre? Tuve que llevarla a cenar con Steven y presentarlos. Le costó mucho digerir que él sábado su hija de forma precipitada se casaría.

Freya y los padres de Steven, a los que conocí, estaban de lo más ilusionados. Estos últimos me dijeron que para ellos sería como una hija.

¿Mi princesa? Ella salió del colegio y comenzó a llamarme mamá, estaba realmente feliz sabiendo que a partir del sábado nuestras vidas se unirían para siempre.

¿Una locura? ¡Sí! Pero la vida a veces te hace cruzarte en el camino de personas con las que interactúas como un imán y sabes que a partir de ese momento nada podrá separarte de ellas.

## Capítulo 20

Y llegó el día de la boda. Mi madre había dormido en el piso con nosotras, cosa que los nervios me los elevó a mil.

Yo me había comprado el miércoles un precioso vestido en una tienda de novias exclusiva donde me había enviado Steven con su madre y la mía, así que tuve la suerte de quedarme prendada de uno que encima me sentaba con un guante. Ni retoques precisaba.

Y ahora lo llevaba puesto...

Una maquilladora y peluquera vinieron con el fin de que luciera ideal para el gran día. Mi madre no dejaba de llorar emocionada y con los nervios hasta me dio una colleja cuando solté una de las mías ¡No iba a cambiar en la vida!

El Rolls-Royce descapotable que había alquilado Steven para mí me recogió en la puerta del bloque. Los vecinos se asomaron por las ventanas piropeándome a gritos y yo les sonreía de lo más nerviosa.

Me monté en el asiento trasero con mi amiga y delante iba mi madre.

Llegamos al lugar, unos preciosos jardines con una carpa donde se celebraría el enlace. El padre de Steven vino a por mí para llevarme al altar, donde mi madre también sería la testigo junto a sus padres.

Steven se echó a llorar al verme con ese vestido de corte ibicenco de lo más moderno y bonito, con una caída impresionante. En el pelo llevaba una mantilla puesta alrededor de la cabeza como si fuera un pañuelo, iba preciosa, me encantaba ese aire.

Freya me miró con lágrimas en los ojos y la pequeña me abrazó diciéndome que era la mamá más guapa del mundo.

La ceremonia fue rápida, bonita y divertida. El intercambio de anillos fue de lo más emocionante.

Éramos cuatro gatos, pero no necesitábamos ser más. Se trataba del momento más bonito que había vivido y sobre todo de la decisión más loca, pero a la vez seguramente acertada, que había tomado jamás.

El almuerzo se celebró en una única mesa, gigante y redonda, en la que no faltó detalle. En ella pasamos unas tres horas inolvidables

Luego cortamos la tarta y nos tomamos ya de pie unas copas, hasta que nos despedimos de todos.

A la niña se la llevó Freya para la casa y nosotros nos fuimos a la última planta del mejor hotel de la ciudad, concretamente a una *suite* que tenía las mejores vistas, en la que pasamos la noche de bodas.

Lo que ocurrió fue de lo más bonito y emocionante. No faltó un detalle, momentos de sorpresa... Steven lo tenía todo perfectamente preparado, como su vida, esa que quería comenzar a mi lado...

## Epílogo

5 años después de la boda...

Te juro que me muero con el estilo que la vistes—le dije a Zora, mientras corría a coger a Aitana.

Mi amiga y Fabio, que eran ya una pareja tan consolidada como Steven y yo, tenían una pequeña de dos años.

¡Ay, qué graciosa viene! —me la quitó de los brazos la pequeña India, bueno, que ya de pequeña tenía bastante menos, porque estaba casi tan alta como yo.

Zora, como no podía ser de otra forma, vestía a su niña de lo más moderna y ese día venía con un pañuelo pirata en la cabeza. Yo moría con ella...

India, mi vida, ten cuidado, no vayas a caer a la niña, que ya sabes que es pequeñita.

¿Tú estás tonta? —me decía mi amiga—La va a caer por las narices, vamos, si esa es más responsable que tú y que yo.

Bueno, guapa, que ya somos responsables madres de familia—reí.

Bueno, madres de familia sí, aunque suene raro, pero lo de responsables...—ella en su línea, como siempre.

Ay, mi loquilla, que está más buena...—la cogió por la cintura Fabio.

Ay, mi medio italiano, que me tiene a mí también tonta, ¿te he contado que ahora le ha dado por cantarme en ese idioma por las noches? —me preguntó.

A ver, es mi segundo idioma y como a ella le gusta—se quedó él un poco cortado.

Nada, nada, campeón, tú dale, lo único que pasa es que, como sigas así, con tanto alarde de romanticismo, nos vas a dejar a los demás a la altura del betún—se rio Steven.

¿Se ha vestido Alex? —le pregunté, refiriéndome a nuestro hijo, que ese día cumplía tres años.

¿Vestido? Ya sabes que ese es como Tarzán, no le faltan más que las lianas.

Sí, sí, eso es verdad—soltó Zora—Tu hijo es de los míos, un alma libre, a ese le das un taparrabos y no le hace falta más.

Desde luego, le dio la razón Steven, yo ya siempre voy mirando por el jardín, que sé que un día me encuentro las lianas en los árboles...

Mi casa era la bomba y no podíamos ser más felices. Steven con sus negocios y yo pasando una maravillosa época en la que decidí hacerme cargo de nuestros hijos, porque si a Alex lo quería por haberlo llevado en mis entrañas, a India la quería exactamente igual, por ser la niña de mis ojos.

Mamá, no te preocupes, que suelto a la peque y visto a mi hermano—se ofreció ella, que me echaba una mano en todo.

Ainss, ¡qué haría yo sin mi niña! —le di un cariñoso beso.

Están llamando a la verja, bueno más que eso aporreando, mucho me temo que es tu madre—sonrió Zora de un modo maléfico.

Tú lo estás disfrutando, ¿no? —le hice una advertencia con el dedo—Mira Zora, no me la provoques, a ver si al final vamos a tener numerito y todo. Cariño ve tú a abrir—miré a Steven.

Se acercó él y al rato vino con mi bendita madre cogida del brazo.

¡Qué buen muchacho te buscaste, hija! Y mira que yo siempre creía que con lo cabra loca que eras te ibas a quedar para vestir santos...

Gracias, mamá, yo también me alegro de verte—resoplé.

Ella seguía igualita. A ver, que no digo yo que no me quisiera, por supuesto que sí, pero que lo disimulaba de puta madre. Todo lo que hacían los demás lo alababa y a mí, a darme caña.

Y yo, hija, y yo...

¿Dónde están mis nietos?

India está vistiendo a Alex, no me lo revoluciones mucho, que ya sabes que se pone como una moto y luego me lo como yo.

Estaría bonito, mira el día que yo vengo a esta casa, que por cierto hijo—miró a Steven— muy bonita, que esto es puro lujo, pero te la hiciste en la gran puñeta, hago con mis nietos lo que me da la gana.

Así, me gusta, mamá, tú colaborando.

Oye y, por cierto, ¿tú te has hecho las planchas en el pelo? —se me quedó mirando. Era increíble, mil años después mi madre seguía con la petera de las puñeteras planchas.

Mamá, me quieres dejar... Ozú, ¿Por qué no le dices algo a Zora que se pone cada mes los pelos de un color?

Porque ella no es mi hija y se puede hacer lo que se salga del moño, pero tú...

No me irás a decir que todavía vivo bajo tu techo—volteé los ojos.

No, mujer eso no, pero las madres siempre seremos madres, ya lo vas a comprobar tú.

Suegra, si las planchas de pelo de última generación que tiene tu hija queman el pelo, que venga Dios y lo vea—se partía Steven de risa viendo la escena.

Eso es verdad, hijo, que tú todo lo tienes bueno, y hablando de eso...

Ya sé lo que me vas a decir, suegra, que te ponga un vinito dulce de ese que te gusta tanto, ¿no?

Claro, si es que tienes mucho arte.

Todo el que me falta a mí, ¿no? —puse los brazos en jarra.

Ay, hija qué picajosa eres, como sigas así te vas a llevar una colleja.

Capaz eres...

No me pongas a prueba que me conoces y eso que hoy vengo contenta.

¿Y eso, mamá? Eso es una novedad en ti—yo también me había hecho especialista en lanzarle tiritos.

Porque me he echado novio, ¿qué te parece?

Me parece cojonudo, mamá, ¿es en serio?

Sí, hija, un compañero del trabajo que se quedó viudo hace dos años y se quedó el pobre fatal, pero ahora está volviendo a la vida. Y yo tengo ganas de darle alegrías al cuerpo—sí que estaba contenta.

Los chicos llegaron de la bodega, con el vinito y habían cogido algo de onda...

— Suegra, ¿te has echado novio? —le preguntó Steven, con ganas también de buscarle la lengua.

— Sí, hijo y estoy de lo más contenta. Nos vamos a ir de gira en dos o tres semanas...

— ¿De gira? ¿Te has metido a artista? —preguntó él.

— No, te voy a traducir—le expliqué—Así se dice en mi barrio a ir de viaje.

— Vale, vale, me lo apunto.

— Yerno, es que tú eres muy finolis y todo hay que explicártelo—se rio ella.

— Sí, pero mis vinitos bien que te gustan, suegra.

— Sí, sí, oye, ¿y tus padres?

— Pues ya tienen que estar al caer.

De hecho, sonó la verja y debían ser ellos. Steven fue a abrir.

— Hija, yo me he comprado este traje en Modas Trini porque tu suegra seguro que viene de punta en blanco y para no desentonar.

— No te preocupes mamá, pero que cada una tiene su estilo, no pasa nada...

— Sí, sí, pero que me gusta estar a mí a la altura de las circunstancias, que una también tiene clase, a ver qué te has creído.

— ¿Y yo te he dicho que no? —volví a resoplar.

— No, pero por si acaso—y luego la suspicaz sería yo, santa paciencia debía tener con esa mujer.

Steven e India entraron en la cocina con la mejor de sus sonrisas y cargados de regalos para el niño. Nos saludamos y se unieron al vinito de mi madre.

Un rato después estábamos todos poniendo la mesa, colaborando como lo que éramos, una gran familia, aunque allí seguíamos teniendo a la buena de Freya, que se había encargado de prepararnos un estupendo almuerzo.

El día estaba increíble, en pleno mes de julio, el sol lucía radiante y los peques se dieron un buen chapuzón en la piscina, mientras lo ultimábamos todo.

Alex estaba súper emocionado, porque era el primer cumpleaños del que se estaba enterando y se volvió totalmente loco al abrir los regalos.

— ¡Otro, otro! —exclamaba él solito, deshaciendo lazos.

— ¿Se verá poco mi regalo al lado de los de tus suegros? —me preguntaba mi madre por los bajinis.

— Que no mamá y no me taladres—le respondí— Los regalos se hacen con el corazón y no con la cartera.

Los niños se levantaron de la mesa a jugar. La tarta la serviríamos por la tarde. Era casera, Freya se había llevado toda la tarde anterior haciéndola. El resultado final no podía haber sido más bonito. Le regaló a Alex una casa de chocolate increíble, una auténtica monería, con un caminito y todo de coloridos Lacasitos.

Yo estaba charlando con mis suegros, pero tenía la oreja puesta en la conversación de mi madre con Zora, que no tenía desperdicio.

Me tienes que buscar un dibujo chulo, a ver una cosa discretita, para que nos la tatuemos mi novio y yo, los dos.

¡Ay, me parto contigo Mary! Mañana mismo estoy manos a la obra. ¡Eso os lo hago

yo y gratis!

No, mujer, a nosotros nos cobras.

Un mojón os voy a cobrar, además no me voy a arruinar por eso, como tú comprenderás.

A Zora le había ido sensacional en esos años y había inaugurado hacía poco el que era el gran sueño de su vida, un estudio de *tatoos* espectacular, en el que tenía dos ayudantes y al que venía gente de todos los alrededores.

Bueno, pues cuando tú ya lo tengas pensado, me voy para allá con Antonio y lo vemos.

¡Ay, los tortolitos!

Steven se acercó a mi lado.

¿De qué te ríes? —me preguntó con discreción.

De las cosas de mi madre y su novio.

Se ve que la familia crece—me comentó.

Yo creo que sí—lo miré con mucho cariño, poniéndole la mano en mi vientre.

¡No! —exclamó.

Sí, me he hecho la prueba esta mañana, pero guárdame el secreto hasta que esté un

poco más avanzado, sabes que no me gusta decirlo tan pronto...

¡Claro!

Yo ya sabía que a Steven le iba a maravillar la idea. Desde que unimos nuestras vidas, su concepto mental de familia se amplió mucho. A él los niños le encantaban y, con una compañera de vida, como él decía, a su lado, mucho más.

A media tarde servimos la tarta y a Alex casi que tenemos que ponerle una camisa de fuerzas, de lo nervioso que se puso cuando vio la casita de chocolate.

La anécdota del cumple la protagonizaron él y la pequeña Aitana que, nerviosos, echaron mano al techo de la casita y lo derrumbaron. Los dos se quedaron mirándose, asustados y les tomamos una foto de lo más divertida.

Pasamos el día derrochando felicidad y en familia, incluso celebramos una barbacoa nocturna con la que también nos ayudó Freya, a la que considerábamos una más de los nuestros.

Después de cenar, todos se fueron marchando y Steven y yo nos quedamos solos. Los niños ya dormían y Freya tenía la noche libre.

— Un día precioso, hombre, con alguna impertinencia de mi madre, pero precioso—  
me eché a reír.

— Como todos contigo. Y la sorpresa que me has dado, ¡me tienes loco! —comenzó a besarme. No puedo estar más feliz. Lo quiero todo contigo, como si llenamos este jardín de niños...

— No te pases, que con tres vamos en coche—me dio una carcajada.

— ¿En qué piensas? —me preguntó cuando me vio mirar en esa dirección. Y es que se me acababa de ocurrir algo que me apetecía proponerle.

— En que tú y yo hace mucho que no jugamos una partida de billar nocturna—le guiñé el ojo.

— ¿Cómo me puedes gustar tanto? —me tomó de la mano.

Juntos, entramos en aquella bodega, que tan buenos recuerdos nos traía. Mientras él servía dos copas de vino, yo me acomodé sobre la mesa de billar, esa donde un día comenzó todo...